LUCRESIA MALDONADO – SALVO EL CALVARIO

PRIMERA PARTE: LOS AMIGOS

1

LA INUNDACIÓN

QUIZÁ EN SUS LECTURAS DE TEMAS ESOTÉRICOS, EN LOS que no creía mucho pero le entretenían, o tal vez en sus indagaciones sobre la sincronicidad, el doctor Fernando Simpson, joven médico clínico general con un postgrado en Medicina Familiar y Comunitaria hecho en Argentina, había encontrado aquella famosa premisa de que todo su-cede por algo, y como un año después, cuando comenzó a asistir asiduamente al Karaoke de la Nueva Trova, conoció el famoso refrán cubano que afirma «lo que sucede, conviene» (la pregunta clave es si los verbos sucede y conviene se pueden aplicar en todos los casos al mismo objeto, sea este directo o indirecto); pero nada de eso campeaba por su mente aquella mañana de lunes en que llegó a su trabajo como miembro del grupo de médicos del Servicio Médico-Odontológico para los Empleados del Municipio y se encontró con gente que acarreaba muebles y gente que sacaba resmas de papel mojado y gente que se desesperaba por salvar los aparatos eléctricos más caros y todo un relajo en plena calle García Moreno, con los curiosos de siempre hurgándose las narices, boquiabiertos frente a la puerta de la casa cuyas tuberías se habían reventado, roto, deteriorado en fin durante algún momento del fin de semana.

Compungida, como una curiosa más, se encontraba Clarita Tipán Anchaluisa, su asistente, todavía sin mandil ni zapatos blancos, con la ropa de señora de la calle con que llegaba todos los días al trabajo.

—¿Qué fue, Clarita?

—¿Con usted dormí?

Fernando sonrió, se inclinó, hizo una venia, se cuadró, y dijo, solemne:

—Buenos días, señora Clarita. Ahora sí, ¿qué nos pasó?

—Han estallado las tuberías de esta casa, y tenemos que irnos a otra parte.

—¿De toda la casa?

—No. Pero de nuestra parte, sí. ¿No tenía nada importante o valioso ahí?

Pocos objetos de valor tenía Fernando en general, y por suerte se había llevado todos sus discos compactos y su aparato de música apenas el viernes anterior, para el cumpleaños de alguna sobrina (lo que sucede, conviene), así que suspiró aliviado. Pero luego se acordó:

—¿La computadora?

—Ojalá no haya hecho poc y se haya quemado —deseó Clarita con su más inescrutable expresión.

Fernando recordó los archivos que guardaba en aquella máquina: las fichas de todos los empleados que habían pasado por sus manos durante los dos años y medio en los que se había dedicado a servir a la burocracia cita-dina, presentaciones de power point, a cuál más cursi, que le habían mandado por correo electrónico; direcciones de prácticamente todo el mundo, formatos para memorandos, cartas, solicitudes y otros, textos a medio comen-zar, direcciones de portales de Internet relacionados con el piano, las medicina familiar y comunitaria, la medicina preventiva, la guitarra clásica, las constelaciones familia-res, los cantautores, y varias cosas más por el estilo. Quizá en el fondo nada importante.

—¿Y ahora, Clarita, qué nos va a pasar?

—No sé. Dijeron que a los que tenemos las oficinas más afectadas, nos van a reubicar en otros edificios.

—¿Y quiénes somos los damnificados?

—Por lo pronto, usted y yo, mi Doctor. Vamos a ver nuestras cosas.

Llegaron como refugiados, acarreando muebles, camillas, instrumental médico para emergencias leves y demás. Eran dos, pues no teníamos espacio para más: el Fernando Simpson y la Clarita Tipán, ambos venían como un par de pollos mojados y durante unos minutos hablaron a puerta cerrada con la directora del Departamento, alguien tan pero tan generosa que aun antes de que el Alcalde le hubiera pedido posada para los damnificados de la inundación ya le había ofrecido las oficinas de arriba, baño incluido, junto a la siempre itinerante Casa de la Poesía.

Yo no los conocía muy bien. Bueno, alguna vez los había visto, pero de lejos. Siempre que se ofreció ir al médico, me atendió otro, y ahora me parecía fenomenal que contáramos por lo menos con un botiquín básico (aunque bastante mojado). Pero también me gustaba que fuera ese y no otro el doctor que se acogía a nuestra hospitalidad. Mientras se arreglaban los trámites burocráticos se sentó en la silla que queda junto a mi escritorio y sonrió, tímido. Cuando la jefa salió, sonriente y llena de gestos amables para todo el mundo, llegó el momento de presentarnos formalmente. Dije mi nombre: Susana Montero. Él dijo el suyo: Fernando Simpson. Los chicos de la oficina comentaron, con sorna: «¿Es pariente de Homero, tal vez?», y él, sin darse cuenta: «No, creo...». Entonces hubo más risas y además comentarios acerca de lo poco que se parecía a esa rama de la familia, pues no era ni redondo ni amarillo como el padre de Bart, y qué se cuenta Marge, y cosas así; pero el Fernando (después lo veríamos mejor) era una persona de sangre tan liviana que no tardamos en hacernos amigos entre todos. Cuando esa tarde las cosas quedaron en un relativo orden y vino para decirnos hasta mañana, uno de los poetas-bibliotecarios lo llevó en secreto hasta el escritorio del rincón, y señalando las bastas todavía húmedas de los jeans de Fernando, comentó: «Como médico, usted debe saber que eso no es bueno para la salud». «Bueno, pero en mi casa me tomo...». Fue interrumpido por un sonoro: «Y debe saber que, aunque lo prohíben las normas del trabajo, este es el mejor remedio», eso dijo el Carlitos, sacando

una tapita de anisado del fondo del cajón de su escritorio, «salud, y discreción». Por la mueca del Doctor detrás del primer sorbo, supe que no estaba tan acostumbrado como estitos a las bebidas espirituosas; por su sonrisa comprendí que era de esas personas que no se suelen hacer mayor problema por casi nada en este mundo, y por el gesto de confianza que devolvió a la concurrencia cuando le solicita-ron discreción, supe que era la clase de hombre que más admiro y respeto: sencillo, leal, generoso e íntegro.

Había estado caminando largamente por el desierto, de repente, desde un punto lejano, divisó las cúpulas brillan-tes de la Ciudad. Entonces olvidó la sed, el miedo, el agotamiento, todo. Corrió hasta trasponer la muralla y entró. Conocía de memoria el camino hacia el palacio de sus padres, los reyes. En la puerta, lo detuvieron los centinelas. Pidió hablar con los reyes. Le dijeron que los reyes no recibían visitas, pues estaban de luto porque habían perdido a uno de sus hijos. Entonces él contestó, con aplomo:

—Ese hijo soy yo, y estoy vivo.

Pero los centinelas tenían órdenes de no dejar pasar a nadie, de no permitir que nadie molestara a los reyes en su inmenso dolor. Entonces él ensayó otra posibilidad:

—Si no es posible con los reyes, entonces con el príncipe y las princesas. Allí hay dos princesas y un príncipe. ¿Podría hablar con ellos?

Los centinelas volvieron a negarse: los príncipes también lloraban con desconsuelo la muerte de su hermano, y no se les podía molestar. Insistió varias veces en que el hermano era él, y que, como podían darse cuenta, estaba vivo, pero los centinelas eran inconmovibles, y tan nuevos que no lo conocían. Entonces, se rindió: cabizbajo, desencantado, atravesó la ciudad hasta el otro extremo, para continuar su interminable marcha por el desierto.

2

LOS NUEVOS

LOS PRIMEROS DÍAS CASI NADIE LLEGABA, PERO CUANDO se enteraron de que el médico estaba en el mismo edificio, todos aquellos que se aguantaban los achaques por la pura pereza de caminar cien metros en dirección sur comenzaron a subir, del conserje para arriba, a hacer consultas de diverso tipo.

Fernando era afable, aunque no empalagoso. Trataba a todo el mundo por el nombre, pero de usted. Sonreía al preguntar y también al contestar. Miraba en los ojos al interlocutor con sus ojos de un desvaído azul acuoso que transmitían interés y ganas de ayudar la mayoría de las veces. Sobrellevaba con buen humor los gruñidos de Clarita cuando las cosas se ponían aburridas o difíciles. Traía discos compactos de música barroca; pero en cuanto llegaba un posible paciente no afín con la música ambiental la apagaba y le dedicaba su total atención.

María Isabel Larrea, por entonces Directora del lugar no tardó en advertir las cualidades de aquel raro ejemplar que había caído por accidente en sus dominios, y tras algunas conversaciones vio que no solamente le sería útil como médico refugiado por avatares del destino, sino que también podía ayudarla en más de un área: la música, por ejemplo; la medicina comunitaria, por dar otro ejemplo; la elaboración de mil quinientos o más tipos de proyectos, por cerrar con broche de oro los ejemplos.

Cuatro o cinco meses después, dos zanqueros con-tratados para promocionar eventos y similares se habían liado a golpes en pleno corredor frente al improvisado Departamento Médico. Fernando le estaba curando las heridas a uno de ellos, que aullaba palabrotas mientras, pacientemente, entre él y Clarita se las limpiaban con gasa, alcohol y diversos ungüentos analgésicos.

Justo en aquel momento, la puerta se abrió y aparecieron María Isabel Larrea, la Directora del Departamento y un muchacho delgado, de mediana estatura, más bien pálido, facciones finas, los ojos verde oscuro y el cabello castaño un poco largo. No dijo nada. Fue María Isabel quien habló:

—Fernando, él es Miguel Vera. Nos va a ayudar en la Casa de la Poesía.

Fernando sonrió apenas:

—Hola, Miguel. Qué pena que...

Y Miguel también sonrió, divertido:

—No, tranquilos. Sé cómo funciona el mundo.

Miguel sonrió otra vez, respondiendo con cortesía inglesa:

—¿Pariente de Homero, acaso?

Y Fernando también sonrió, con una ironía de aguja hipodérmica:

—Sobrino en segundo grado, a sus órdenes.

Entonces Miguel volvió a sonreír, menos incisivo:

—Espero no necesitarlo nunca.

—Entonces no hable muy duro, porque aquí, el que no cae, resbala —bromeó Fernando.

—O le pegan —completó Miguel, y resopló la risa, escapando de la mirada furibunda del único ojo sano del zanquero.

—Aquí, donde le ves —siguió indicando María Isabel a Miguel— el Doctor Simpson es un hombre orquesta: médico, pianista, guitarrista y además ayuda en los programas de salud con los barrios y en las comunidades.

Miguel hizo un saludo a la usanza árabe, del vientre a la frente:

—Es un honor, Doctor. Yo solamente soy un humilde estudiante de literatura que a veces se atreve a tentar la poesía.

—Es un payaso —comentó el zanquero.

—Vos tranquilo, pana —dijo Miguel, serio—, si no quieres que te igualen el otro ojo.

María Isabel le apretó el brazo, suavemente:

—Bueno, nos vamos.

Y salieron, cerrando la puerta. El zanquero, ofendido, comentó con Fernando:

—Seguro que ese se acuesta con la jefa.

—Bueno —había continuado María Isabel—, Miguel, este es el Doctor Fernando Simpson. Ahora les es-tamos «arrendando» el local, pero nos encanta contar con servicio médico propio.

Fernando siguió atendiéndolo en silencio.

Después supimos que no, que en realidad se acostaba con una amiga de ella; pero, la verdad, no nos importó tanto, pues sus propios méritos no tardaron en salir a flote. Académicamente, un niño prodigio. Laboralmente, una máquina. Era un loco, además. Y un amoroso también. Me acuerdo tanto del día que llegó y se sentó, curiosa-mente, en la misma silla en que Fernando se había sentado la primera vez. Solo que él comenzó enseguida a coquetear conmigo sin nada de timidez y, tuteándome sin ningún recelo, cosa que, por ejemplo, Fernando todavía no se atrevía a hacer, me dijo:

—Dice la Marisa que te dé mis datos, para eso del contrato.

—Ya. Espéreme un ratito, por favor. Tome asiento.

Me cayó mal, pero qué remedio, mientras abría un archivo y buscaba las formas para contrato de personal nuevo.

—Apellidos y nombres...

—Vera Andrade José Miguel.

—Edad...

—Veintiún años.

Di un respingo y lo miré de frente. Veintiuno. De seguro se estaba aumentando por lo menos tres, si no cinco.

—¿Puedo ver su cédula, para el número?

—Mal empezamos con tanta desconfianza, pero aquí está.

Era una cédula de menor de edad, con un chico sonriente en la foto, cosa rara. La fecha de nacimiento estaba clara: 27 de diciembre de 19... Veintiún años y unos cuantos meses, a la fecha.

—Tiene que renovar, sacar la de mayor de edad.

—Sí. Ya sé.

Copié el número de la cédula, y seguí llenando la forma:

—Estado civil...

—Promiscuo y variado.

—De verdad.

—Soltero.

—Instrucción...

—Tercer año de universidad.

—¿Carrera que cursa?

—Literatura y comunicación, pero estoy en las últimas boqueadas.

—Bueno, necesito un currículo suyo.

—Lo tiene María Isabel. Se lo puede pedir ahorita, si quiere.

Alguien tan joven y desenvuelto siempre da mala espina, al menos a mí. Así que, sin decir nada, me levanté y fui hacia la oficina de María Isabel para ver el famoso currículo. Cuando lo vi, después de volver, no pude aguantar el comentario:

—Tremendo currículo para su edad.

Miguel sonrió de nuevo, modesto:

—Es que he vivido intensamente.

Esta vez, no pude evitar sonreír yo también:

—Voy a mandar la documentación al Departamento de Recursos Humanos; pero creo que ya se va a quedar aquí, ¿no?

—Aquí estoy... Y quiero felicitar a su dentista.

—¿Por qué?

—Porque esa sonrisa tan perfecta no puede ser obra de Dios Padre solamente.

De una cosa estaba segura, y es que no me iba a dejar intimidar, así que sonreí una vez más, y respondí.

—No. Es postiza.

Cuando las ratas llegaron al muelle ya toda la gente se había ido. Estaba solo, con una maleta de madera de esas que antes se llevaba a la conscripción. Miraba el agua turbia del mar y sentía el temor de quien no

sabe dónde se encuentra ni para qué. ¿Vine en un barco, tal vez? ¿Caí del cielo? ¿Alguien me trajo, quizá drogado, y me abandonó en la oscuridad apenas definible de una desconocida hora nocturna? ¿Quién era yo y qué hacía ahí? Entonces escuché esa especie de carcajaditas de caucho a mis espaldas, me volví y las miré. La sucia luz de las farolas del muelle hacía brillar sus ojillos rojos como cabecitas de alfiler entre las sombras. Eran todas blancas, y chillaban endemoniadamente. Ratones, ratas más grandes. Completamente blancas, chillando y enseñándome los dientes. Me acordé de la rabia, esperándome en aquellos colmillos minúsculos. Me acordé de viejos cuentos de terror en los que las hormigas, las pirañas o las mismas ratas devoraban cuerpos enteros de personas. Quise correr, pero como en cualquier pesadilla que se respete, las piernas no me obedecieron. Miré atrás. Calculé mis posibilidades. Por los costados del muelle, venían más. La única salida era arrojarme al agua, pero las ratas saben nadar. O las del sueño sabían, y para el efecto eso era lo que importaba. Miré mi maleta de madera. Las ratas seguían chillando, mirándome y enseñándome los dientes. Muy pronto echarían a correr hacia mí, a cubrirme con sus cuerpos blancos, blandos y repugnantes, a morderme la cara, las manos, los ojos, las orejas, todo, en fin. Levanté la maleta del suelo y la arrojé con todas mis fuerzas contra el raterío que me amenazaba desde el frente. Luego eché a correr, ahora sí pude, hacia la orilla del muelle y salté sin pensarlo dos veces. Bajo el agua, nadé, nadé, nadé, nadé. Sentía el agua fría en la piel, acalambrándome; pero no podía parar ni quería mirar hacia atrás o arriba, pues es-taba seguro de que las ratas me perseguirían a donde fuera. Y en efecto, mientras nadaba volví a escuchar sus agudos chillidos recurrentes. Nadé más todavía, sumergiéndome ahí donde no había luz ni oxígeno más que para mí solo. Mientras nadaba, me fui despojando de la ropa y me quedé completamente desnudo en medio del agua fría. Solo y desnudo, como si acabara de nacer... o de morir.

3

BIENVENIDA

MARGARITA REMENDABA ROPA FRENTE A LOS NOTICIEROS del televisor cuando escuchó los pasos de Miguel en las gradas. En otro tiempo, habría anunciado su llegada con un silbido o un «ya llegué», pero desde hacía una semana, no hablaban más de lo estrictamente necesario. Mejor dicho, Miguel no le hablaba más de lo estrictamente necesario: saludaba, se despedía, respondía si ella le preguntaba y él evitaba preguntar cualquier cosa. Margarita extrañaba los chistes y bromas de su hijo, así como sus abrazos y besos, pero como ambos eran orgullosos, ninguno había dado el

paso para una reconciliación. Y de repente Miguel estaba ahí, de pie frente a ella, extendiéndole una cantidad de dinero y diciéndole:

—Esto es para la casa.

Margarita levantó los ojos, desconcertada. Detrás de los lentes, eran los mismos ojos verdes de Miguel.

—No entiendo.

—Bueno, te habrás preguntado por qué esta semana he faltado más que de costumbre a los almuerzos de la familia, ¿no? Aunque creas que estudio una carrera que no vale para nada, conseguí un trabajo, en algo que no vale para nada, claro, como el Departamento de Cultura del Municipio, y en una dependencia que tampoco vale para nada, y se llama Casa de la Poesía.

Margarita pensó por un momento en responder: «Seguro que este dinero tampoco vale para nada, entonces», pero se mordió los labios mientras Miguel, resentido, continuaba:

—Pedí un anticipo del veinticinco por ciento de mi sueldo, y te entrego el veinte por ciento, es mi aporte a la casa, el otro cinco por ciento es para mis gastos. Creo que es lo justo y legal que un hijo que trabaja debe aportar, ¿no?

—No sé.

—Bueno, mientras viva aquí te aportaré con eso cada mes. Te pido un año de plazo para ahorrar y ver si puedo cambiarme a otra parte. Así ya no tendrás que mantener a alguien como yo.

El sábado anterior, Miguel había llegado a las tres de la tarde, apestando a alcohol, pero aparentemente sobrio. El detalle era que había salido el viernes en la mañana, a clases. Margarita lo dejó ducharse, dormir, y a eso de las siete de la noche, cuando escuchó música en su dormitorio fue a hablar con él. Trataba de no ser irónica o hiriente, pero esta vez estaba realmente dolida, sobre todo porque no era la primera, y porque la actitud de Miguel contrastaba demasiado con la de sus hermanas y su hermano. Por eso habló largamente de su vida difícil desde que se separara de su esposo, del trabajo de cuidar y educar bien cuatro hijos sola, de que estaba harta de mantener una persona como Miguel que, aparte de ser un devoto irrestricto de San Viernes, estudiaba una carrera propia de vagos buenos para nada, borrachos y adictos a cualquier cosa, sabiendo lo cara y difícil que está la vida ahora, que debía seguir el ejemplo de sus padres, incluso de su padre, que mantenía seis hijos a fuerza de su trabajo. Cuando terminó de hablar, conminó a Miguel a responder. Él solo dijo, con una impresionante serenidad:

—Creo que tú ya dijiste todo lo que había que decir. Tienes razón. No hay nada qué contestar.

Después de eso vino la larga semana de silencio, y ahora aparecía con los billetes en la mano y el gesto adusto, explicándose:

—Te recuerdo que, gracias a mis calificaciones, a pesar de ser como soy, no hemos tenido que pagar los dos últimos semestres de la Universidad, sino

solo las matrículas, y como para eso me dio mi papá, se lo reembolsaré en cuanto pueda. Espero así arreglar por lo menos el aspecto económico de la desgracia de tenerme como hijo.

Margarita seguía sin tomar el dinero, haciendo fuerza para contener las lágrimas mientras respondía:

—No creo que sea necesario ser tan venenoso. Hice un reclamo que considero justo. En esta, como en todas las casas, hay reglas que cumplir. Y por otro lado, me preocupa tu vida y tu salud...

—Supongo que así es. Pero estoy remediándolo todo en la medida de lo posible, además con la promesa de mudarme a otra parte en aproximadamente un año. A ti no te ha importado mantener a Santiago durante los más de siete años de su carrera, y eso está muy bien, porque es una carrera muy productiva, que a todos nos puede servir tarde o temprano. Y de tu hija mayor tampoco te hablo, porque es lo que toda madre habrá soñado después de haber sufrido tanto como tú. La que te va a dar dolores de cabeza es la Mari, se parece demasiado a mí, pero para eso todavía falta. Así que toma esto, por favor, porque si no lo tomas voy a romper los billetes en todos los pedazos que pueda y así supongo que quedaremos a mano, ¿no? Ni para ti ni para mí.

—No seas insolente, Miguel.

—No es insolencia. Creo que es lo justo.

—Sí, supongo que es lo justo, pero no veo el motivo de decírmelo así.

—Bueno, no hablemos de estilos, porque lo que se hereda no se hurta. Y respecto de seguir el ejemplo de mi padre, estoy considerando seriamente la posibilidad de encontrar una mujer dulce y generosa, casarme con ella, tratarla mal hasta que se vuelva una persona áspera y malhumorada, decir entonces que ya no la quiero e irme con la primera cosa con vestido que pase por delante de mí y así sucesivamente hasta terminar viviendo con una señora que nadie sabe quién es, y entonces ponerme a trabajar duro para poder mantener a todos los hijos de todas las familias que haya tenido en mi vida.

—Basta, Miguel.

—Está bien. Toma el dinero por favor.

Margarita bajó un poco la guardia y contestó en otro tono de voz:

—No es necesario. Y me alegro de que hayas conseguido un trabajo...

—Gracias, pero ya te dije lo que voy a hacer con estos billetes si no los tomas. Ah, y el San Viernes lo voy a celebrar con mis propios fondos, incluida la mesada que me da el viejo, que a propósito, le voy a decir que ya no me dé para que pueda mantener bien a esas pobres guaguas.

—No me des más explicaciones, Miguel —Margarita tomó el dinero y lo dejó sobre la mesa de la sala de estar—. ¿Vas a salir hoy?

—Sí —sonrió, irónico—. Me están dando la bien-venida. Chao.

—Cuídate.

—Gracias.

Hasta hacía una semana le habría besado la frente, bromeando. Pero ahora solamente le dio la espalda y bajó hacia la salida, en donde lo esperaban los compañeros de su nuevo trabajo.

Quizás recién ahora podría decirle el millón de cosas que siempre se nos quedan adentro. Podría decirle, por ejemplo, que nunca comprendí por qué no le gustaba Arjona, si en ese entonces me parecía un rey de la música popular. Podría decirle que, pese a sus bromas y chistes se le percibía la tensión en los ojos y los gestos cuando salió de su casa y se medio acomodó entre la puerta y yo en el jeep del Marcelo. Podría decirle también que sí, que tenía razón, que era cierto que le estaba dando la bienvenida a usted porque en solo cinco días ya nos había robado el corazón a casi todos (y eso que suelo cuidar bastante el mío); pero que más que nada yo estaba festejando que hubiera llegado el oficio de la alcaldía anunciando que el doctor y la auxiliar se quedarían quién sabe cuánto tiempo en nuestro edificio porque así mataban dos pájaros de un tiro: la zonificación y la descentralización del servicio Médico-Odontológico (además nadie sabía cuánto se demorarían en reparar las tales tuberías dañadas en el edificio original). Me acuerdo tanto de su proclama: «Eso sí, dentistas no aceptamos», y el Fernando, pegado ya los tragos: «Tienes razón, no valen para nada». Lo que no era cierto era que yo hubiera «pasado plata» para que el Servicio Médico se quedara en nuestro edificio, y no porque me hubiesen faltado ganas, sino porque no tenía ni medio. Pero de repente todo son recuerdos, Miguel. Recuerdos que comentamos a veces al ver viejas fotos. Recuerdos que atenazan el pecho a pesar de las sonrisas que no podemos evitar. ¿Se acuerdan de que la primera noche el Miguel cantó tangos que ninguno de nosotros sabía y el karaoke le puso diez sobre diez? ¿Se acuerdan de esa otra vez, la última que fuimos a ese local, cuando gritaba «¡Abajo José Luis Perales!»? Cómo olvidarlo, ahí, parado en la mesa, hasta que el dueño del local nos rogó que nos fuéramos porque el escándalo le estaba arruinando el negocio, y entonces el Marcelo, usted y el Carlos quisieron pegarle y salieron los guardaespaldas o los guardapuertas y el Fernando, siempre tan pacífico, hizo uso práctico de su tranquilo poder de convencimiento para prevenir el escándalo que se acercaba, y todos nos fuimos un poco corridos pero en el fondo muertos de la risa y mientras el Marcelo me llevaba a mi casa ustedes se quedaban sentados en la vereda y le oíamos decir a usted, sí, a usted, en voz alta: «La vergüenza no es que vengamos a un local en donde tienen las pistas de estas canciones, sino que nos sepamos tan bien las letras...», y en donde, según me contaban después, se cuadraron y cantaron el Himno Nacional al salir el sol. Sí, ya sé, eso no fue en la primera salida, en la que solo cantó tangos, y después dijo que era un homenaje a su madre aunque ella no lo iba a saber nunca porque no le interesaba y quién sabe por cuánto tiempo seguirían enojados. Le gustaba cantar *Give me the power*, *Puto y Frijolerou* también, ¿no? Y bailar el pogo con esa música. Y entre los dizque poetas bibliotecarios funcionarios de la Dirección Cultural del Municipio hacían un escándalo infernal y una barra que para qué le cuento y en el único partido de fútbol que participó le pusieron al equipo «Los putos» y la barra era la famosa

canción de Molotov, que me tocaba gritar a mí con la Clarita, el mensajero y algún otro comedido que quisiera repetir cien mil veces la maldita palabra. Increíble cosa para todos verle después extasiarse junto con el Fernando con los concerti grossi de *L'estravaganza* y *L'estro armonico* y los *Conciertos de Brandemburgo*, y las *Variaciones Goldberg* y la *Bachiana Nº 5* de Villa-Lobos, como si ni Molotov ni Eminem ni Maná ni los rockeros diabólicos de Rata Blanca hubieran existido jamás.

MADRE CARIÑITO SANTO

por Miguel Vera

nos tocamos en suerte

qué le vamos a hacer

aunque quieras

no hay divorcio posible

entendí que esperaste mucho de mí

como todas las madres aunque digan que no

y quizá tenías razón

después de tanto trabajo

de tanto dolor aguantado

de tanto novio rechazado desde que el viejo se fuera con otra(s)

por cuidar de nosotros

sobre todo de mí

no vengas a alumbrar mi existir

madre cariñito santo

que yo pago mis cuentas de la luz

sin ti de seguro mi vida tendrá un momento de llanto

pero continuará

porque comprendo

que el destino del hombre es la orfandad

y el de la mujer también

supongo

lo que no quiero

es oír tus reproches sobre lo que me gusta ser y hacer

lo que no quiero

es que perdamos tiempo de vida

revisando las normas que he incumplido

en lugar de seguir jugueteando como cuando era un bebé y me

hacía caca tranquilamente y no tenías

ningún problema en cambiarme los pañales

en lugar de contar chistes y simplemente reírnos

en lugar de mirar por la ventana el mundo al que me

has entregado

y poder decidir

sabiendo que mis ojos sí son como los tuyos

pero observan las cosas

de un modo diferente

4

SANTORALES

SAN VIERNES ES QUIZÁ EL SANTO MÁS PROMOCIONADO, AL menos entre las devociones populares. Uno de sus méritos es que no se venera una vez al año, como los otros santos, sino todas las semanas, menos la de su tocayo, Viernes Santo, y a veces también ahí. San Viernes es el patrono de todos aquellos que, agobiados por la supervivencia, trabajan, o descansan recibiendo un sueldo casi siempre de burócratas. Este santo tan querido y venerado permite aflojar corbatas, contar cachos no radiales, visitar sitios completamente profanos, romper con los deberes del esposo cristiano en tal estado de embrutecimiento que la conciencia no da cuenta de nada, y sobre todo, consumir cantidades de alcohol que harían ruborizarse a cualquier cosaco que se respete. También permite que la gente muestre el amor que en el fondo de su ser siente por su país al cantar con voz enronquecida el vasto repertorio que las radios nacionales, debido a una vergonzante y en el fondo inexplicable falta de autoestima, solamente ponen en el aire entre diez y media de la noche y cinco de la mañana en días laborables, salvo honrosísimas excepciones que se podrían contar con los dedos de una mano, o de un pie. Y también ayuda a que se rompa por tandas de diez en diez la popular creencia que reza los hombres no lloran, pues entre el alcohol, la derrota del equipo favorito de fútbol, el recuerdo de la madre

anciana o difunta, las frustraciones en general y el repertorio nacional puede haber quien se deshidrate fácilmente por vía ocular entre un viernes y un sábado cualquiera.

Ahora bien, Fernando, como buen agnóstico, no creía en santos: creía en la música barroca sin excepción de autor ni de obra, en Mozart, en Villa-Lobos, en Piazzolla, en el piano, la guitarra clásica, y en el *t'ai chi chuan*, que practicaba todas las mañanas en una esquina del parque de la Carolina, cerca de donde vivía en compañía de su madre viuda. Susana, en cambio, creía en Dios Padre, en Jesús-Dios-hijo-hombre, en el Espíritu Santo, en la Virgen María y todas sus advocaciones aprobadas por el Vaticano, pero más que todas en la de La Dolorosa del Colegio San Gabriel, también creía en el Ángel de la Guarda, en San Francisco de Asís, en el Papa y su infalibilidad, en Santa Marianita de Jesús, el Santo Hermano Miguel y Santa Susana, claro, que nadie, salvo ella, sabía quién era, amén de San Juan Bosco y la Virgen María Auxiliadora, quienes habían cobijado amorosamente sus doce o trece años de educación básica. Carlos Guevara y Marcelo Ruiz compartían unas creencias diversificadas entre la música de San Jimi Hendrix, Santa Janis Joplin, San Charlie García, San Spinetta, el rock sinfónico, el rock progresivo, el rock que los ignorantes dicen que es diabólico y otras cosas menos musicales como los ayurvedas, algunos postulados del budismo zen, del *Manifiesto Comunista*, y del *Capital* de San Carl Marx, San Bakunin, San Kropotkin, la poesía vanguardista fuera del signo que fuera, San Boris Vian, Santa Emily Dickinson, San Jorge Enrique Adoum, San César en sus advocaciones de Vallejo y Dávila Andrade y la corte de los santos de la Generación del '27 española, amén de San Hugo Mayo, San Vicente Huidobro y, si hubiera habido cómo, ‹San› Lautréamont... en fin, un santoral tanto o más vasto que el católico, pero de rituales aleatorios y desconcertantes.

Cuando Miguel llegó, todos se dieron cuenta de que en quien había creído con mucha fe era en Eros, y le había resultado, por el momento al menos. Luego advirtieron que era devoto de una parte de los dioses de Carlos y Marcelo, más otra parte de los dioses de Fernando, y que no creía pero para nada, como él mismo decía, en las vírgenes y los santos del Santoral de Susana. Por supuesto, también tenía una profunda devoción por el San Viernes, aunque con ciertas variantes, pues como no usaba corbata, no tenía nada qué aflojar; como siempre contaba unos chistes que iban de porno para abajo, tampoco tenía mucho de qué desinhibirse; visitaba sitios profanos en cualquier condición, no era el esposo cristiano de nadie, los pasillos, saltashpas, cachullapis y albazos lo tenían sin cuidado aunque se conocía muchas letras y los entonaba con bastante gracia si hacía falta; además, estaba completamente convencido de que todos los hombres del mundo lloran de vez en cuando menos él, así que no me jodan. De modo que el San Viernes le quedaba, sobre todo, para consumir alcohol y divertirse con sus amigos, o con unas amigas que tenía por ahí, depende de quién anduviera más cerca.

Alguna tarde de confidencias, alguna noche de tragos, al-guna vez de esas que nunca faltan, el Fernando me contó por dónde andaban los cuatro, a pie o en el jeep del Marcelo, porque lo que es el Fernando había jurado no contribuir a la contaminación de la ciudad de ninguna manera y mejor

ahorrar para comprarse otra cosa más útil, y luego me dijo que siempre quedaban los dos, o sea tú y él, para ir de karaoke en karaoke, de bar en bar, riéndose de los prostitutos y de las prostitutas que adornaban las calles, aunque dice él que algunas de ellas te saluda-ban, y tú respondías, sonriendo: qué fue, chicas, otro día vengo.

Ahora te tuteo, ¿te das cuenta? Es más fácil tutearte cuando no estás, y casi verte andando por ahí con esa bufanda lanuda de colorinches que te había tejido tu hermana menor después de que perdiste en innumerables taxis y noches de bohemia no sé cuántas compradas y/o confeccionadas por tu madre. Es fácil tutearte al evocar tu risa, tus palabrotas y tus palabritas zahiriendo el aire frío de la noche quiteña. Hacía tan poco el país se había revuelto sacando al segundo presidente en menos de cinco años, y tú repetías que la culpa era nuestra, por votar, por escoger, por darle oportunidades de seguir boqueando a este sistema perverso, y una vez, me dijo el Fernando, con un spray negro trazaste en una pared blanca tu adorada A, estrella de tres puntas dentro del círculo, mandala mágico de la libertad a toda costa, y debajo pusiste simplemente para qué son mudos, pero quizá tampoco tenías muy claras las posibles soluciones, en fin de cuentas solamente eras un chico, y ni siquiera un chico como aquellos de antes, que tiraban piedras en las calles y hacían barricadas con sus carriles y mochilas y corrían con los gases lacrimógenos hasta que a algún chapa de esos que nunca faltan se le ocurría disparar porque sí, porque órdenes son órdenes, aunque nunca sepamos quiénes nos las dan. No. Eras un chico de ojos verdes, dos o tres años menor que yo, nada más que eso. Un chico que en medio de todo me parece que andaba bastante confundido; pero total, quién no. Quién tiene las razones, las palabras, las doctrinas. Quién es el dueño de Dios. ¿Reconoces esa frase? ¿Quién es el dueño de Dios, Susanita, para que diga lo que Dios quiere y lo que Dios sabe, y lo que Dios hace y cómo calcula la indulgencia plenaria? Así me dijiste una vez, ¿te acuerdas? Y yo, que ya asistía al *Curso de teología para laicos comprometidos con su Fe* de la iglesia de San Francisco los miércoles casi de noche y los sábados tarde, no supe qué contestarte porque todo lo que había aprendido en esas clases y en otras me pareció de repente poco y quizá nada ante la razón de la sinrazón que me acababas de decir, porque luego ya me estabas aclarando quién es el dueño de la verdad, llámese Carlos Marx, Martín Lutero, Kant, Platón, Violeta Parra o Perico de los Palotes, nadie sabe nada, Misú, y los que no lo admiten son los que menos cuenta se dan de las cosas.

Como buena católica y, sobre todo, como me lo habían enseñado en esos cursos que también forman par-te de mi currículo, estuve a punto de contestarte que Dios se revela a quien lo busca sinceramente con el corazón puro para comprenderlo y aceptarlo tal como es; pero en aquel momento miré el fondo de tus ojos claros, como dice otra de las canciones que cantábamos en nuestros meses felices que con dificultad llegaron a ser un año, vi el fondo de tus ojos claros y supe que todo el aparente cinismo, las bromas irreverentes, el anarquismo y el ateísmo no respondían más que a un corazón enorme, eso lo sabíamos todos, pero con lastimaduras tan grandes como su misma extensión, y estuve a punto de comentar algo al respecto, solo que en aquel mismo momento comprendí que quizá también mi fe irrestricta en la religión de mis padres, mi *Curso de teología para laicos comprometidos con su Fe*, y mis sábados de catequesis y visitas a

orfanatos también podían tener como base un corazón estrujado y lastimado por mis propios dolores secretos e inconfesables, y después la vida se encargó de hacerme ver que la timidez, la discreción, el amor por la música del siglo XVIII y el *t'ai chi chuan* de nuestro estimadísimo Doctor Fernando Simpson también respondían a un gigantesco corazón oprimido por tanta cosa que pasa, tanta cosa que dicen los que juran amarnos sin saber el daño que nos están haciendo, tanto avatar de la vida que ni siquiera imaginaríamos si alguien no se encargara de quitarnos la venda de los ojos el rato menos pensado.

desalada

la sombra cruza el camino

de lo desconocido

lleva una máscara de turquesa

y en los agujeros de los ojos la nada más profunda

mientras se interna en el canal sin fin

no la he buscado

ella me ha encontrado

a la orilla del desierto

más allá del muelle donde las ratas contemplan el

suicidio de los recién llegados

solo ha hecho un leve movimiento convocatorio

con la cabeza

y yo

comprendiendo de golpe su llamado

he subido a la góndola oscura que se pierde en la niebla

con mi miedo

mi rabia

y la desidia gris de mi esperanza

EL CINE

EL PRETEXTO FUE UNA AMIGDALITIS, TRES DÍAS DE REPOSO y varias inyecciones de antibiótico, que Clarita aplicaba pacientemente en «el rabito» de Miguel, quien siempre aprovechaba para tomarse unos minutos de conversación con Fernando, y más cuando se dio cuenta de que el Doctor se sustraía los folletos de cine y los trípticos de actividades culturales que llegaban al lugar, o sea que compartían una afición más en la vida. Entonces Miguel, aunque ya no hubiera que ponerse ninguna inyección ni cosa parecida comenzó a frecuentar con cualquier otro motivo el Departamento Médico.

—Esta película hay que ver —dijo Fernando en una de aquellas visitas— y solo dan hoy. ¿Por qué no le invitas a tu novia?

Miguel se miraba las uñas:

—Ya ha de haber visto. Ella ha visto todas las películas.

—¿Cómo, todas?

—Todas: las de Walt Disney, las de chinos, las existencialistas, las comedias musicales, las de gángsters, las de vaqueros, las de romanos, las pornográficas, las de ánime japonés, las de Fellini, las de Visconti, las de Bertolucci, las de Coppola, las de Woody Allen, las del Caballo Rojas, las que todavía no hacen... Todas. En serio. Toditas.

Fernando se rió sin poder evitarlo.

—¿De qué te ríes? Ha visto todas las películas. Un día que yo estaba ahí y le entrevistaron para que dijera las diez películas que salvaría del fin del mundo, dijo cincuenta. O más. Tal vez entendió cien. Y a propósito, Doc, ¿cuáles salvaría usted?

—¿Yo? A mal árbol te arrimas... Bueno... a ver...

Miguel se volvió hacia Clarita:

—¿No ve? Él siquiera piensa, o se hace el que piensa. Mi novia ya estaría vomitando nombres de directores franceses perfectamente pronunciados a millares surgir.

—No se haga ilusiones —murmuró Clarita mientras Fernando comenzaba a hilvanar:

—*La Strada*, de Fellini, una... mmm... *Orfeo*, de Cocteau, dos... *La rosa púrpura* del Cairo, de Woody Allen, tres... *Ocho y medio* o *La dolce vita*, del mismo Fellini, cuatro...

—Puta, da de dos en dos —comentó Miguel, arrepentido de haber preguntado.

—Qué le dije —murmuró Clarita, guardando una bandeja de medicamentos en la vitrina.

—Y así, más nuevas, bueno, no tan nueva, *Rashomon* o *Sueños*, de Kurosawa...

—Kuro... ¿qué? —bromeó Miguel.

—Le encanta ese tal Kawasaki —se rió Clarita, secundada por Miguel.

—Ya —reclamó Fernando, molesto—. Si se van a burlar, no digo más.

—No, Doc. Diga, diga. Siga.

—*El beso de la mujer araña*, de Babenco, creo que es cinco, o seis. Digamos que seis... Me estaba olvidando la principal: *El último tango en París*, de Bertolucci.

—De acuerdo —dijo Miguel, en serio—. Siete.

—Es difícil...

—Así veo —volvió a opinar Clarita, y Miguel a resoplar la risa.

—¿Totalmente estomacal, el gusto? —inquirió, modestamente, Fernando.

—Sí.

—Me faltan...

—... tres.

—*Estación central*, *La hora bruja*, *Apocalipsis ahora*...

—¿Y la que me está invitando a ver?

—¿Ah? ¿Te estoy invitando?

—Yo pago, Doc, no se preocupe.

—Entonces digamos que salvaría once, y me so-bran un montón: *Cinema Paradiso*, de Giuseppe Tornatore.

En la noche, después de la película:

—Vámonos, Doctor —dijo Miguel, desperezándose al ponerse de pie.

—Espérese un ratito, Poeta —contestó Fernando, sonándose.

—Yo debería ser el médico y usted el poeta. Nunca creí que un hombre mayor de diez años, cuya madre to-davía vive, pudiera llorar así.

—Mejor no digas nada.

—Bueno, no voy a negar que me emocioné un poco. Pero usted se fue de mocos desde los créditos del princi-pio.

—No sea exagerado —y Fernando se puso de pie.

—Usted es el exagerado. Tan grandote... Debería ir al cine con lacrimatorio, a más de pañuelo.

—Vamos saliendo.

Garuaba un poco en los alrededores del cine. Fernando se levantó el cuello de la chompa. Miguel, siempre menos formal, se dio otra vuelta de bufanda tejida.

—Oiga, mi Doc.

—¿Sí?

—No se ha de querer ir a la casa así nomás en este frío.

—¿Vos tampoco?

Miguel sonrió:

—Vamos a tomar un cafecito, Mi Doc. Si quiere, yo le invito.

—No. Vamos a medias, y voy.

En la llovizna de un miércoles a las once de la no-che la oferta era más bien limitada, pero encontraron un lugarcito en las inmediaciones del cine.

—¿Solo café? —preguntó Miguel haciendo una seña a un mesero.

—Sí. Es miércoles.

—Bueno, ya sería de canonizarle a este día también, ¿no cree?

—Pero por ahora, solo café. Expreso, si se puede.

—Ya. Buenas noches. Me hace el favor un expreso y un capuchino —el muchacho se alejó de la mesa, y Miguel sonrió frente a Fernando—. Se le quedó la nariz roja, Doctor.

—Siempre creo que está un poco roja. Es por el tipo de familia, ¿no?

Miguel se echó a reír:

—¿Cuál tipo? ¿El lechero?

—Estás loco —se rió también Fernando, y durante varios minutos la risa les impidió conversar.

—No: es por el tipo llorón —acotó Miguel después de un rato.

—Es por el tipo de clima también. Hace frío...

—Bueno, digamos que una mezcla de los dos. ¿Cuántas veces se ha visto la película?

Fernando meneó la cabeza:

—Ya perdí la cuenta. Ocho. Doce. No sé.

—¿Y siempre se emociona tanto?

—Siempre. Siempre le encuentro cosas nuevas, además.

—Bueno. Cuando la vea la duodécima vez le cuento. Gracias.

El mesero sirvió los cafés en silencio.

—Gracias —dijo también Fernando—. ¿No te conmueve a ti?

Miguel miró a su alrededor como un gángster y luego se acercó a Fernando, confidente:

—No le diga a nadie, pero sí, y mucho. ¿Sabía que yo tuve un Alfredo en mi vida?

—¡No!

—Bueno. No se llamaba precisamente Alfredo. Se llamaba Aurelio. Era primo de mi mami, y se murió hace tres años.

—¿De qué?

—Leucemia.

—¿Y él era tu Alfredo?

—Sí. No sé si le he contado, pero mi madre cometió un terrible error en su vida.

—Tenerte.

—Me voy.

—No, no. Mentira. ¿Cuál otro?

—Verás, me voy.

—Ya... ¿Por qué vos sí puedes molestarme y yo no?

—Ese es tema para otra disertación, ahora yo estoy hablándote de mi tío Aurelio, y del error de mi mami, que fue casarse con mi papi.

—Bueno, si no fuera por ese error, ahorita yo estaría durmiendo tranquilamente en mi cama.

—Pero fue un error. Mi padre siempre se portó muy mal con ella, y cuando yo tenía siete años, ella misma tuvo que ponerle las cosas fuera de la casa y cambiar las cerraduras. Fue una época dura. Mamá lloraba todo el tiempo. Papá desapareció del mapa durante meses. El Santiago, mi hermano mayor, tu colega, se convirtió en el jefe de la casa a los once años... Bueno, para no alargar, fue ahí cuando apareció mi tío Aurelio, que vivía a tres cuadras de nosotros y no tenía hijos. No sé por qué me cogió a cargo, quizá teníamos bastante en común. El Santiago siempre fue de mi mamá. Mi hermana mayor, Rosita, es la hija que toda madre desearía tener, y la peladita de la Mari, creo que aún no cumplía dos años. El único niño problema era yo. Entonces vino mi tío Aurelio y comenzó a prestarme revistas de Astérix, libros de cuentos de Andersen, poemas de un montón de autores y no-velas de Mark Twain, a llevarme al cine cada vez que se podía... Y me convirtió en el hijo que ninguna madre quisiera tener, ni siquiera como sobrino.

—No digas eso.

—Bueno, el caso es que yo también me emocioné, no desde los créditos del principio, como usted, pero sí desde que me di cuenta de lo que iba la película.

—Pero te aguantaste como hombre.

—Digamos que me incomoda llorar. Las lágrimas son asquerosas: siempre vienen acompañadas de mocos, de gestos torcidos, de manchas rojas en la cara, y en la voz notas falsas que no dejan entender bien las importantísimas cosas que se suelen decir en esos trances.

¿Por qué una anda pensando siempre en lo que nunca hizo, o en lo que hizo demasiado pocas veces como para tomarle el verdadero gusto, o perderle bien perdido el gusto, no sé? Porque la única vez que les acompañé al cine fue de verdad la última para tantísimas cosas. Aquella tarde, Fernando había venido a la oficina a preguntar por ti. Raro, porque otras veces llamaba por teléfono. Me acordé de los exámenes de aquel paquete súper económico ofrecido por algún laboratorio y cuyos resultados nos iban a entregar por orden alfabético, y me llamó la atención que a Vera lo buscaran antes que a Montero; pero luego no le di mayor importancia. Bajaste a verle en cuanto pudiste. Yo salí del trabajo, como todos los viernes, a tomar un trole por ahí, y los encontré juntos por la calle Espejo, entonces me incluyeron en su plan sin si-quiera consultarme, y tampoco yo opuse mucha resisten-cia, la verdad.

Fue una película en serio, con combo de canguil, bebidas, hot dog dividido para tres y todo. Solo que el Doc no comía casi nada, y en una de esas, cuando le regresé a ver, noté que le temblaban las aletas de la nariz y la nuez de Adán le subía y le bajaba una y otra vez dentro del cuello. Entonces te dije, después de un tímido codazo:

—El Doc está llorando.

—Siempre llora —me respondiste, sin inmutarte, con la boca repleta de canguil—. Para él, ir al cine da lo mismo que ir a un velorio, pero no le dirás nada.

Entonces me di cuenta de que tal vez no tenía con qué sonarse y te pregunté:

—¿Le daré un clínex?

Lo miraste:

—Urge, ¿no?

Le di uno. Me codeaste:

—Dame a mí también.

—¿Vas a llorar?

No contestaste, te lo llevaste a la nariz y dijiste en voz baja:

—Puta, sangre.

Te levantaste y te fuiste. El Fernando salió detrás de ti. Luego volvieron, trayéndome tú una barra de chocolate y con tus explicaciones de siempre:

—No vayas a pensar mal, Susanita: el Doctor me fue a aplicar los primeros auxilios, nomás. ¿Nos perdimos de mucho?

Unas cuantas horas después, seguíamos juntos, pero en otro escenario, esta vez un pequeño parque de barrio:

—Eso es un médico —comentaste, señalándome con la quijada a Fernando, que vomitaba, doblado sobre una banca cercana a la acera—: llora en los cines, se em-borracha en los parques, vomita en las veredas...

—Vos has de ser igual —te comenté, tiritando de frío.

Sonreíste, cínico:

—Pero yo no soy médico. Oye, Susanita, y a propósito, ¿saben tus papás dónde y con quién estás? ¿Saben que faltaste a clases para ir al cine con un par de tipos que no es la primera vez que te hacen amanecerte? ¿Saben si ya perdiste la virginidad?

Me puse a corretearte por el parque, mientras Fernando se quedaba en la banca, con los ojos cerrados y la cabeza reclinada hacia atrás, hasta que nos cansamos de jugar a las cogidas y te pregunté por qué no habías bebi-do nada esa noche.

—Porque estoy delante de una dama —me acuerdo que respondiste—, y además, porque me quedé a supletorio en examen de sangre.

Nos reímos a carcajadas de esas y otras bromas, tanto, que también Fernando tuvo que sonreír a medias, sentado en la banca y todavía con los ojos cerrados. Le pregunté qué era lo que te pasaba, y abrió los ojos:

—No, nada. Hay que averiguar algunas cosas.

—Pero yo estoy muy bien —insististe, sin dejar de reír, y señalaste otra vez con un gesto a Fernando—, en cambio, eso es estar enfermo. Vele la cara que tiene. Parece un panda en sepia, y tan flaco, para colmo. Doc, debes dejar el vicio antes de que te descubran. Oiga, Misú, ¿sabe qué horas son?

Eran las cuatro de la mañana.

LA PEQUEÑA CABINA DEL CINEMA PARADISO

(poema pésimo)

por Miguel Vera

para Mi Doc

y su pañuelo

usted comprenderá mejor que todos

eso de hacer las cosas con amor

como le decía alfredo a toto

con el mismo amor

con que trabajaste

en la pequeña cabina del cinema paradiso
usted /de seguro/ comprenderá mejor que yo
eso de tragar en seco diez mil veces
cuando un muchacho y un viejo que no son hijo ni padre se
abrazan en un andén
y a mi lado lo siento sofocar los sollozos
porque las lágrimas hace rato que ya no paran
de qué está hecho un hombre que llora en el cine
de qué está hecho un hombre que traga su secreto en el
silencio de una sala oscura
de qué está hecho un hombre cuyo corazón ha
traspuesto ya la edad del cristal
porque se rompe y se rehace en cada viaje hacia su propia
esencia
y sin embargo
vive
pisotea las calles porque sabe que para eso son
lee cosas que no he visto leer jamás a ningún otro médico
toca el piano y la guitarra para cantar /o no cantar/
temas incomprensibles
guarda en alguna parte una foto de la diosa janis
joplin desnuda
cura niños y mujeres en los barrios
de qué está hecho el que hace cada una de esas cosas
otra vez como se lo decía alfredo a toto
con el mismo amor
con el que trabajaste el sentido de tus lágrimas
al observar desde tu alma la pequeña cabina
del mágico Cinema Paradiso

6

TRAVESURAS

EL ROMANCE DE MIGUEL CON LA AMIGA DE MARÍA ISABEL había sido bastante efímero, y se había terminado sin pe-lea, como siempre terminaba él con estas cosas, apenas quizá un hastío de los cuerpos. Luego cambió la autoridad del Departamento, vino otra, y nada más llegar, confirmó la presencia de todo el mundo en el mismo lugar, lo cual fue otro motivo, o mejor dicho, un nuevo pretexto de celebración.

La noche comenzó con polémicas, pues cuando alguien en la mesa mencionó a Joaquín Sabina a propósito de unos acordes que comenzaban a invadir el ambiente, Miguel dijo, muy suelto de huesos:

—No me gusta.

Se hizo un silencio en el que se podían escuchar fácilmente los resuellos de dos moscas que iniciaban un acto procreatorio en torno a un foco de luz azulada. Los poetas, el médico, el Director y la misma Susana se le quedaron mirando como si se hubiera confesado un robot de papel maché. Ingenuamente, Miguel preguntó:

—¿Dije algo malo?

—Bueno —comentó Susana—, de Arjona, como buen intelectual, comprendo que reniegue, pero de... de... ¿Cómo se llama? Sabina... No sé, me parece un poco el colmo.

—Es el colmo —concluyó otro de los contertulios.

Miguel sonrió, como cogido en falta:

—Algún día podremos hablar de esto más detenidamente; pero por ahora no me haga caso, mi estimada Misú, olvídese de mis opiniones y vaya a desgañitarse con eso de y nos dieron las diez y las once y las doce y las trece y las catorce y las quince y las dieciséis y las diecisiete y las dieciocho y las diecinueve y las veinte mil hasta que nos pasen la cuenta. Tranquila, sí le quiero mu-cho, usted sabe.

Después de desgañitarse con y nos dieron... los cantantes hispanos campearon en el ambiente en una variopinta mezcla que hermanaba a Sabina con El Dúo Dinámico, a Chayanne con Patricia González, a Alberto Cortez con Los Enanitos Verdes, a Camilo Sesto con Marta Sánchez, a Joan Manuel Serrat con Julio Iglesias, a Mecano con Gloria Stefan, y así. Miguel cantaba algunas, comentaba otras, y sus comentarios a veces no eran tan bien recibidos como se quisiera, hasta que apareció uno de los ídolos de Susanita en escena: José Luis Perales.

Después del infaltable *Y cómo es él*..., unos cuarentones de otra mesa ya no quisieron ni pensar en cantar otra cosa. Ni a Carlos, ni a Marcelo, ni siquiera a Fernando y menos a Miguel le gustaban aquellos azucarados temas, aunque todos advirtieron que, de tanto oírlos, podían repetirlos de memoria,

pero tras la vigésimo quinta canción del mismo «Mensajero del Opus Dei», como comentó Miguel, los tres poetas decidieron boicotear la cursilería imperante y comenzaron a gritar:

—¡Abajo José Luis Perales! ¡Abajo el inspirador de Bucaram! ¡Jota, Ele, Pe, igual Bucaram; Jota, Ele, Pe, igual Bucaram!

Por suerte, el nuevo Director ya se había ido a su casa; pero Susana miraba espeluznada a sus compañeros de trabajo, acurrucándose, con aquel pretexto, contra Fernando, que también parecía bastante preocupado por las dimensiones que iba tomando el ruido, por decir lo menos. Por suerte nadie iba armado, y los de la otra mesa optaron por volver a velar el sueño de sus hijos en sus casas, arrepentidos de haber salido, solo que el dueño del local vino, con cara de pocos amigos, hacia la mesa de los poetas y les pidió, de un modo falsamente comedido, que salieran del local «a la brevedad». Así dijo, provocando en Miguel un ataque de risueña indignación:

—¡A la brevedad qué, pues, señor, no sabe ni hablar! ¡Además, no puede echarnos, hemos pagado!

—No han pagado ni la mitad de lo consumido —aclaró una especie de guardaespaldas, salido de la nada.

Parecía que la cosa se iba a poner cada vez peor, pero entonces Fernando, con un gesto completamente tranquilo, se puso de pie. Ante su mesura y sobre todo su tranquilidad, el dueño del local reanudó su súplica, haciendo una seña de conciliación a su guardaespaldas, y entre todos calmaron a Miguel y salieron a la calle. Ya afuera, Fernando suspiró:

—De la que nos salvamos. Qué mal portado eres, Miguel. Imagínate que alguien tenía un arma, negra o blanca.

—Sí —corroboró Susana, asustada—. No era necesario armar tanta bulla solo porque no les gusta lo que a todo el mundo le encanta.

—Todo sea por la estética y la buena poesía —se justificaba Miguel, con la mirada iluminada de los que han bebido algo más que lo recomendable.

Marcelo decidió que, al ser él el único motorizado del grupo era su deber ir a dejar a Susana en su casa, y Carlos, Fernando y Miguel se quedaron «a ver qué hay», por un momento, sentados en la vereda. Mientras se alejaban, no les quedó más remedio que soltar la risa al es-cuchar el infaltable comentario de Miguel:

—La vergüenza no es que vengamos a un local en donde tienen las pistas de estas canciones, sino que nos sepamos tan bien las letras.

El sábado siguiente, cuando llegaba a la casa después de clase de religión, alguien me llamó por teléfono. Era una voz joven, de mujer, que se identificó como «Rosi, la hermana de Miguel Vera». Aún no llegaba a la casa. Nunca supe cómo consiguieron mi teléfono. Cuidándome de no ser alarmista, llamé a la casa del Doc. «No llega desde ayer y no sé nada de él», me respondió la voz tensa de una mujer mayor. Entonces sí me empezó una especie de remordimiento mezclado con miedo, o miedo mezcla-do con

remordimiento. La imaginación me traicionó con imágenes superpuestas de patrulleros, asaltos y hasta las puertas cerradas de la vieja morgue que quedaba en la calle Cuenca. Llamé al teléfono del Carlos Guevara y no contestaba nadie. Como él vivía solo, era una señal todavía peor. Llamé al Marcelo, y sí estaba, aunque me contestó una chica. Cuando le dije que ninguno de uste-des aparecía por ningún lado se rió y comentó:

—No se asuste, mi Susi, verá que cualquier rato se le materializan.

—Es que ya están llamando las mamás a preguntar si sé algo.

—Bueno, no sé. ¿No tienes los celulares?

—No.

—Deja, entonces. Yo tengo el celular del Carlangas. Ya le voy a buscar.

—¿Crees que les haya pasado algo?

Marcelo se rió con más ganas:

—Si les hubiera pasado algo, ya estaríamos llorando abrazados en el velorio, Misú.

Cinco minutos después, el timbrazo:

—Les encontré. Están en Latacunga, curándose el chuchaqui.

—¿Qué?

—La-ta-cun-ga. Chu-cha-qui —me silabeó, con sorna, el Marcelito.

—¿Y...?

—Ya van a llamar a las familias, los que tienen. Posiblemente vuelvan hoy noche o mañana temprano.

Cómo los odié. A vos, Miguel, por hecho el salsa y salido de todo. A vos, Carlitos Guevara, por cómplice. A usted, Mi Doc, por dejarse arrastrar por un mocoso diez años menor y hacer cosas que hasta a él le quedaban ridículas. A vos, Marcelito, por reírte a carcajadas en el teléfono mientras me dabas las noticias. Pero creo que por sobre todas las cosas me odié a mí, Susana Montero Ruales, por seguir siendo una señorita decente y haber decidido regresar a dormir en mi casa y en mi cama e irme a la clase de religión del famoso *Curso de teología para laicos comprometidos con su Fe* en lugar de dejarme arrastrar por la noche hasta amanecer en la provincia vecina, donde la prohibida carne de chancho y la cerveza me hubieran curado de golpe y porrazo cualquier rezago de chuchaqui habido o por haber.

Íbamos en el bus, pero después ya no era el bus. Era una especie de túnel largo, con galerías que se abrían a los lados. El Doc miraba con recelo a cada costado, pero como siempre, quería mantener la serenidad y el buen ánimo. El Carlitos en cambio se reía, con ganas, como si fuéramos en un juego mecánico de parque de diversiones. Yo no sabía qué hacer, ni qué posición tomar. El bus se detuvo, de repente, frente a una de esas galerías.

—Ya llegamos —dijo una voz ronca desde el sitio del conductor.

—¿Adónde llegamos? —le pregunté al Fernando.

—No sé —dijo él, y noté que se había puesto muy pálido.

—A nuestro destino —respondió el Carlitos, son-riendo con sorna.

—Nuestro destino es Quito —le aclaré yo, molesto.

—Esto es Quito —me dijo él, poniéndose serio.

Miré el hueco negro y sin fin que se extendía desde la entrada a la galería. ¿Quito? ¿Cómo saberlo?

—Tu ciudad —siguió aclarando el Carlos, conminatorio.

Miré otra vez el hueco negro, al fondo del cual seguramente estaba el barrio de la Floresta, y mi casa me-dio vieja de dos pisos, con toda la familia esperándome furiosa por mi nueva escapada. En ese momento el bus entero dio un sacudón, un frenazo, algo brusco, y me desperté de golpe, apoyado en el hombro del Fernando, que iba dormido, a su vez, contra la ventanilla del asiento trasero, mientras una voz ronca desde adelante del bus anunciaba, admonitoria:

—Ya llegamos.

Y por suerte, sí era Quito.

7

EXPERIMENTOS

—DOC, ¿ESTÁS OCUPADO?

—Recién llego, así que creo que no.

—Vámonos a hacer taller urbano.

—¿Qué?

—Taller urbano.

—¿Qué es eso?

—Salimos por las calles, yo le muestro poemas a la gente y la gente me dice qué le parecen.

—¿En serio?

—Sí, los compañeros están ocupados en otras cosas, así que nos vamos con la Susanita, y si quieres tú también por ahí. ¿No tienes pacientes?

—Ahorita no, pero pueden llegar en cualquier momento.

—Mentira. Aquí nadie se enferma.

—A veces les da amigdalitis a algunos.

—¡Vamos, Doc! No seas aguado. La Clarita sabe primeros auxilios. O si no le llevo a ella.

Fernando se levantó y dejó a un lado el libro que estaba leyendo. De reojo, Miguel leyó el título: *La muerte en Venecia*.

—Oye, ¿por qué te gustan los mismos libros que a mí?

—Porque el destino es cruel. ¿Nos vamos?

—Vamos. Lleva el celular. Así, si pasa algo, la Clarita te llama en seguida. Pero vamos.

Miguel estaba contento. Los ojos verdes le brilla-ban, y sonreía con una sonrisa que, según Susana, no solo merecía la felicitación al dentista, sino también a los genes paralelos que la crearon. Salieron del edificio y enfilaron hacia la Plaza Grande. Entonces, para demostrar la metodología, Miguel se sentó con un libro de César Vallejo junto a un jubilado, en una de las bancas de piedra, y le leyó primero «Los heraldos negros». El anciano opinó que sí, que así es la vida. Miguel le pasó el libro a Susana:

—Ahora léele otro, Misu. El que tú quieras.

Susana, tímidamente, buscó en las primeras páginas del libro y leyó, despacio, con voz de locutora de Radio Cristiana, según el mismo Miguel, «El poeta a su ama-da», porque le gustó el título. En ese momento, el viejo se atragantó de la pura emoción. Contó una historia de amor de sesenta años atrás. Dijo que ese mismo poema, con esas mismas palabras, le había servido para reconciliarse con su novia de entonces. Miguel se puso serio. En el cuello de Fernando, la nuez de Adán subía y bajaba una y otra vez. Susana sonreía, con los ojos humedecidos.

—Qué lindo —dijo cuando el hombre terminó de hablar.

Miguel sonrió. Siempre sonreía, y mejor cuando es-taba conmovido. Despacio, en un gesto extraño, retiró el sombrero de la cabeza del viejo y le estampó un beso en la frente.

—Gracias, abuelo —le dijo.

La siguiente víctima era un hombre que limpiaba zapatos. Esta vez le tocó leer a Fernando, que escogió uno de sus favoritos, «Un hombre pasa con un pan al hombro». El lustrabotas se rió con el albañil que se cae del techo, muere y ya no almuerza, preguntó por el significado de algunas palabras y dijo que eso era cierto, que en la vida pasan muchas cosas graves mientras la gente estudiada se pasa discutiendo cosas elevadísimas y difíciles.

—Ahora lea otro —dijo Miguel, guiñándole un ojo.

Fernando hojeó el libro un rato y escogió «Bordas de hielo». Lo leyó con una sobria emoción que arrancó aplausos al lustrabotas, a dos colegas

colindantes, a los clientes de todos y a tres señoras que se habían parado a ver qué pasaba. Susana lo miraba, maravillada, pues jamás lo había conocido en trotes similares a este. Y hasta Miguel le dijo:

—Puta, qué lindo que lees, Fernando. ¿No quieres leer otro más?

Fernando sonrió sin mucha fuerza, conmovido por su propia lectura, y se encogió de hombros modestamente:

—No. Así está bien. Además... —y sacó el teléfono celular del bolsillo— creo que me necesitan en el trabajo. Sigan nomás ustedes. Yo voy a la oficina.

Se fue.

Más tarde, Miguel y Susana vinieron, trayéndole higos enconfitados y colaciones. Lo encontraron revisan-do unos papeles en el escritorio.

—¿Cómo les fue?

—Le extrañamos —dijo Susana, sinceramente.

—Estuvo bonito —dijo Miguel— pero lo mejor de todo fueron tus «Bordas de hielo». ¿Por qué no nos dijiste que leías tan bien? Te habríamos sacado desde hace fu.

—¿Este no es el primer taller urbano que haces?

—Sí, pero habríamos hecho muchos antes, si sabíamos que contábamos con un lector como tú. Deberían nombrarte lector oficial de la Casa de la Poesía.

Fernando sonrió:

—Ya te volviste loco. Sabía que pasaría en cualquier momento.

—Tome, Doc —le ofreció Susana un higo y unas colaciones.

Miguel siguió hablando:

—La Susanita, sobre todo, le extrañó bastantí... ¡auch!

El quejido se lo arrancó un certero codazo de Susana entre las costillas. Miguel hizo un gesto adolorido mezclado con una sonrisa, y, frotándose el sitio de la herida, cambió ostensiblemente de tema:

—¿No te reclamaron por haberte escapado con nosotros?

—Reclamar, lo que se dice reclamar, propiamente no. Pero justo ahora hubo algunos necesitados de mis servicios.

—Mala suerte —respondió Miguel— pero no te preocupes: te vamos a tomar en cuenta cada vez que hagamos alguna de estas cosas.

—Bueno, gracias. Si puedo, les ayudo. Y supongo que la Misú también, ¿no?

Y Susana afirmó con la cabeza, encantada, aguantando a pie firme un codazo de Miguel en el mismo sitio en donde ella se lo había dado minutos antes.

Nada es casual, dicen. Nada. Ni la rotura de tuberías del Departamento Médico-Odontológico, ni el *Curso de teología para laicos comprometidos con*

su Fe, ni los exámenes de laboratorio, ni el primero de varios talleres urbanos en los que íbamos por la ciudad leyendo poemas de los famosos, de los no tan famosos y de los que teníamos en la casa, o sea Miguel, Carlitos y Marcelo. Seguramente tampoco era casual corretear por el Centro Histórico de la ciudad recitándoles versos de Machado, de Kavafis, de Emily Dickinson, de Dávila Andrade, de Adoum y de toda esa gente a los lustrabotas y los viejitos jubilados de la Plaza Grande, a los policías de tránsito, a los chapitas municipales, a los peluqueros y a las dependientas de las tiendas de material para costura y manualidades. Entonces creo que por un rato dejaba de estar enamorada de él para enamorarme un poquito de ti, del gesto de criaturita traviesa que te serpenteaba entre las cejas y la quijada, de la manera cómo correteabas por entre los postes, las bancas del parque, las calles de antaño convertidas en pasajes peatonales, de tus ojos verde oscuro brillantes de gusto y de la emoción que apenas disimulabas cuando lograbas contagiársela a la gente corriente. El Doctor siempre se apuntaba a Vallejo, con aquello de «Vengo a verte pasar todos los días...», que fue su súper éxito y que le hacíamos leer cada vez que podíamos porque solo él lo leía como hay que leerlo, aunque a veces también le hacíamos leer otras cosas, hasta el día en que se quebró de repente al leer a Luis Cernuda, un poeta que yo nunca había conocido, y que sonaba como un leve rumor de agua en la voz de Fernando, mientras desgranaba en medio del ruido de los troles y la gente: «Si el hombre pudiera decir lo que ama, si el hombre pudiera levantar su amor por el cielo como una nube en la luz; si como muros que se derrumban, para saludar la verdad erguida en medio, pudiera derrumbar su cuerpo, dejando sólo la verdad de su amor...», y de repente, el silencio, las manos de pianista pasando el libro a quien más cerca tenía, la media vuelta y el paso ágil de regreso a la oficina, sin explicarle nada a nadie, ni ese día, ni después, ni nunca más. Y detrás de él mis ojos desconcertados, y tu mano, Miguel, fuertemente aferrada a mi brazo porque sabías que si no me lo impedías de todas maneras lo seguiría, igual que mis ojos, al tiempo que miraba alejarse su cabeza erguida, y sus hombros, y su espalda todavía sobresaliendo entre la multitud que siempre puebla el centro, mientras tu voz, también de agua tranquila, completaba, finalmente: «Tú justificas mi existencia: si no te conozco, no he vivido; si muero sin conocerte, no muero, porque no he vivido».

La calle, larga, repleta de casas antiguas, parecida a las del centro de Quito, pero esa cosa típica del sueño en donde las cosas son sin ser, o parece que son, o de ley son, pero no son. Íbamos los de siempre: poetas de la biblioteca, Doc, Misú, conversando y riéndonos, hasta que llegábamos a las orillas de un río, nos quedábamos mirando el agua, y Fernando decía el poema completo, «Bordas de hielo», creo que hasta con esas músicas de Bach que sabe tocar en la guitarra cuando está inspirado, y yo, que usualmente soy un chico sensible pero discreto, comenzaba a llorar sin más, abrazándome a él, aunque la Misú estuviera más cerca, y nadie me consolaba, nadie, y yo mismo no sabía de qué o por qué lloraba tanto y tanto, aferrándome al sacón de gabardina de Fernando, quien de repente también me abrazaba (no habría sido nada raro que también llorara) y me acariciaba la cabeza como si fuera un peladito de seis años, sin decir nada, hasta que de golpe me desperté con la cara aplastada contra el forro mojado de la almohada, y me dio rabia estar llorando así, sin motivo

aparente, solo porque el Doc había terminado su poema con aquel habitual y escalofriante: «Y quien habrá partido seré yo».

8

CUMPLEAÑOS

EL KARAOKE DE LA NUEVA TROVA ERA UN LOCAL PEQUEÑO y oscuro, en las inmediaciones de la Universidad Central, que ostentaba en las paredes banderas de Cuba, de Catalunya (nunca Cataluña) y de Chile, así como fotografías de Fidel Castro, del Che Guevara, de Salvador Allende, Violeta Parra y otros iconos izquierdistas en las paredes. Su dueño era un músico cubano partidario de Fidel, pero forrado en dinero por ese y otros negocios en los que no le iba mal. También tenía en la radio un programa de música ídem, y en su barcito había recopilado las pistas de sonido de las típicas canciones pre-Perestroika de los años setenta y ochenta: Inti Illimani, Quilapayún, Mercedes Sosa, León Gieco, Joan Manuel Serrat, Luis Eduardo Aute, Ismael Serrano, Silvio Rodríguez, Pablo Milanés y unos cuantos más que nadie sabía quiénes eran, salvo dos o tres devotos que iban cada viernes a demostrar sobre todo que sabían canciones que no sabía nadie más en todo Quito. Después del escándalo contra Arjona y José Luis Perales, era impensable volver a otro tipo de karaokes, entonces el quinteto comenzó a frecuentar el *Karaoke de la Nueva Trova*. Allí Miguel aprendió catalán, mejor dicho catalá de Catalunya, porque el dueño del local, el señor Carbonell, además de su filiación genealógica, tenía versiones de algunas canciones de Serrat en catalán que, obviamente, nadie, salvo alguno que otro catalán aterrizado en Quito por circunstancias de la vida o una escritora serratista a muerte, podía cantar. Y al cabo de un tiempo, también pudo hacerlo Miguel, luciéndose en el escenario con *Paraules d'amor*, canción que le encantaba a su madre, y con otras que fue aprendiendo de tanto oír una tanda cada viernes.

Un viernes de septiembre, cumpleaños de Fernando (treinta y dos, casi la edad de Cristo), terminaron en el *Karaoke de la Nueva Trova*, o mejor dicho continuaron ahí tras un festejo muy tipo matiné infantil en la oficina, con pastelito y té. Como era costumbre, empezaron por la cerveza, pero Miguel propuso, con su punzante humor de siempre:

—Esta celebración hay que regarla con vino.

Y fue vino tinto.

—A ver, Mi Doc, salud. Y que cumpla todos los que pueda.

Chocaron las copas. Susanita sonrió y, con los ojos brillantes, también hizo un brindis:

—Que siempre podamos celebrar juntos.

Ajeno a la indirecta, Fernando sonreía, un poco emocionado. Luego Susana le entregó un paquetito rectangular:

—Sé que le va a gustar. Me acordé de usted, de cómo lee en los talleres urbanos —y le dio un beso en la mejilla.

Fernando rasgó el papel y leyó el título: *César Vallejo. Obra poética completa*. No tuvo corazón para decirle que ya lo tenía, y en una mejor edición. Luego abrió del todo el paquete y encontró en la primera página la dedicatoria de Susana: «Para alguien que no solo ama la poesía con su voz, sino con las actitudes y el corazón, de verdad. Un beso. Susana». Entonces él le dio a su vez otro beso y agradeció de nuevo. Miguel aplaudió, muerto de risa:

—Yo también traje un regalo —dijo— aparte del vino y el relajo, no creas que me olvidé.

Y sacó del bolsillo de su chompa o sacón un libro sin envolver, obviamente comprado en una librería de viejo, buscó una página al azar y leyó, después de carraspear sonoramente:

—Para dos que estoy viendo pero no quiero decir los nombres, de un anónimo chino de la dinastía Tang (¿será el jugo?):

Sin hablarse, dos corazones se amaron en secreto.

Ella borda a la luz del quinqué; camina él a la luz de

la luna.

Al llegar ante la celosía, él sabe que ella vela;

en el hondo silencio de la noche se oye el leve ruido

de las tijeras que se caen al suelo...

Todos, incluido Carbonell, aplaudieron, y Carbonell aportó con otra botella de vino para la fiesta, cortesía de la casa a la fidelidad de los asistentes, sobre todo al que había aprendido catalán exclusivamente en el lugar, y también al cumpleañero, claro, que acababa de tomar de las manos de Miguel el libro en cuestión, *Poesía china: Del siglo XXII A. C. a las canciones de la revolución cultural* y lo abría al azar para encontrarse una poesía que rezaba más o menos así:

El fresco viento de los pinos

tiembla en las cuerdas del laúd:

es una vieja melodía que ya sólo yo amo;

pasó de moda y ya nadie la toca

Liu Chang Chin

—¿No me dedicas?

—Puta, Doc, encima de que me recorrí todo el Centro Histórico buscando algo que le gustara. Pero bue-no, traiga. ¿Tiene esferito? Le voy a dedicar en chino, verá.

Fernando le alcanzó un esfero verde, que casi no se leía en la oscuridad del bar. Miguel se inventó un par de caracteres chinos y luego escribió:

«Pala Felnando, mi mejol amigo, de su panela, Miguelito Chuen».

Entonces, entre vino y vino se pusieron a cantar aquellas canciones que habían aprendido a fuerza de ser clientes frecuentes, hasta que, tras la partida de Carlos y Marcelo, y sin previo aviso irrumpieron en el aire unas notas de violín completamente desconocidas para todos menos para Fernando, quien dijo, ante el desconcierto de los demás:

—Yo. Yo. Yo sé.

Como era su cumpleaños, y además tenía adentro algo más de un vaso de cerveza y media botella de vino, olvidó su proverbial timidez y se puso de pie para cantar:

Ya ves, y yo sigo pensando en ti

como ave que retornará.

Ya ves, y yo sigo pensando en ti.

Ya ves, y yo sigo pensando en ti

aunque sepa que después te irás.

Mas, ya ves, y yo sigo pensando en ti...

Para la segunda estrofa se hizo evidente que la emoción provocada por la canción comenzaba a estragar al cantante, pues la voz empezó a temblarle en todas las vocales:

Una gota de lluvia en mi alma cayó

una hoja de otoño en mi pecho durmió *(y el brillo de las luces rojizas y las velas de las mesas le dio directo en el brillo acuoso de los ojos)*

más de un rayo de sol

se negó

a acompañarme

por mi estrecho sendero sin luz *(y algo así como un brillo pequeño y circular se le escapó por la comisura exterior del ojo izquierdo, sobrepasando el cerco de los lentes, mejilla abajo)*

y que yo siga pensando en ti...

En el intermedio de violines, súbitamente, Fernando regresó a su puesto, con la boca tensa y los ojos enrojeci-dos.

—¿Qué es, pues? —le increpó Miguel, en voz baja— ¿Ya no va a cantar? Verá que la máquina le va a poner cero... —Y luego, en voz más alta— No, don Carbonell, ya voy yo, ya me aprendí.

Subió al escenario y terminó la canción que a Fernando se le había hecho imposible:

Ya ves, y yo sigo pensando en ti

como ave que retornará.

Ya ves, y yo sigo pensando en ti.

Ya ves, y yo sigo pensando en ti

aunque sepa que después te irás.

Mas, ya ves, y yo sigo pensando en ti.

Cuando Miguel regresó al sitio, Fernando miraba obstinadamente el vino que quedaba en el interior de su copa y a su lado, Susanita, compungida, no se atrevía a dirigirle la palabra. Miguel palmeó la espalda de Fernando, se la acarició con esas bruscas caricias masculinas y le dijo:

—Vea, mi estimado, nos sacamos diez.

Fernando ni siquiera se movió. Miguel miró a Su-sana y se encogió de hombros.

—Bueno... cualquier cosa no creo que sea para ponerse así, y en tu cumpleaños.

Fernando levantó la mirada, todavía un poco turbia y dijo, sin agresividad:

—Déjame en paz, por favor.

—Ah, bueno. Le dejo en paz. Misú, ¿no quiere usted también dejarle en paz al Fernando? Total, ya le dimos regalitos, vino y pastel. Le invito a ejercitarse en un sitio más movido.

Susana todavía vaciló un minuto largo, pero al ver que Fernando continuaba mirando con obstinación el fondo de su copa, y sobre todo ante el elocuente gesto de cara y brazos de Miguel, se levantó y lo siguió hasta el mostrador, en donde él pagó todo el consumo de los tres que quedaban y dejó un billete por si Fernando continuaba consumiendo:

—Ya, don Carbonell. Verá que se vaya en un taxi confiable, ¿sí?

—¿Y por qué no se lo llevan?

—Ya no nos quiere. Se acordó de alguna pérfida con esa canción y de repente nosotros le caímos mal. Desea que le dejen en paz. Así que déjele en paz usted también, pero mándele en un taxi confiable, porfa. Vamos, Misú, a festejar por nuestra cuenta.

Los recuerdos acosan a veces. Esas imágenes que creíamos abolidas por tantas otras que se les fueron superponiendo a través del tiempo y los acontecimientos. Por ejemplo, tú en la penumbra de aquella mezcla de discoteca con restaurante en la que fuimos a parar y que toda mi generación conocía, menos yo, claro; el brillo de la pequeña argollita que llevabas entonces en la oreja izquierda, el color «verde milico» de tu chaqueta, y la bufanda de colorinches que descansaba en la silla, detrás de ti; la luz que iba cayendo alternativamente sobre tu cara, unas veces roja, otras veces verde, otras lila y otras amarilla. Tu pelo de entonces, largo casi hasta los hombros. Tus ojos, también verdes pero no milico. La mano, a ratos con un cigarrillo, y a ratos colocada en la pena que desmentía tu sonrisa leve, apenas un signo de atención, nunca de burla ni de incredulidad. Me oíste sin hablar todo lo que aquel vino y aquellos coctelitos me quisieron sacar del pecho y de otras partes. No comentaste. No aconsejaste. Creo que ni siquiera parpadeaste. Cada tanto, me agarrabas de la mano y me arrastrabas a la pista, en don-de tú bailabas escuchando y yo me confesaba bailando. Luego, vuelta a la mesa, al fume, a la cerveza, a los ojos atentos y la boca comprensiva a pesar del silencio. Y yo dale hablando de sus manos largas y elegantes, tan musicales con el piano o la guitarra clásica como con el baja-lenguas, el termómetro o las inyecciones que aplicaba haciendo doler apenitas nomás; dale ponderando el azul desvaído de los ojos detrás de aquellos lentes de marco dorado que le prestaban un aire intelectual sin mayores pretensiones; dale contándote de cuando llegó con el pan-talón mojado hasta las rodillas, ayudando a los mensajeros a acarrear escritorios, estanterías y etcétera mientras el otro doctor solamente observaba las operaciones sin humedecerse ni siquiera la punta de un zapato, dale recordando las escasas veces que nos fuimos a almorzar juntos y las conversaciones cotidianas que tuvimos en aquellos comedores de manteles a cuadros cubiertos con plástico que ofrecían apenas dos menús, el familiar y el light, que era el mismo, solo que sin arroz.

Después de escucharme durante tres o cuatro horas seguidas, salimos de aquel lugar. Recuerdo que me pasaste un brazo por los hombros, mientras con la otra mano detenías un taxi, y ya adentro, me dijiste el único comentario de la noche:

—Qué bueno que te saqué de ahí, para que hagas un poco de ejercicio y no te quedes en el Karaoke de la Nueva Trova, ayudándole a llorar por otra que no ha de valer ni la décima parte de lo que tú.

Me agarraste de la mano, como novios, porque mis manos estaban frías y las tuyas, jamás. Entonces coincidimos bajo una luz de la calle y te vi el moretoncito en la muñeca. Te lo toqué sin pensar. Te quejaste un poco. Pregunté de qué era, y entonces lo miraste tú:

—Mmm... No sé. Me habré golpeado. Como a veces no me doy cuenta de por dónde ando, ni dónde me caigo.

Nos reímos. Me pasaste de nuevo el brazo por los hombros e hicimos el resto del trayecto en silencio. De vez en cuando me acariciabas suavemente la mejilla con la mano que tenías sobre mi hombro, y ya en la casa te bajaste para dejarme junto a la puerta:

—Chao, Misú.

—Chao, Miguel.

Vacilaste un segundo. Luego me pusiste las manos en las mejillas, sonreíste, dijiste:

—Esto no es más que una travesura, pero puede achuntar a la autoestima.

Y me diste en la boca uno de los besos más ricos que he probado en la vida.

«en la penumbra vaga de la pequeña alcoba»

pensé en ti

busqué en mi cuerpo alguna señal

y solo encontré tres o cuatro moretones más

en los brazos y las canillas

sin saber de qué eran

mejor los ignoré

y volví a pensar en ti

mujer

que amas a otro

y sin embargo

tiemblas con mi beso

como yo tiemblo ahora

con el recuerdo azul de tu nostalgia

SEGUNDA PARTE: LA FAMILIA

1

LA MAMI

SOLO LLEGUÉ A LAS TRES DE LA MAÑANA, HORA TEMPRANERA para las veces que he llegado digamos que el domingo a mediodía, o el lunes a merendar. Pero eso ha sido siempre en fiestas patronales, y mías, no de mi Doctor Fernando, el Cumpleañero de la Triste Figura. La mami no me estaba esperando, entre otras cosas porque ya ha comprendido que no tiene que esperarme, que si me pasara algo la primera en enterarse sería ella, pues en mi agenda y en mi billetera llevo, en ese lugar que dice «En caso de accidente avisar a...», su nombre completo, el teléfono de la casa (dejar mensaje), su celular y su correo electrónico, o sea que si me matan, por ejemplo, solo que entierren mi cuerpo bien lejos no se ha de enterar al minuto, y creo que la pobre también se ha dado cuenta de que quizá no sea lo mejor estar tan dispuesta a las malas noticias. Pero en fin, no me esperaba. Debajo de la puerta del Santiago, en cambio, había una línea de luz, señal de que no estaba dormido, sino... digamos que estudiando, algo que ha hecho desde que nació, creo, por eso no tiene unas pestañas tan lucidas como las mías. La puerta del cuarto de las ñañas estaba entreabierta, y se les oía respirar suavemente. O sea, más claro, nadie me esperaba, pues si el Santiago lo estaba haciendo seguro que habría salido al oírme silbar bajito *Mariposa Technicolor*, una canción que él detesta y que yo amo desde que la conocí, pero bueno. De todas formas, y como a veces me da por el amor filial, abrí des-pacito la puerta del cuarto de la mami y la vi ahí, dormida de lado, sola como desde hace catorce años, plácida, sin embargo, quizá con el corazón en paz, como ella misma dice que lo tiene, y me incliné sobre su frente para darle el beso que le doy siempre que no me putea, como premio a su paciencia. Ya estaba saliendo del cuarto, cuando la luz de su lamparita se encendió, y la voz, todavía soñolienta:

—Miguel...

Vil trampa, dije. La man siempre había estado despierta, de gana le había dado el beso por adelantado. Con todo, sonreí:

—¿Sí, ma?

Se desperezó un poco:

—¿Todo bien?

—Todo bien, ma.

—Bueno. Anda a dormir.

De la pura emoción, le di otro beso en la frente, y me fui a dormir. Me levanté tardísimo, pasadas las once, hora en que no había nadie en mi casa. Me duché, bajé a comer algo, entré a la cocina y vi a una extraña mujer de edad indefinible trajinando en el fregadero. Por un momento pensé que todo lo de mi llegada había sido un sueño y que me había equivocado de casa, entonces entraron el Santi y mi mami acarreando fundas y canastos, y creí

darme cuenta de que mi casa estaba siendo invadida por representantes de alguna asociación campesina. Pero la mami lo arregló todo al presentarnos:

—Él es mi hijo Miguel. Ella es la Charito, nos va ayudar con la casa unas tres veces por semana.

Le tendí la mano:

—Hola, Charito, qué gusto.

Creo que le caí bien, porque me estrechó la mano y sonrió sin decir nada, enseñándome los huecos que antes habían sido seguramente bien ocupados por un par de incisivos inexistentes a la fecha.

Me serví un vaso de leche. El Santiago me dijo que mejor almorzara, pero no le hice caso. Le pregunté a la mami por las ñañas.

—La Rosi, trabajando, ya sabes. Y la Mari tenía algo en el colegio.

—¿Trabajos forzados?

—Creo —dijo el Santi—, parece que le ha contestado no sé qué a una monja.

—Qué raro —ironicé.

—Después se van a almorzar con tu papá —comentó la mami.

—Ah —dije—. ¿Y por qué les invita solo a ellas?

—Porque vos siempre acabas insultándole —con-testó el Santi.

—Pero no me puede privar así como así de ese placer —seguí la broma yo—. Además, vos no le insultas y tampoco te ha invitado.

—Sí me invitó, pero tenía que ayudarle a la mami con las compras.

Es tan buen hijo que casi se me salen las lágrimas. No se lo dije, claro, lo miré y sonreí, aprobatorio. En el fondo, sabía que seguramente el viejo también había mencionado mi nombre; pero a mí no me hace tanta gracia ir a almorzar con él, en su nueva casa, con su nueva mujer y sus nuevas dos hijas menores de diez años, quizá por eso siempre acabo metiendo la pata. Eso que quede para la Mari, que todavía es menor de edad y tiene que cumplir con un régimen de visitas, y para la Rosi, que cualquier día de estos le beatifican en vida, cosa nunca vista; pero no para mí.

—¿Vas a salir hoy tarde? —me preguntó la mami.

—No, mamita —le dije, sinceramente—. Farrear a día seguido es muy cansado.

Me lanzó una mirada furibunda.

Después del almuerzo, me fui a mi cama, a leer algo, y entre que leía y no leía, me había quedado dormido, con esos típicos sueños en los que las imágenes de los libros de repente se materializan y acaban formando parte de la trama o el elenco. No sé cuánto tiempo llevaba así, cuando oí el chirrido de la puerta y los pasos de algodón de la mami sobre la alfombra, calladito, no se vaya a despertar el gua-gua. *¿Sabes, mamá, que a los trece años tuve mi primera relación sexual con una man que me presentó tu otro*

hijo, el perfecto? Abrió el closet, sacó algo, y enseguida sentí la cobija sobre el cuerpo. *¿Sabes, mamá, que a los dieciséis me fumé mi primer pito de marihuana y si no me hice adicto a todo lo posible es porque Dios es grande, como tú mismo afirmas cuando ocurren las cosas increíbles?* Luego sentí sus manos extendiéndola sin violencia sobre mis hombros, su caricia, su beso en la mejilla. *¿Sabes, mamá, que hasta hace poco anduve de pareja de una mujer veinte años mayor que yo, y que cada vez que le veía la cara de felicidad después del romance le pedía a ese Dios que sé que no existe que te diera un amante veinte años más joven que tú para que pusieras la misma cara de vez en cuando, aunque yo no te la llegara a ver nunca?* Porque dicen que las madres lo saben todo, aunque no se lo digamos. Saben hasta lo que no saben, dice el Fernando, y yo le pregunto si su madre sabe todo lo de él; entonces sonríe, enigmático como es, y dice que tal vez, que prefiere no preguntar. ¿Sabrá, por ejemplo, la mamá del Fernando algo del loco y desesperado amor de la Susanita Montero hacia su vástago? Seguro que no, porque si lo supiera ya se las habría arreglado para que estén juntos forever, pues la Susanita, como mi hermana Rosi, es la niña de bien que toda madre de bien desearía para su hijo de bien. *¿Sabes, mamá, que de grande yo quiero ser cualquier cosa menos un hombre de bien?* Bueno, tampoco es que quiera ser un hombre de mal; pero no quiero salir en la tele, no quiero escribir para ningún periódico, no quiero publicar mis obras completas, no quiero vestirme de terno; no quiero, a mis setenta años, salir en las marchas de notables contra los gobiernos corruptos que ellos mismos promocionan y eligen en nombre de la democracia participativa. Ya me cambié de tema. ¿En qué estaba? Estaba en la Susanita. Ayer le di un beso bien dado en la boca, no por nada. Me nació dárselo, y le dije que solo era una travesura, no se vaya a creer y cambie a su platónico Fernando, el de la Triste Figura, por mí, lo cual, como pasatiempo, no estaría nada mal; pero de seguro ella quiere un marido, y yo no estoy listo para ser el marido de nadie. *¿Sabes, mamá, que yo siempre supe que mi papá tenía otra novia y no te lo dije porque no quería verte llorar?* Y de todos modos la vi llorar tanto que me quedó miedo de algún día hacer llorar a otra mujer dulce y generosa todo lo que ella había llorado por meterse con un tipo que quizá no la merecía, o quizá sí, o quizá ella también hizo todo mal porque dicen que un matrimonio nunca se daña por uno solo. Nunca lo entendí, así como no entendía que ella llorara tanto por la ausencia de un hombre que durante los últimos quince meses de su relación se dedicó consuetudinariamente a romper objetos cada tercer día, estrellándolos contra lo que fuera por un quítame allá esas pajas, porque no soportaba la vida de la familia, y ahora, en cambio, es feliz y me invita a almorzar con su nueva familia, y todos lo toman con la naturalidad del caso mientras me vienen a la memoria los sollozos de la mami contra la almohada durante los años enteros que demoró en desgastársele la pena. *¿Sabes, mamá, que digan lo que digan los que se creen con derecho a hablar, la vida a veces es tremendamente injusta para algunos y no reparte premios a quienes lo merecen sino que ve tú a saber con qué criterio lo hace?* Pero no quiero que la mami se vuelva a poner triste por esas cosas, ahora que la vi volver del mercado entre fundas y canastos, hablando y riéndose junto con el Santi, como si nunca hubiera pasado nada, como si nunca hubiera llorado todo lo que lloró, o como si fuera cierto, más allá de cualquier improbable novio veinte años menor que ella, que tiene el corazón completamente en paz a pesar del divorcio, la

soledad nocturna, el agobio de la supervivencia y todos los secretos que los hijos jamás nos atreveremos a contarle.

2

DEL PASADO

—ESTABA EN SEXTO CURSO DE COLEGIO, 4 DE MARZO, hora de Historia del Ecuador, nunca me voy a olvidar. De repente, alguien golpeó la puerta de la clase. Era el Rector en persona, preguntando por «el señor Simpson», o sea por mí. Me llamó la atención, porque en mi vida estudiantil no había hecho nada, ni bueno ni malo, que mereciera que el rector en persona me viniera a buscar. Con la conciencia tranquila, pero también con cierta inquietud, salí a ver. Fue muy breve, muy escueto: mi padre había sufrido un infarto y yo tenía que ir a la casa de urgencia. No mencionó, creo que porque no lo consideró necesario, el hecho de que papá ya no estuviera vivo. Tal como había salido, entré de nuevo en la clase y comencé a recoger mis cosas. Alguien me dijo después que estaba terriblemente pálido. Yo no sé. Solo recuerdo que no sentía nada; de repente, parecía que me hubieran anestesiado. Lo último que vi al salir de la clase fueron las palabras «José María Velasco Ibarra (Quito, 1893-1979)» escritas en el pizarrón con la perfecta letra del hermano profesor de Historia. En el vestíbulo del colegio me esperaba Eugenio, el menor de mis tíos paternos. Lloraba, y lo hizo con más ganas al estrecharme y sacudirme entre sus brazos. Pero en ese momento yo no pude llorar. En el fondo de mi ser, me resistía a aceptar lo que era evidente para todos, tan evidente que ni siquiera se habían tomado el trabajo de confirmármelo. Esa mañana, papá, mi hermana y yo habíamos desayunado en el comedor de la cocina. Como siempre, papá leía el periódico y hacía comentarios sobre la situación política del país, que debe haber sido pésima, para variar. La Gaby contó algo sobre fiestas de quince años, valses, vestidos rosados, esas cosas. Mamá iba y venía con la leche, el café, la mantequilla, los huevos revueltos. No hablamos mucho. Nunca hablábamos mucho. Después de desayunar, fui a cepillarme los dientes, y antes de irme, besé a mamá y dije, ya desde la puerta: «Chao, Gaby. Hasta luego, papá». Papá se dio la vuelta y sonrió, respondiendo: «Que te vaya bien, hijo». Fue la última vez que lo vi vivo, y hasta ahora me ronda de vez en cuando esa sonrisa suya y el timbre de su voz al decir que te vaya bien hijo, sus últimas palabras para mí.

El ruido de Clarita al sonarse estrepitosamente interrumpió el relato. Y luego, Miguel:

—Bueno, no sé si eso es preferible a tener seis o siete años y ver cómo tu mamá, ya no llorando sino furiosa, mete en fundas de compras y cajas toda la ropa y las cosas del viejo y las pone en el retiro de la casa mientras un comedido que ha estado haciendo el jardín le ayuda a cambiar las cerraduras de la puerta de entrada y de la puerta de atrás, y tu abuela materna se reparte entre insultos murmurados y frases de cariño que tratan de calmar a la niña de un año que berrea entre sus brazos.

Fernando sonrió a medias:

—Sí, no sé qué es peor o qué es preferible. Supongo que las dos cosas son horribles, en todo caso. No me preocupa el grado. En mi caso, era... era como estar soñando. Una pesadilla, supongo. Íbamos. Veníamos. Un rato me dejaron verlo, pero no era él. No era el hombre que en la mañana me había sonreído y me había dicho *que te vaya bien, hijo*. Era una cosa sin movimiento, sin calor, sin sonrisa, sin siquiera los infaltables lentes. Un señor con terno, completamente blanco, como de mármol, acostado dentro de una caja. Una estatua ajena, delante de la cual mi hermana y mi mamá se deshacían en lágrimas, y yo nada. Apenas mirarlo. Eso. Todos venían, me abrazaban, me sacudían igual que mi tío. Algunos inclusive lloraban mientras me palmeaban la espalda hasta hacerme doler y me decían que tengo que ser fuerte, que tengo que ayudarle a mi mamá, que tengo que cuidar de mi hermanita.

Fernando hizo un breve silencio. Clarita volvió a sonarse. Desde el otro lado del escritorio, Susana lo mi-raba, conmovida. Ella y Miguel habían ido a retirar instrucciones y especificaciones para una lista de exámenes médicos que ofrecían unos laboratorios en paquete, a precio de promoción, y sin saber por qué se quedaron conversando.

—¿Y pudo llorar, al fin? —metió la pata Susana, por decir algo, incómoda ante el brusco silencio en que se había quedado la estancia.

Fernando la miró y sonrió como cogido en falta. Miguel le extendió la caja de pañuelos desechables, recomendando:

—No sigamos con este tema porque el Doc ya tiene los ojos rojos (verso sin esfuerzo, ja, ja)...

Fernando volvió a sonreír, esta vez a Miguel. No hizo caso de los pañuelos y respondió a Susana:

—Sí. Fue cuando llegó mi mejor amigo del colegio, el *Cuico* Merizalde, se sentó a mi lado y comenzó a hablar como si fuera cosa de todos los días, de lo que habían hecho desde que yo salí de la clase, o sea: rezar por el alma de mi papá, recoger un casete que se me había quedado en el pupitre, seguir con las clases que faltaban, rezando por el alma de mi papá al principio de cada una, ponerse de acuerdo para lo de venir al funeral en diferentes grupos y a diferentes horas, terminar el día con una nueva oración por el alma de mi papá e irse cada uno en bus a su casa. El Cuico había anotado los deberes y lecciones, y comenzó a decirme todo lo que había que hacer para las dos semanas siguientes. Entonces, de golpe, me di cuenta de que, afuera, el mundo había seguido girando, nada había cambiado, nada se había detenido un solo segundo, la vida continuaba,

como dicen por ahí; comprendí que yo mismo, después de los tres o cuatro días de permiso, volvería a ese ritmo de las cosas que no habían parado de seguir, solo que nadie volvería a ver ni a oír nunca más los gestos ni la voz de mi papá.

En la última sílaba de la palabra «papá», la voz se le quebró levemente. Miguel miró a Susana con odio:

—¿Ya? ¿Contenta? —extendió otra vez la caja de pañuelos hacia Fernando— Toma, Doc, haz uso legítimo de estos pañuelos creados especialmente para el efecto.

Fernando se echó a reír sin poder evitarlo, pero tomó un pañuelo, con el que no hizo absolutamente nada, solo para no despreciar a Miguel. Susana y Clarita, en cambio, sí necesitaban de ellos, así que Miguel le pasó uno a Clarita e hizo ademán de pasarle otro a Susana, pero lo retiró en cuanto lo iba a tomar, reprendiéndola:

—A que aprendas a no andar exprimiendo glándulas lacrimales ajenas.

—Idiota —respondió ella, riéndose con la nariz enrojecida y los ojos empapados.

Fernando le alcanzó el pañuelo que no había usado:

—Tome, Misú.

—Hemos progresado notablemente —dijo Miguel, un poco ansioso por cambiar de tema—. Creo que el poeta Vallejo está oficiando de Cupido. —Y luego, a Fernando— ¿Qué tienes que hacer esta noche de viernes?

—No tenía ningún plan.

—Vámonos por ahí, a tomar alguna cosita y seguir conversando. La Clarita ha de tener que cuidar nieto, pero usted, Misú, ¿puede?

—No puedo —respondió Susana—. Si llego ahora igual que la otra vez mi papá me va a crucificar con cinceles de plomo.

Miguel codeó a Fernando:

—De la que te salvaste, ñaño —y luego, ante el gesto entre dolido y sorprendido de Fernando—: No, no, perdón por la broma idiota.

Me podían, y lo sabían. Por eso se subieron al mismo trole que yo y me obligaron a bajarme con ustedes y a ir a un barcito y restaurante de la Mariscal en donde los otros comensales les sonreían al verlos entrar y los meseros les tuteaban. Accedí, jurando que a las nueve y media en punto llamaría un taxi y me iría hasta el lunes siguiente. No sé cómo explicarlo bien, pero en momentos como aquellos era cuando me sentía completamente feliz. Feliz de tener delante de mí los ojos azul claro del Doctor Fernando Simpson, que habían enrojecido levemente cuando habló de no ver ni oír nunca más los gestos ni la voz de su papá muerto hacía catorce años; feliz de oír los comentarios y chistes del más joven poeta de la Casa de la Poesía que nunca nos mostraba nada pero todos sabíamos lo bueno que era para esa y otras tareas, feliz de oír sobre una de sus salidas

al cine, cuando al advertir la emoción de Fernando, le había gritado, dándole un codazo:

—Qué es pues, Doctor. Yaf. ¡Pórtese como hombre!

Y el Doctor, siempre tan correcto, se había tenido que pasar como veinte minutos recogiendo los canguiles desperdigados por el suelo. Al contarlo, los dos casi se ahogaban de risa:

—Tres días después seguía sacándome pepitas de canguil de partes inconfesables del cuerpo.

—Por Dios, Doctor, que está frente a una dama.

Y la dama también creía que se iba a ahogar de risa. El Doctor se atragantó con la bebida, y tuvo que salir corriendo al baño. Miguel me hizo un guiño:

—Creo que ya se está fijando en usted, ¿no? Así funciona siempre: nos dejan de hacer caso, y nos enloquecemos.

—Pues muy enloquecido que digamos no le veo.

—No importa: te prestó el pañuelo y te invitó a comer, y eso que casi le haces llorar. ¿Qué más quieres? Una maravilla, para empezar, con lo tímido que es ese señor.

Y quizá sí era una maravilla cuando Fernando regresó del baño, todavía temblando de risa, y cuando me preguntó sobre el *Curso de teología para laicos comprometidos con su Fe* y ambos lo escucharon todo sin burlarse, y hasta ofrecieron ir alguna vez, si estaban con ganas; pero, como la Cenicienta, me tuve que ir en el momento en que sonó la campanada, sin poder ni siquiera dejar un zapato de cristal o aunque sea de cuero en la escalera de caracol que me llevó a la calle y a la puerta del taxi que el Fernando había pedido para mí, mientras oía cómo el Miguel amenazaba:

—Ya vamos a poder por fin hablar mal de las mujeres. Sobre todo de unita…

—Tenía quince años cuando la conocí. Fue mi vecina de departamento, una vez que nos tuvimos que cambiar por asuntos de la pelea de mis papás. Lejos de donde vivo ahora, ¿sabes? En unos edificios pequeños, con dos departamentos por piso, lo que hacía cuatro por casa, uno frente al otro en cada piso... Bueno, el caso es que ella vivía en el departamento frente al mío. Yo era larguirucho, con el pelo más largo que ahora, y todavía no me ponía el arete, oía un poco de rock y los blues antiguos de Janis Joplin que le gustaban a mi tío y que nadie más en-tendía, y también el Serrat y la música de concierto que le chiflan a mi mamá y que de tanto oírle me fue gustan-do cada día más, además porque me desmamanté con eso. El caso es que esta man me flechó. También era larguirucha, más o menos de mi edad, con el pelo lacio, lacio, y al principio un poco anticuada para vestirse, típica niña de colegio de monjas que un día feliz para la humanidad descubrió la micro minifalda; pero tenía lo que esas

mismas monjas habrían considerado un horrible defecto: le gustaban unos poetas malditos para su edad, que sus contemporáneas seguro no daban pie con bola. César Dávila, por ejemplo. César Vallejo. ¡Rimbaud! Juan Ramón Jiménez más allá de *Platero y yo*. Se chiflaba con el Machado

cantado por Serrat porque le encantaba a su papá. Eso, tratándose de alguien de mi edad, de sexo femenino y de colegio de monjas, en aquel entonces, era bastante extraño. También veía telenovelas y bailaba canciones de Chayanne; pero bueno, nadie es perfecto. El caso es que nos amamos locamente durante unos seis meses, y no me refiero precisamente al aspecto platónico del asunto. Como en las *Palabras de amor... Ella, cómo decirlo, era todo mi mundo entonces...* Y así era. Hasta que cumplí dieciséis años y mis papás tuvieron el mal gusto de arreglar civilizadamente sus problemas de reparto de bienes, de manera que nos tocó volver a vivir en la casa de atrás de la Floresta, donde seguimos viviendo hasta ahora. Tu-vimos que irnos. Y usted no se puede imaginar, Doctor, lo terrible que es que cuando *ella, cómo decirlo, era todo mi mundo entonces* y nos pegábamos unas manoseadas tremendas más allá de las *palabras de amor sencillas y tiernas,* venga la mami sonreída hasta la médula de los huesos de los dedos del pie y nos diga que nos vamos, que volvemos a *nuestra* casa. Primero, pensamos en fugarnos, pero era de todo punto descabellado. Entonces se nos ocurrió suicidarnos juntos, con gas, con cortada de venas o con arrojada a precipicio; pero también pensamos que era demasiado. Entonces, llorando a tanques los dos (porque en aquel entonces yo todavía era bastante llorón), escribimos, con copia para cada uno, que nunca, pero nunca, mi Doc, nunca de los nuncas en la existencia habría otro ni otra capaz de hacernos romper la promesa de amor eterno. Firmamos ambas copias con un testigo, un pana del barrio que nos pasaba el papel higiénico por metros para la moqueada imparable, nos abrazamos, nos besamos y... bueno. Al otro día, odiando a mi madre y a la humanidad en pleno, me fui de ahí.

Miguel hizo una pausa y tomó un par de sorbos largos de cerveza.

—Bueno, no pasó un mes, y supe de buena fuente que ella andaba con uno de sus primos.

—Encima de la traición, el incesto —opinó Fernando.

—Así mismo. Encima de la traición, el incesto. Comprobé lo que la experiencia de mis padres ya me había avisado: que los papeles firmados y las lágrimas a tarros no sirven para nada. Y cómo la odié, Fernando, cuánto la odié. Era un dolor, además, que, por vergüenza y dignidad no podía compartir con nadie.

Tras otro sorbo, la travesura le regresó a la mirada:

—Entonces tramé la venganza. ¿Sabe qué hice? Descubrí, por contactos que tenía en el barrio, que el departamento que habíamos ocupado nosotros seguía vacío, y más que vacío, abandonado. Como me había guardado unas llavecitas, por si acaso, hice algo bien terrible y bien estúpido: en mis ratos libres iba al lugar, me sentaba en el piso de la sala de estar y me cagaba que daba contento. Si era posible, me provocaba indigestiones con comidas inconfesables, o diarrea con purgantes, para que oliera peor, y que el olor llegara al departamento de ella. Y no con-forme con eso, a veces, hasta llevaba un par de amigos, para que me ayudaran a cagarle el ambiente a la que me había cagado la vida. Bueno, no sé si se dieron cuenta de quién era, porque de que se enteraron, era imposible no enterarse. Después supe que el primo también había sido una relación fugaz, luego fue pasando el tiempo

y sobre todo me fueron pasando las iras. ¿Y quiere que le cuente una cosa? No sé ella, pero yo todavía guardo mi copia del papel firmado y emborronado de lágrimas en mi cajoncito de tesoros sentimentales

Fernando sonreía, entre divertido, conmovido y francamente asqueado. Miguel volvió a la cerveza, y preguntó, cínico:

—Eso es, Doc, ¿qué le provoca mi historia? ¿Risa? ¿Ganas de vomitar?

—Casi me haces llorar…

—Bueno, a usted cualquier cosa le hace llorar, ¿pero por qué, esta vez?

—No sé. Me da ternura.

—¿Aun en medio de esa literal venganza de mierda?

Se rieron. Luego hubo un silencio. El rostro de Miguel se tiñó de una extraña dulzura, avivada por la luz rojiza de la cantina.

—Hace unos días, por el Centro, la vi.

—Le viste.

Con la mano, Miguel hizo gesto de abombar el vientre, y se puso más dulce aún:

—Panzona.

—Panzona.

—Haciendo compras, de la mano de un tipo.

—Ya. ¿Y cómo era el tipo?

—Horrible.

—Horrible.

—Feísimo.

—Como un susto.

—Como unos dos millones de sustos juntos.

—¿Y qué te provocó?

—Eso mismo que a usted le dio mi historia.

—¿Ganas de llorar o ternura?

—Weh, eso. Da lo mismo.

—Como ahora.

Miguel parpadeó, sorbió, miró hacia la barra, sonrió tristemente al regresar:

—Un borracho puede decir cualquier cosa. Pero no tengo ganas de llorar. Es el trago, no más.

Fernando miró los ojos empañados de Miguel, su sonrisa exculpatoria, y sonrió a la vez, con cariño fraternal:

—Sí: el trago, nomás.

—Ah, el Doc, que se ha dedicado a hacer de mi eco. ¿Por qué no me crees?

Parecía que detrás de los lentes también los ojos del Doctor estaban brillando demasiado; pero podían ser las luces rojizas del restaurante, o también el trago, cuando amplió la sonrisa y repitió:

—Otro borracho puede decir cualquier otra cosa. Y por eso la voy a decir ahora, por una sola vez: no te creo… porque eres increíble, Miguel.

Miguel repartió los últimos restos de cerveza en ambos vasos, miró a Fernando y recuperó su mejor sonrisa:

—Gracias, Doc. Vos también eres increíble: el mejor amigo adulto que he tenido desde que se murió mi tío Aurelio —levantó el índice y señaló en el aire—: de leucemia. Te dije, ¿no?

—Me dijiste.

Apuraron los tragos al unísono, mientras tras el ventanal se comenzaban a perfilar las luces del amanecer.

—Oye —dijo Miguel buscándose monedas en los bolsillos.

—¿Sí?

—No ha de ser hereditario de primo hermano de la mamá a sobrino segundo, ¿no?

—Seguro que no.

3

TERTULIA

—AQUÍ ESTÁN TUS MUESTRAS… MIS MUESTRAS, DIGO —aclaró Miguel al entrar al consultorio de Fernando— ¿y dónde es lo de la sangre?

—Adentro, con la Clarita —respondió Fernando—; pero llévale a ella también las muestras para que ponga todo junto. Cuando termine te va a dar un vale para un refrigerio.

Miguel sonrió apenas:

—De pronto así descubro por qué ando tan cansado.

Fernando también sonrió:

—Por la clase de vida que llevas.

—Y porque estamos organizando para mañana la presentación de una revista, no te olvides.

—Eso también puede ser. Demasiado trabajo.

Miguel entró al cuarto de atención y salió luego, con el brazo derecho doblado, sujetando en la mano el vale para el refrigerio:

—Ya, Doc. Ah, a propósito de vales, mi papá me regaló tres «vales» para este jueves para ir a verles a unos músicos que tocan Bach, Vivaldi y un montón más de ba-rroco italiano y/o alemán, o sea que estás hecho. ¿Puedes?

—Sí, gracias.

—Ya. Verás que hay que ir con terno.

—Voy con terno. ¿Y a quién más invitamos?

—Bueno, yo ya me tomé esa libertad...

—Así que voy a ir a cargar el arpa.

—No: yo voy a cargar el arpa, porque le invité a la Susanita Montero.

Fernando siguió metiendo letras y números en el computador, sin hacer ningún comentario, y Miguel tam-bién prefirió dejarlo ahí. Luego preguntó:

—¿Vienes, entonces?

—Claro, voy. Gracias.

—Y... ¿cuándo nos van a dar los resultados?

—En un par de semanas, tal vez. Por orden alfabético, dijeron, así que quizá se demore un poco más para ti.

—Ya, porque de verdad ando agotado. Antes farreaba igual y no me cansaba tanto.

—Algún rato se resiente el cuerpo.

—Entonces el tuyo también debería estar resentido.

Fernando levantó los ojos, y volvió a sonreír, un poco socarrón:

—Es que yo hago *t'ai chi chuan*.

—Claro, por eso te regalé el libro de poesía china. Cuando puedas, me enseñas.

—Con gusto.

Que no se vaya a creer que más allá de la farra no hacíamos casi nada. Trabajábamos, solo que de eso no me gusta acordarme tanto como de lo otro, aunque había momentos memorables, por ejemplo la presentación de la primera revista de la Casa, un martes en el *Cafélibro*, en donde tuvimos de todo lo que hubo como. A veces me da por mirar las fotos y, más allá de

la nostalgia y los consiguientes efectos lacrimógenos, consigo evocar a los poetas al micrófono y al doctor con su guitarra barroca dando los intermedios musicales de Bach y música española del Renacimiento que desde entonces y para siempre

me encantaron la vida. Veo al Miguel, el Benjamín del grupo, explicando cómo se había hecho la revista, y luego lo veo sentado junto a su vaso de agua, leyendo algunos de sus poemas que, por lo menos yo, acababa de conocer en ese instante. Veo a todo el mundo, incluida yo, aplaudiendo y riéndonos, y después veo cómo nos quedamos sentados en el piso del escenario, tomando café con whisky y sintiéndonos felices de que hubiera si-do, de que se hubiera terminado y de que hubiera salido bien. Veo y oigo, aunque en la foto no se pueda, al doctor cantando y haciéndonos cantar, sentado en la tarima y veo, aunque no hay foto, mi cabeza apoyada en su rodilla y después la cabeza del Miguel apoyada en las mías por-que ya todo era un desorden total y cantábamos versiones propias de los viejos pasillos que oímos tararear a nuestros padres o inclusive a nuestros abuelos en la más remota infancia, y veo, aunque quizá ya solo con la imaginación de alguien que no está acostumbrada a beber y quizás alucina, cómo las luces de la madrugada comenzaban a iluminar las ventanas y el Carlitos Guevara anunciaba que ese día se cerraban los servicios de la Casa de la Poesía porque nosotros estábamos sentados en el piso del *Cafélibro*, que había cerrado hace fú y obviamente nadie iba a ir a trabajar en esas condiciones y entonces veo que mi celular silenciado tenía como ochenta llamadas perdidas, todas de mi papi, pero no me importó nada más que seguir allí, con la cabeza arrimada, ya no a las rodillas, sino al costado del Doctor que había dejado de cantar hace rato y dormía respirando suavemente, apoya-do contra la pared, la tarima o algo así, sintiendo por primera vez el calor de su brazo sobre mis hombros y en mis rodillas la cabeza del Miguel, que también se había quedado dormido, cubierto por su sacón verde milico y su bufanda de colorinches, y luego la voz de alguien que decía vámonos, que si no nos van a hacer limpiar el local, y el Miguel desperezándose y preguntando si habrá una farmacia abierta a esas horas para comprarse otro cepillo de dientes porque el actual le lastimaba las encías, y todos con unas caras de felicidad pisoteada por el cansancio, y el Fernando siempre pasándome el brazo por los hombros y yo temblando del frío, del chuchaqui, de la emoción más que de nada y todos saliendo a ver si algún taxi nos quería llevar a alguna parte con esas fachas vampirescas, incluido mi rimel corrido y el estuche negro de la guitarra del Doc, y por fin, después de no sé cuántos asustados o indiferentes, el taxi de alguien que no se negó a hacernos la carrera y hasta esperó en la puerta de mi urbanización a que el Miguel y el Doctor fueran a pedirles perdón a mis papás que igual nos putearon a los tres, como me enseñaron a decir los panas en lugar de hablaron, reprendieron o cuando mucho insultaron, y después solo la cara del Doctor sonriendo con los ojos irritados por la mala noche, y su beso tan cerca de la boca, y su abrazo, y su voz, como nunca, despidiéndose:

—Cuídese, Misú, y no pelee con sus papás. Le quiero mucho.

Y quedarme ahí, atontada, mirándolos salir a él y al Miguel, aunque mucho más a él, mientras el Miguel todavía preguntaba dónde se podría, a esas horas de la madrugada, comprar un cepillo de dientes de cerdas suaves

porque el otro le estaba lastimando las encías y era una joda cada vez que se lavaba la boca.

Suaves sacudones mientras el taxi recorre el camino de ida hacia mi casa. Seguro que la mami ya se fue a traba-jar sin esperarme. Yo le dije: «No sé a qué horas regrese, o bueno, pongamos las cinco de la mañana, pero no sé de qué día». Se enojó, se lo vi en la cara, aunque no me respondió. Es increíble todo lo que le da a uno la independencia económica. Entonces mejor cerrar los ojos y ver detrás de ellos cómo la ciudad va convirtiéndose en un camino largo hacia ninguna parte, bordeado de extraños árboles sin hojas, ver desde el taxi cómo por afuera van caminando despacio la mami, el viejo, el Santi, la Rosi y la María, cabizbajos y vestidos de negro, con unas ropas que recuerdan la época de los zares, la película *La otra cara del amor,* alguna tortuosa escena de Dostoievski con música de Chaikovski. El taxi avanza al paso de la familia, sin ningún apuro. ¿Y yo? ¿No me ven? Hago una seña, golpeo los vidrios de las ventanas, y nada. Allá, lejos, un hombre calvo sonríe y me saluda con la mano. Sola-mente yo lo veo, y es el único que me reconoce: mi tío Aurelio. Entonces un sacudón me lanza hacia delante y siento la mano del Doc sobre mi hombro:

—¿Qué pasó, Miguel?

—Nada —le dije—, nada, creo que fue una pesadilla.

Me reclino otra vez hacia atrás. El Doc, quizá para estar más cómodo, me pasa su larguísimo brazo por los hombros y murmura, soñoliento, cerrando los ojos:

—*Delirium tremens*, que le dicen.

4

CONCERTO GROSSO

—ESTA VEZ ES MÚSICA CLÁSICA —DIJO MIGUEL A Margarita.

—Sí, regada con trago hacia el segundo movimiento en fú al alcohol, *ma non troppo* —respondió ella, todavía molesta por la trasnochada del martes.

Miguel se echó a reír:

—Reclámale a tu ex marido, que me regaló las tres entradas a mí porque el resto de tus hijos son una tarea de incultos. Además no te preocupes, es por una causa noble: voy a hacer de Cupido.

—Ese es el peor papel: cargar el arpa toda la noche. ¿Por qué no me invitaste a mí? Sabes lo que me gusta la música clásica.

—Perdón. La próxima, lo juro.

—Es posible que ya no haya próxima.

—Te compro un disco, entonces, de lo que quieras.

—No te preocupes, igual no habría podido ir, tengo reunión en el colegio de la Mari.

—Yo sabía, por eso no te invité.

Margarita sonrió, encantadora:

—El que no te conozca, que te compre. Pero te pido un favor: ya no te me trasnoches, por tu salud. Todavía estás pálido por lo del martes.

—Bueno, ma. No te preocupes.

Es un poco engorroso que a los veinticuatro años, casi veinticinco, los padres de una se pongan en una posición de no dejar salir, de con quién te vas, de a qué horas vas a volver, verás que la noche del martes no dormiste aquí, qué también habrás hecho, hasta ahora estamos con eso atravesado; y es peor cuando vienen a buscarnos y al par de incautos que de repente asoman elegantísimos les aco-sen con el interrogatorio de adónde mismo se van, verán que es día de semana, con la educación que le hemos da-do, la niña no está acostumbrada a, y yo roja, rojísima, oyendo y mirando la cara de los amigos que se deshacían en razones y motivos y se auto promocionaban mejor que cualquier candidato a cualquier dignidad pública o priva-da, diciendo que lo del martes había sido un festejo explicable, pues acabábamos de publicar el primer número de nuestra revista, señor Montero, perdón, ingeniero Montero, no sabemos por qué la Susanita no le invitó si fue un acto de lo más académico, intelectual, cultural y sobre todo sano, ella llegó sobria, ya vio, un poco trasnochadita nomás, y mi papi mirándolos, furibundo, y preguntando finalmente a qué hora mismo sería de irme a ver, y yo deseando que el mundo se abra en dos y me trague de golpe, y el Fernando insistiendo en que no hacía falta, que el Miguel tenía el auto de la mamá (verdad a medias, pues la mamá esperaba en la puerta para llevarnos, pero nadie sabía cómo íbamos a regresar) para venirme a dejar, y mi papi mirándole al Miguel, que a los veintiún años aparentaba solo un poco más de quince y del puro horror insistiendo en que no, que no era necesario, que él me iría a retirar en cuanto se acabara el concierto, y el Fernando explicando que con estas cosas nunca se sabe, a veces puede acabarse antes de lo previsto, a veces un poco más tarde, además siempre da ganas de un cafecito, comentaba el Miguel, de alguito de comer, de irse un ratito por ahí, y el Fernando le codeaba, y decía otra vez no se preocupe ingeniero Montero, vamos a estar aquí antes de las once de la noche, como tardísimo, ya, y mi papá, como hablaba el mayor y el que se veía más serio y mejor vestido, y sobre todo con una cara muy superior a la de la última vez, bueno, ya, pero antes de las diez y media, por favor, y si tienen algún problema con el auto o lo que sea me llaman nomás y todos gracias, gracias, chao papi y vámonos.

Curioso recordar todo eso y poder sonreír de nuevo. Oír, por ejemplo, el *Concerto nº 11 en re menor* de la serie *L'estro armonico* de Vivaldi y recordar las mímicas y los gestos con que el Miguel nos tentaba a la risa, y finalmente su terrible anuncio, desde su lugar junto al Fernando, de que había una parte de ese concierto que él no podía oír sin pellizcar a alguien, o si no, no respondo, y el Doctor pasándose rápidamente y sin palabras a un puesto vacío más allá, y sin embargo la música de repente llenando el mundo de algo tan similar a la magia y tan similar a lo que debe existir en el paraíso, en el nirvana o en alguno de esos sitios en donde las culturas inventan la gloria para los que la merecerían por diversos motivos, y entonces hasta el Miguel conmovido, transportado, y el Doc sacando discretamente su pañuelo para limpiarse sin desdoblarlo un restito de humedad en un lado de la nariz, y yo cerrando los ojos e imaginándome prados enormes, caballos con las crines volando al viento, el brillo del sol detrás de las hojas de los árboles, ciudades que lo más seguro es que jamás llegue a conocer a no ser que se me ocurra migrar, mundos más allá de las sensaciones coti-dianas, y de golpe los aplausos por encima de mi cabeza, y los dos amigos de pie, gritando bravo y bravo y otra y otra y no sé qué nomás, más felices que nunca, más ebrios de gozo que en cualquiera de sus borracheras, mientras la pequeña orquesta repetía un movimiento de un *Concierto de Brandemburgo* y el Miguel ya no amenazaba con pellizcar, sino que venía a mi lado y me pasaba el brazo por los hombros y me decía: «Oye, Susanita, escucha: esto es comer en mesa, como decía mi tío Aurelio», y alguien de la fila de atrás lo mandaba a callar, y él le sacaba la lengua y se callaba, para no hacer más problema.

Si algún día regreso, que pueda volver a aplaudir de pie y gritar bravo y bravo a los concertistas rubios y desabridos, tan serios al tocar como sonrientes al recibir la ovación. Que pueda volver a ver la cara de felicidad de la Misú y decirle que eso es comer en mesa, Misú querida, no tu Di Blascio ni tu Claydermann, ándate a otra parte con esa música. Que pueda volver a ver cómo los ojos del Fernando se mojan irremediablemente ante la voz de Kiri Te Kanawa interpretando a Villa-Lobos, y que también pueda ver y oír la magia de su risa, levemente crispada, cuando le hago el dúo imitando al pato Donald, todo para no contagiarme de la brutal emoción. Que pueda ingresar al *Cafélibro* o al *Karaoke de la Nueva Trova* y agarrarme del micrófono para insistir en que *Ya ves, y yo sigo pensando en ti*, aunque de regreso del infierno no sepa quién es ti, ni quién soy yo, ni quién es nadie y posiblemente tampoco en qué mismo consiste pensar por-que de un día para otro el mundo da una vuelta diferente y las cosas se invierten, se desplazan, cambian brusca-mente de lugar sin avisar. Que pueda llevarle a la mami a un concierto o por lo menos comprarle el disco que le ofrecí la noche aquella, sin saber cuán cierto era su: «Es posible que ya no haya próxima».

Si algún día regreso, que no sea atravesando pesadillas ni mundos subterráneos repletos de roedores ávidos, túneles oscuros o incomprensibles ríos en ciudades desconocidas. Que no venga un alarido ajeno a rasgarme el sueño en la oscuridad vacilante del amanecer. Que pueda flotar por encima del dolor y el miedo, por encima del llanto de los míos y del mío propio, tan escondido y siempre negado hasta las últimas consecuencias. Que no me venzan el pánico, ni el asco, ni la lástima. Que no

vuelva a quebrarme en la noche el sonido de otra voz masculina, recitando a Vallejo al anunciar, proféticamente, como quien no dice nada, que *quien habrá partido seré yo*.

5

SUPLETORIO (*O I'M SORRY, MAMA)*

—¿EL MIGUEL VERA?

Susana dio un respingo en su escritorio. Allí, en la puerta de la oficina, estaba Fernando, de pie, más serio que de costumbre, aunque intentó sonreír ante el susto y los subsiguientes ojos interrogantes de Susi:

—Salió con los otros, a dar unos talleres en un colegio.

—Ah. ¿Y no sabe a qué horas regresará?

—Quizá ya no regrese. Depende de lo que se demoren. Pero si viene, ¿qué quiere que le diga?

—No, que pase un ratito por mi oficina. Tengo que hablar con él.

—¿Urgente?

Fernando seguía serio, pero intentó ser cortés y consistente al insistir:

—Dígale que venga, ¿sí?

—Ok.

—Y si no llega, también me avisa, por favor, Misú.

—Ya, Fernando, no se preocupe. ¿Le digo alguna otra cosa?

—Que necesito hablar con él, nada más. Que si quiere, vaya a mi consultorio.

Cuando Fernando volvió a su oficina, a su «posada», como la llamara desde el día en que se hospedó en ella, Clarita lo notó pálido, callado, demasiado serio para su costumbre. Lo vio sentarse un rato frente al escritorio, tomar el sobre que había llegado del laboratorio antes que todos los demás, sacar el papel y leerlo atentamente varias veces antes de doblarlo y guardarlo de nuevo, intentando inútilmente ahogar un suspiro.

Más tarde, casi a la hora de salida, apareció Miguel en la puerta:

—Dice la Misú que me necesitas.

—Sí, sí. Pasa. Tengo los resultados de tus exámenes.

—Pero dijiste que eran por orden alfabético...

—No sé, Miguel. Hay que repetir el examen de sangre.

—¿Repetir? Pero si estudié bastante...

Fernando sonríe ante la broma, solo que la sonrisa no alcanza para encubrirle la preocupación cuando repite:

—Supongo que estudiaste, pero quizá te quedaste a supletorio por mala conducta.

Miguel también se ríe, luego se pone serio:

—¿Algo malo?

—No te puedo decir nada, Miguel. Hay que hacer un nuevo examen, eso es todo. Y quizá mejor pronto que tarde.

—¿Cuándo es pronto?

—Mañana, si puedes.

—Pero hoy es viernes, Doc.

—Bueno, no había planes para esta noche, así que te vas a tu casa, descansas tranquilamente, y mañana temprano vas al laboratorio... —saca un recetario y comienza a escribir algo— ...que te voy a indicar y, con es-te pedido, te dejas sacar otro poquito de sangre, ¿sí?

«¿Quién es el dueño de Dios, Susanita, para que diga lo que Dios quiere y lo que Dios sabe, y lo que Dios hace y cómo calcula la indulgencia plenaria?» Puedo ver tu cara de niño triste y al mismo tiempo sabio al repetirme esa pregunta mientras yo te contestaba que Dios se revela a quien lo busca sinceramente con corazón puro, para comprenderlo y aceptarlo tal como es. Pero esa conversación de café, de noche de viernes o de tertulia burocrática pasó hace tanto tiempo que de repente ni tu pregunta ni mi respuesta alcanzan ahora para nada frente a los recuerdos agazapados en los resquicios de la memoria, brotando sin orden, mezclando las noches en el karaoke del que fuimos honrosamente expulsados por gritar «abajo José Luis Perales» y en el *Karaoke de la Nueva Trova* y en el *Cafélibro* y en todas partes, mezclándolas con el gesto contenido y reservado del Fernando Simpson parado en la puerta de mi oficina, preguntando por ti, sin querer decir exactamente para qué porque como buen médico sabía que no podía adelantarle nada a nadie mientras las cosas no se dieran por hechas, sucedidas o reales, apenas diciéndome que necesitaba que fueras a verlo, que tenía que hablar contigo. Esa fue la primera y única tarde de viernes que fuimos al cine, porque, como te habías quedado a supletorio en examen de sangre no podías tomar alcoholes, y también la primera vez que vi en serio las lágrimas del Doctor, mal disimuladas en la penumbra de una sala de proyecciones, y luego supe que no eran precisamente por la película de la que —él mismo me lo contó— no se estaba enterando un carajo porque tenía la mente ocupada en otros acontecimientos y noticias más

angustiosos y lacrimógenos que cualquier ficción y cualquier música clásica y cualquier cosa de esas que con-mueven pero no tocan de lleno la amistad, el miedo, el desconcierto y la impotencia ante lo que se ve venir aun-que se manden a repetir unos exámenes de sangre por si acaso haya habido algún error, sabiendo que no, que no hay error porque de repente te comienza a sangrar la nariz en el cine como una confirmación de que así era todo, y luego, mientras correteábamos a las tres y media de la mañana en aquel parque haciéndonos bromas y él ya es-taba en el chuchaqui, recostado contra el espaldar de la banca, pálido y ojeroso después del vómito, seguir pensando en que de repente se acabaron los San Viernes y se acabaron las noches de bohemia por la ciudad, las chicas de las esquinas que te conocían bien, el cine, las bromas, los conciertos y las amanecidas y todo, y los solistas de no sé qué ciudad europea cuyo nombre prefiero no recordar, y la voz de Kiri Te Kanawa y la voz de Avril Lavigne y la voz de Eminem y la voz de todo el mundo, solamente para dejar paso al espantoso silencio de los dioses, dijo él, y yo traté de decirle que no, que los dioses, en primer lugar, no, porque hay uno solo, yo lo sé, y que ese Dios habla a través de todo lo que sucede aunque nos parezca incomprensible, desconcertante o injusto, y él solo mirándome como sin comprender desde el abismo de saberse desarmado frente a la verdad de la vida a pesar de sus títulos de médico y especialista en Medicina Familiar y Comunitaria y no sé qué otras cosas extrañas, y yo repitiendo lo que me había dicho el padre Pablito, profesor del *Curso de teología para laicos comprometidos con su Fe*, que Dios siempre responde, solo que puede ser que alguna vez responda algo que no es necesariamente lo que le hemos estado preguntando y de golpe callándome porque qué clase de clase de ser es aquel a quien se le pregunta una cosa y responde otra, o aquel a quien no se le ha preguntado nada y de repente te manda la brutal respuesta no solicitada de cualquier cosa terrible, o lo que decía el mismo padre Pablito, aquel que te manda pruebas para ver cómo reaccionas o para que vuelvas a su rebaño porque te has alejado, no es castigo, no, es el infinito amor de Dios que quiere atraerte otra vez a su lado a que aprendas los secretos de la vida y de la realidad, y el Fernando mirándome todo el tiempo con unos ojos de ignorancia, analfabetismo, incredulidad, pregunta sin respuesta y mejor cállese, Misú, si no quiere que me enoje con usted porque no entiendo nada, y entonces quedar-nos los dos sin palabras, mirando por la ventana las casas coloniales y las calles del Centro por donde pasaban autos y gente y vendedores y la vida cotidiana con su carga de historias desconocidas, igual que cuando mi Doctor Fernando Simpson, que todavía no era un doctor, sino tan solo un chico de sexto curso de secundaria comprendió que la vida seguiría en todas partes, como siempre, solo que sin los gestos y la voz de su padre nunca más en ninguna parte, así como seguiría la vida en la oficina, solo que tus gestos y tu voz estarían en otro lugar durante mu-cho tiempo, encerrados, prohibidas las visitas, recibiendo de pronto medicinas inconmensurablemente fuertes y te-naces radiaciones para ver si tu sangre entraba en razón, se ponía en orden, acataba las leyes de la biología y se convencía de que una persona de veintiún años no puede estar muriéndose así como así solo por un capricho de los glóbulos blancos que de repente se han declarado en rebeldía, en manifestación, en marcha contra el poder central o en la orgía sin fin que de un día para otro y sin previo aviso nos había jodido la vida a todos.

I’m sorry, Mama…

Eso dice Eminem mientras canta los horrores de una familia quizá común y corriente, ¿no? Lo siento, Mamá. Nunca me gustó decir esa frase, ni siquiera cuan-do era justo y necesario, como se dice en la misa después del famoso demos gracias a Dios de los curas.

Lo siento, Mamá, cuando se confirman las cosas y algo en mi interior dice no, no ha de ser; pero veo la cara del Fernando al intentar informarme del tema sin tartamudear demasiado y eso mismo de mi interior repite *chukchapuktakulovergatetahuevo por qué a mí, carajo, por qué a mí y no al padre Pablito de la Misú o a quién sabe qué otro incauto;* pero me aguanto las ganas de salir corriendo y me aguanto la náusea y me aguanto el nudo en la garganta y hasta me alcanza el falso ánimo para una broma de esas que hago siempre, cuando salgo del consultorio, canturreando: «No llores por mí, Argentina», frente a la nariz inevitablemente enrojecida de mi Doctor Fernando Simpson, obligado por la amistad, el cariño, y sobre todo por mi propia insistencia a decirme la verdad sin esconderme ni un pelito, a mí antes que a nadie.

Lo siento, Mamá, mientras le cuento despacio al Santiago, mi famoso y perfecto hermano a punto de graduarse de médico y de que le den el pase, ah, no, eso es con los milicos, bueno, que le den el sitio para la rural y de tales, y entonces se arma la grande en su cara y se pone de varios colores, y después le llama por teléfono al Fernando y mejor me voy a mi cuarto hasta cuando oigo su par de golpes en la puerta y su promesa de acompañarme a no sé qué otro horrible examen y veo su rostro demudado y me pregunto si todo esto no será otra de tan-tas pesadillas como las que he venido teniendo en los últimos meses y si no será mejor tratar de despertar lo más pronto posible antes de que el sueño me atrape de verdad y no pueda salir de él nunca más, como en alguna macabra película de *La dimensión desconocida* que vi en mi infancia.

Lo siento, Mamá, nunca quise lastimarte, nunca quise hacerte llorar, cuando desde mi cuarto cerrado con seguro adivino la evolución de tu cara mientras el Santiago, de a poquito y tragando su propia pena por toneladas les avisará a ti y a las niñas lo que pasa, y entonces subo hasta no sé dónde el volumen del disco de lo que sea que está en mi radio para no enterarme de nada, aunque sé que hay agua por todas partes, y mocos, y sollozos, y las mismas preguntas que ya no me hago porque no, porque no quiero darle gusto a ningún ser superior, no quiero humillarme frente al todopoderoso absurdo al que eufemísticamente llamamos la voluntad de Dios, porque parecería que solo un Dios puede tener una voluntad tan incomprensible y violenta, aunque, si lo pensamos mejor, quién soy yo, chukchapuktaetcétera, para que no me pase lo que le pasa a un montón de gente y hasta me parece verlos mientras marcan el número del viejo, que estará jugando con sus hijas en la inconmensurable paz y armonía de su nuevo hogar, y le cuentan, y le dicen que venga, por favor, y en el fondo mejor que no venga, para qué, y entonces yo también tomo mi teléfono y hablo con mi amigo Fernando, que de repente ya no funge de Doctor sino de simple pana del alma, y le digo que tengo hambre y que en esta casa nadie se acuerda de mí porque todos ya me están dando por muerto, y su disposición a invitarme a comer alguna cosita por ahí casi me provoca

llanto, aunque me he jurado, y lo voy a cumplir, que no he de llorar ni una sola puta lágrima, ni una sola puta vez, por este puto motivo.

6

I NEVER MEANT TO MAKE YOU CRY

—DOC, ME DIJISTE QUE NO SE TRANSMITÍA DE PRIMO DE LA mamá a sobrino en segundo grado.

—Me equivoqué.

—¿No tienes nada que decir en tu defensa?

—No hay defensa posible.

Restaurante bohemio de una noche entre semana a las ocho y media. En todas las mesas, tipos raros con are-tes en varias partes del cuerpo. Algún original ha puesto, como música de fondo, viejas canciones argentinas en la voz de Eduardo Falú, que va cortando el aire como una límpida espada.

Miguel tiene delante de él una chuleta ahumada con ensalada de vainita y zanahoria, puré de papa y un vaso de agua mineral. Fernando, solamente un café. Miguel habla, pregunta, inquiere. Fernando responde con frases escuetas, sosteniendo la mirada de aquellos ojos aceitunados con el azul deslavado de los suyos, cuyo nivel de humedad a duras penas se equilibra encima de una sonrisa precaria y débil. Tras un bocado, Miguel pregunta, como si viniera a cuento:

—¿Te gusta esta música?

—¿A vos?

—Nunca se lo digas a nadie, pero sí. Me encanta. Era parte de la música de mi tío, ¿sabes?

—Me lo suponía. Alguien como el tío Aurelio debió haber adorado a Eduardo Falú.

Miguel corta otro pedazo de chuleta, pincha tres tiras de zanahoria, bebe un sorbo largo de agua, y habla:

—Pero también adoraba a Janis y Jimi, no te creas. El muy maldito me transmitió todo lo que le fue posible. Nunca creí que me saldría con esta jugarreta.

—No tiene nada que ver, Miguel, aunque creas que me equivoqué cuando te dije.

—Ah, ¿no?

—No.

—Pura mala suerte, entonces.

Cuando recuerdo aquellos días, me viene a la mente una extraña mezcla de impresiones. Desde la inundación del Departamento Médico, y más con la llegada de Miguel, todo había sido maravilloso e intenso: las salidas, las risas, los comentarios, los talleres urbanos, la música, las conversaciones, las farras, y de repente, de un día para otro, el Fernando viene una tarde a preguntar por Miguel Vera (con nombre y apellido, cosa terrible, diría César Vallejo) en la oficina y todo comienza a caer como en picada porque en menos de una semana ya nos llegó la espantosa noticia que los dos poetas y yo tuvimos que ir a confirmar en el Departamento Médico (o el fragmento de él que teníamos más cerca) porque si no hasta ahora estaríamos sin saber nada. Aunque bueno, tampoco es tan así. La Clarita ya nos había adelantado algo. Solo que en estos casos una nunca se lo cree del todo. Por eso irrumpimos en la oficina, le obligamos al Fernando a dejar a una inmensa mujer semidesnuda sentada en la camilla del consultorio y los tres lo encaramos con la misma conminación:

—Díganos que no es cierto.

No fue necesario explicarle: supo en seguida de lo que hablábamos. Nunca me voy a olvidar de su sonrisa desamparada al responder:

—Sí. Lamentablemente, es cierto.

No quise salir a almorzar, aunque los chicos insistieron todo lo que pudieron. Tampoco pude comer el sándwich mixto que me trajeron. Por más que hacía, pensaba en Miguel y los ojos se me llenaban de lágrimas irremediablemente, así que pasé gran parte de la tarde encerrándome una y otra vez en el baño para tomar agua y retocarme el maquillaje que me estropeaba la tristeza. Quería ir al consultorio y rehacer las preguntas desde el principio, por si acaso hubiera un error; pero me aterrorizaba la posibilidad que la respuesta se repitiera y así se confirmara el fin del mundo tal como lo había conocido, vivido y disfrutado hasta aquel entonces.

Grato es llorar cuando afligida el alma

no encuentra alivio en su dolor profundo;

la verdad, nunca me ha parecido grato, si acaso fastidioso y hasta un poco sucio, con toda esa parafernalia logística de fluidos nasales a cual más espeso, pañuelos de tela o papel y/o en su defecto papel higiénico, y después los delatores párpados inflamados, ojos encogidos, narices enrojecidas, caras tan devastadas como las que tuve que ver cuando regresé a la casa después de haber cenado con mi amigo y me encontré con toda la familia reunida en la sala: papá junto a mamá, algo tan lindo y conmovedor si no fuera porque él tiene otra casa, otra mujer, otras hijas, otra familia, otra vida, y de repente le sale un problema por aquí y le toca

venir a la fuerza a ver qué pasa; todos tristes pero también todos molestos por-que me fui por ahí sin avisarles y se les ocurrió que podía haber tomado alguna *decisión drástica,* así dijo el Santiago mientras la voz se le rompía y yo me tuve que reír porque en realidad no se me había ocurrido, aunque no sería mala idea si las cosas se llegan a poner demasiado feas; pero bueno, tampoco hay que ser tan cínico y peor cruel con esta pobre gente que sufre tanto pero tanto con la noticia de una leucemia con nombre y apellido, que lo lloran a uno por adelantado con fe y alegría, como si ya estuviera tres metros bajo tierra, y entonces el alma afligida no encuentra a su profundo dolor más alivio que hacer lo que dice el pasillo *ad hoc*

son las lágrimas jugo misterioso

para calmar las penas de este mundo.

La última vez lloré hace unos tres años, quizá un poco más, en el entierro de mi tío Aurelio, y fue doble-mente espantoso para mí porque me había jurado no despedir a ese hombre tan cabal y querido ni siquiera con lágrimas, mucho peor con la crisis de sacudones y sollozos que me volteó sobre el hombro del Santiago ante la certeza de no verlo nunca más mientras el ataúd descendía en el suelo del cementerio, crisis que me volvió a tumbar entre los brazos del papi, también presente, cuando a la salida me vio todavía lloroso y desanimado y me abrazó y me soltó el discurso de rigor: *no llore así, mijo, piense en lo que le queda de él: su cariño, su bondad, su sabiduría, su buen ejemplo…* y todo eso me obligaba a preguntarme qué me quedaría aparte del hueco inmenso en el corazón cuando el viejo se me fuera y me dejara sin su eventual presencia, su bien disimulada bondad, su esporádica sabiduría, para no tener que hablar de su buen ejemplo, y el jugo misterioso seguía fluyendo a chorros en medio de la angustia sin calmar un carajo nada de nada

Con el profuso aceite de mis lágrimas

yo ablandaré el rigor del cruel destino:

pero para qué me hago el duro si en el fondo me muero de miedo y me muero de rabia y me muero de no sé exactamente qué porque a pesar de mi juventud o quizá por eso mismo me parece tan cierto eso del rigor del cruel destino y sobre todo me lastima tanto ver así a toda esa familia que de repente no se lo merece ni siquiera mi papi aunque me ría e ironice y hasta le mande alguna indirecta y me burle de las narices de payaso de la mami las niñas y el Santi y me ponga a consolarles a todos los que llenos de admiración y vergüenza comentarán más tarde cómo fui yo quien puso el ejemplo yo /el más afectado de todos/ el único capaz de hacer chistes y decir cosas livianas en aquel momento tan pesado porque nadie pero nadie sabrá cómo me latía y me sigue latiendo en el centro del pecho aquel

animalito asustado que de repente se encuentra demasiado cerca de lo desconocido como para unirse al fanfarroneo del resto del equipo

lamparilla ardiente de mis ojos

no desmayes jamás en mi camino.

ahora que de repente todo comienza a desmayar a descascararse a volverse precario e insostenible en la oscuridad de mi dormitorio y sé que allá en su casa el papi y más acá todo el resto se agazapan temblorosos contra las almohadas para no perturbar la noche ajena o tal vez solo mi noche con el ruido de su dolor que sin embargo resuena en todas partes y más que en todas partes en el desamparado centro de mi insomnio.

7

EDÍPICAS

EL DEPARTAMENTO ESTÁ A OSCURAS, HASTA LA PUERTA de entrada solamente llegan de refilón los vagos ecos de la repetición de un noticiero y los intermitentes resplandores de un televisor encendido. Fernando cruza la sala, el comedor, el pasillo, y descubre la puerta entreabierta del cuarto de la madre, que se ha dormido sobre una pila de almohadas y yace ahí, quieta, con la mandíbula caída y la mano inerte sobre el control remoto. El primer ronquido hace que Fernando dé un respingo de sobresalto; pero luego se acerca y muy despacio le retira el control de la mano. Doña Estela abre los ojos inyectados y lo mira con el recelo de quien no sabe lo que está sucediendo.

—Buenas noches —murmura Fernando.

—¿Qué horas son? —pregunta ella, aturdida.

Fernando ilumina la esfera del reloj con el resplandor del infaltable muerto de la crónica roja de Guayaquil, y responde:

—Once pe eme.

—Tarde, ¿no? ¿Recién llegas?

—Sí.

Doña Estela enciende la lámpara del velador y dice:

—Apaga eso. Vinieron tus tías.

—Les vi —responde él, apagando el televisor.

—Cierto que saludaste con ellas. ¿Y se puede saber por qué te fuiste?

—Salí a comer con un amigo.

Doña Estela suspira, bosteza y vuelve a suspirar:

—¿Cuándo te oiré decir: con una amiga?

—También salgo con amigas. Además, como buena católica, usted debe recordar que el matrimonio eclesiástico es para siempre, así que no se haga bolas, mamá.

Doña Estela sonríe levemente:

—No me hago bolas. Además, tú dices que no eres católico, y eso del matrimonio para siempre todo el mundo sabe que, de una u otra forma, es mentira. Alguien de tu valía tendría derecho a otra oportunidad. Como se dio ella, sin ir tan lejos.

Fernando, que se ha sentado en la cama, también sonríe, un poco hastiado:

—Es tarde para entrar de nuevo en esa conversación, mamá. ¿Le cuento algo? Mi amigo, que tiene veintiún años, está con una enfermedad muy grave, y ahora le avisaron a la familia.

—¿No es el flaquito? ¿El Miguel?

—Él. ¿Cómo supo?

—Algo comentabas el otro día al hablar por teléfono. ¿Y qué tiene?

—Leucemia.

—Oh, qué mal. Tan simpático que es. Pero ya me había parecido demasiado pálido para estas alturas en que vivimos.

—En su casa todos estaban alborotados y desesperados con la noticia y por eso prefirió salir a conversar un rato conmigo.

—Me imagino. Pobre familia. ¡Pobre madre! Y pobre él: un chico tan joven. Literato, poeta es, ¿no?

—Mjm.

—Mala noticia me das, Fernando. Pero bueno, ahora no es como antes. Estas cosas tienen remedio, o por lo menos se pueden controlar mejor que hace años. ¿Por eso andas tan preocupado?

—Por eso.

—No te angusties. Como la buena católica que dices que soy, voy a rezar por él. Ándate a dormir, mijo. ¿No quieres una tacita de té?

—No, mamá. No se preocupe. ¿Usted no necesita nada?

—No. Tranquilo.

—Bueno... Entonces, hasta mañana —Fernando le besa la frente y se levanta para ir a su dormitorio; pero vacila, se detiene y pregunta—: ¿no se acuerda en dónde estarán esos discos de acetato de Eduardo Falú que oía mi papá?

—En el mueble de la sala quedan algunos, creo. Pe-ro no te pondrás a oír ahorita, por favor, ni a tocar el piano, porque en la estrechez de departamento se oye todo y yo, por lo menos, tengo bastante que hacer mañana.

—Tranquila, ma. Solo quería saber —la besa otra vez y sale.

Doña Estela se recuesta bien, apaga la luz, y murmura, antes de encomendarse a Dios:

—*Ma,* como si fuera un quinceañero, el doctorcito.

Un cuarto de hora más tarde, y a pesar del escaso volumen, la despierta a medias el sonido de una guitarra criolla junto a la inconfundible voz de bajo profundo, anclada en el *scratch scratch* de una vieja aguja de tocadiscos, de donde brotan los versos que cantaba su esposo al afeitarse los sábados por la mañana, cuando había más tiempo:

A dónde te irás volando por esos cielos,

brasita negra que lustra la oscuridad.

Detrás de tu vuelo errante mis ojos gozan

la inmensidad, la inmensidad...

—No entiendo por qué Dios permite que sucedan estas cosas —digo.

Mi mami me mira de frente y explica, despacio:

—No hace falta entender. Quién eres para pedirle cuentas a Dios. Él sabrá por qué hace las cosas.

Mi papi acude a la gigantesca enciclopedia de su cerebro:

—Cuando a la reina Isabel la Católica se le murió su único hijo varón todo lo que ella dijo fue: «Dios me lo dio, Dios me lo quitó, bendito sea su Santo Nombre».

Claro, por algo era Isabel LA CATÓLICA, pienso yo, y recuerdo que un tiempo el Miguel me apodaba Su-sana la Caótica, más que nada por andar enamorada de Fernando el Agnóstico, aunque hasta la fecha no me diera ningún resultado cierto. Entonces mi papi, siempre tan lleno de datos, me dice:

—Además, hijita, si te pones a ver, todos los años en el mundo mueren millones de niños por causas que se podrían prevenir, y nunca te he oído preguntarte por qué Dios lo permite.

Es verdad. Lo peor es que es verdad.

Y mi mami, siempre llena de sentido práctico, señala:

—Lo que hay que ver ahora es cómo se le puede ayudar a esa pobre familia. Estas enfermedades, aparte de todo, son muy caras. Lo que ellos necesitan ahora no son lloriqueos, sino acciones concretas, así que a ver si hablas con tus amigos y hacen algo que valga la pena en lugar de quedarse solo en las lamentaciones.

Y lo peor de lo peor es que eso también es verdad.

Era una mujer que tenía nombre de flor. Quizá, como todas las mujeres, también era una flor. Solo que para ella no hubo jardinero adecuado. El recuerdo más lejano que tengo es el de los desayunos o las meriendas en la cocina de la casa, mientras en el tocadiscos o toca casetes sonaba una música barroca, Piazzolla, Villa-Lobos, Serrat, viejos tangos de Gardel y de otros también, Víctor Manuel o Ana Belén, y ella tarareaba, silbaba o repetía entonada las notas y los versos hasta que, casi siempre en la merienda, oíamos la puerta de la entrada y la voz molesta del viejo:

—¿Quién oye esto?

De golpe cesaba la música maravillosa. Si estaba de buen genio, decía:

—Vamos a cambiar un poco.

Y si estaba de mal genio:

—Ya basta de pendejadas.

Y Bach, Vivaldi, el Falú prestado de mi tío Aurelio, o el Serrat de mi mamá eran brutalmente reemplazados por Leo Dan, el Dúo Dinámico, Emmanuel o alguna de esas inocentes voces que aprendí a odiar desde aquel lejano entonces, aunque sus dueños no tuvieran nada que ver en el estropicio. No preguntaba a nadie si quería seguir oyendo por lo menos hasta que se acabara la canción. Después, irrumpía en la cocina sin saludar y comenzaba con la ronda de preguntas/reclamos sobre gastos, sobre recados que tal vez no se habían hecho, sobre el peso y la talla de la mami.

Entonces sabíamos que teníamos que retirarnos de la escena. Los gritos podían durar horas. El Santi y yo los ignorábamos, jugando con bolas en el patio de atrás o en la calle, bajo la luz de los postes. La Rosita se iba a su cuarto —después nos contó— y se tapaba la cabeza con la almohada, para no oír. Cuando el papi comenzaba a arrojar lejos los platos y patear los muebles, nos cruzábamos una mirada de inteligencia, pero no hacíamos nada. A pesar de lo brutal que podía ser, nunca le puso un dedo encima a la mami, en el mal sentido, quiero decir; pero para el efecto, tampoco hacía falta.

Ya a la noche, ella venía a vernos al dormitorio, con los párpados inflamados, y todavía le quedaba nobleza (o imbecilidad) para excusarlo:

—Es que está cansado. El trabajo es tan difícil. A veces no puede con su carácter.

Las cosas cambiaron un poco cuando yo tenía cinco años y la mami comenzó a echar la última panza de su vida. Pero cuando la María tuvo dos

o tres meses, todo volvió a ser como antes, o sea horrible, y hasta peor. Una noche, recuerdo haber oído el grito de mamá:

—¡Si todo es tan espantoso, por qué no te largas de una vez!

Y el otro grito furibundo de él:

—¡Porque vos y tus hijos no me dejan, pues, estúpida!

Había otras cosas que yo no sabía, y me tocó irme enterando a mi pesar. Por qué, por ejemplo, las vecinas se callaban a veces cuando nos veían pasar. Lo de una señorita con la que me lo encontré paseando por el parque una de esas tardes, y él me presentó como «una amiga», aunque andaban cogidos de la mano. Lo de las noches en que no venía a dormir. Lo de los fines de semana en los que desaparecía del mapa y a veces llamaba por la noche para hablar con el Santiago.

Un día, la mami llamó por teléfono a la abuelita. Me acuerdo que había un señor que arreglaba el jardín. La mami le pidió que le ayudara a cambiar unas chapas de las puertas de la casa y se puso a meter toda la ropa y las cosas del papi en cajas de cartón y maletas mientras la abuelita intentaba consolarle a mi hermanita. Luego, las colocó en la calle, ni siquiera en el retiro: en la calle, y puso llave en todas las nuevas cerraduras. A eso de las nueve de la noche, comenzaron los timbrazos. Nadie abrió, hasta que, con un chirrido y unas chispitas, el timbre se reventó, esparciendo un eléctrico olor a quemado por toda la casa. Luego, el teléfono. Igual. Nadie contestó ni ese día ni en muchos más.

Entonces hubo todo el Bach, y todo el Vivaldi, y todo el Serrat y todo lo que se quisiera; pero la mami no estaba contenta, y supongo que, por eso mismo, nosotros tampoco. Lloraba todo el tiempo. Bueno, el tiempo que no estaba en el trabajo que tuvo que conseguir lo más pronto posible y el tiempo que le quedaba antes de dormir. Durante meses lo hizo. Y durante años le venían las depresiones cíclicas, el mal genio, las preguntas que nosotros no podíamos ayudarle a responder.

El papi asomaba o llamaba de vez en cuando. Siguió trabajando como consultor legal de empresas y organismos no gubernamentales. Viajó y todavía viaja por un montón de partes. Muchas veces lo oí decir a él, jamás a ella: «Nos llevamos bien». Luego de varias relaciones con novias que siempre nos presentó como si fueran la octava maravilla del mundo, se casó de nuevo con alguien mucho más joven, hace unos ocho años, y tuvo dos niñas. A veces lo visitamos. A veces llama. Tiene su vida y parece contento con ella.

La mami, en cambio, también tiene su vida, pero hay una sombra que jamás se le baja de la mirada. No ha viajado más que a dos o tres sitios, y siempre con mucho esfuerzo. No le conocí ninguna relación posterior. Sobrellevó el ingreso a la orfandad total con mucha valentía y dignidad. Sale con amigas. Trabaja. Va al cine sola si la película le llama mucho. Sigue oyendo su música, y a veces también la mía. Cuando le llené la casa de Fito Páez, Spinetta, Charlie García, Eminem, Molotov, Maná, Café Tacuba, Pink Floyd, Soda Stereo, Baglietto y los *blues* de Janis Joplin y Jimi Hendrix que me dejó de herencia el tío Aurelio, jamás me quitó de golpe el disco sin antes

preguntar si podía oír otra cosa. Sé que mi vida le preo-cupa, pues no opté por ser un apóstol de la humanidad, como el mejor egresado de la escuela de medicina, Santiago Vera, o la varias veces galardonada como la mejor enfermera del hospital, Rosita Vera. Qué quieren. Quizá por ayudarla, pues siempre se quisieron mucho, a mí me cogió a cargo mi tío, arquitecto de profesión, pero además gran lector de poetas malditos, gran melómano, gran aficionado a las películas de los neorrealistas italianos, a los *blues* de ese par de drogadictos suicidas y a otras desubicaciones existenciales por el estilo.

Por eso, entre muchos otros motivos, un día dejé de creer en Dios, o por lo menos en sus sistemas de administración de justicia. No es que quiera que el viejo sea infeliz ni que la vida lo revuelque como él vino a revolcar por el suelo los sentimientos de unos cuántos en nombre de su personal búsqueda de felicidad. Nunca. Pero si algún miembro de esta pareja merecía un premio o una compensación por todo lo sufrido, obviamente no era él. ¿O tal vez sí? ¿O será que, por quién sabe qué incomprensibles leyes del universo es verdad, aunque no lo parezca, que cada uno tiene lo que se merece? ¿O será que no hay mayor pecado que la auto negación, la sumisión y el sacrificio sin motivo por quien jamás hizo ni quiso hacer absolutamente nada para merecerlo?

8

DE LA PELUQUERIA AL ANTISALMO

UN DÍA ANTES DE INTERNARSE MIGUEL FUE A LA PELUQUERÍA, a donde no iba casi nunca, pues generalmente le pedía el favor a alguna de sus hermanas, o a su madre, o se pasaba meses sin cortárselo, o él mismo se lo acomodaba con las tijeras de Margarita. Pero esta vez fue a la peluquería del barrio, se sentó frente al espejo, miró su propia cara con curiosidad y luego dijo, seco y tajante:

—Rapado a mate, quiero.

La chica de la peluquería lo miró con asombro, peine y tijeras en mano, sin atreverse. Después de todo, entre las señoras del barrio Miguel tenía fama de ser de esos que *todavía usan pelo largo,* y algunas hasta lo llamaban *hippie*. Pero él se le quedó mirando y repitió:

—A mate, mi amor. Y no me haga esperar.

Luego, mientras ella le iba recortando el cabello, le contó, quizá para contárselo a alguien que no estuviera dentro de su entorno familiar, que iba a internarse en el hospital para un tratamiento agresivo de radioterapia y quimioterapia y todas esas terapias que le dan la contra a los inescrutables designios del Señor, y que lo primero que hacen con uno es mandarlo a vomitar con fe y alegría y dejarlo calvo como Kojak, ¿se acuerda que veían nuestros papás en la tele?, claro que él era calvo por sexy, no por enfermo, o tal vez tendría un pelo espantoso y no querría que nadie se enterara, y así, todo el relato lleno de bromas y chistes y comentarios de humor negro que a la chica le hacían reír inevitablemente, aunque al mismo tiempo le ponían un doloroso peso en el corazón; pero por otro lado ya le proporcionaban una historia para contar a las siguientes clientas, qué le parece, doña Laurita, el Miguel Vera, el hijo de la señora Margarita, de aquicito nomás a la vuelta, dizque tiene cáncer o algo así, y ya está en el hospital, él mismo vino a cortarse el cabello, digo a raparse, por eso de que dizque se les cae el cabello y él no quiere que se caiga poco a poco sino que mejor se rapa de una vez, así me dijo, para parecerse a un tal Kojak, no sé qué, que dizque salía en la tele, pero llamarale o irale a visitar a doña Margarita, pobre, tiene que estar destrozada con esto, y como el infame del marido dizque le ha botado hace años, por aquí por el parque dicen que se paseaba descaradamente con las amantes a la vista y paciencia de todo el mundo, y al mismo Miguel le hemos visto varias veces con diferentes compañías, así son estos hombres, las desgracias nunca vienen solas para algunas personas, ya ve...

—Los designios de Dios son inescrutables —dijeron a coro el padre Roberto y el padre Pablo de mi famoso *Curso de teología para laicos comprometidos con su Fe*.

También dijeron que incluirían a mi joven amigo Miguel Vera en su lista de intenciones (me sonaba a Fondo Monetario Internacional, por eso de «carta de intención») para sus grupos de oración, y si yo no quería ir, o llevar a la familia de él, y de tales. La verdad, yo no sé si la mamá y los hermanos del Miguel querrán asistir a ese tipo de cosas. Las veces que les he visto no me han parecido muy católicos ni creyentes que se diga. Y de los amigos, mejor no decir nada, entonces solamente le dije que por el momento le incluyera en la lista y después ya veremos.

En el fondo, recordaba las frases del Miguel: ¿Quién es el dueño de Dios, Susanita...? y el dolor remordido que anidaba en la durísima expresión de mi doctor: solo que-da el espantoso silencio de los dioses. En su momento, yo les había dado mis razones, aprendidas de memoria de las respuestas que a similar tipo de preguntas y observaciones daban los padres Roberto, Pablito y otros; pero aquella tarde de sábado, mientras cruzaba el Centro Histórico de mi ciudad a paso lento, iba poco a poco comprendiendo que mis respuestas podían parecer terriblemente vacías y deleznables ante la fuerza de las circunstancias, y eso que solamente se trataba de un amigo; pero ¿qué podía decirles yo, por ejemplo, a la mamá o a las hermanas del Miguel? Aquella vez que fueron a curarse el chuchaqui en Latacunga, la hermana, Rosita, creo que se llamaba, se tranquilizó enormemente cuando le dije que el Marcelo los había localizado por el teléfono celular, y que todo estaba bien. ¿Pero ahora? ¿Qué sustento le que-daba ahora a mi discurso?

Así y todo, y más después de las recomendaciones de mi mami, sentía que debía hacer o decir algo, después de todo éramos tan amigos y habíamos compartido tantos buenos momentos. Por eso, al llegar a la casa, marqué el número de teléfono y me contestó una agradable voz de mujer con un simple aló. Tartamudeando, expliqué que era compañera de trabajo de Miguel y que llamaba por-que quería saber, digo, quiero expresar mi solidaridad... ¿estoy hablando con la mamá? Sí, sí, soy Margarita Andrade, la mamá de Miguel. Bueno, señora, solo quería decirle que todos en la oficina y yo particularmente estamos disponibles para lo que sea, avísenos nomás con confianza cualquier cosa. Gracias, señorita, ¿con quién tengo el gusto? Susana, Susana Montero, me llamo, y trabajo en el mismo departamento, soy la secretaria y bibliotecaria. Gracias, muchas gracias, Misú le decía él, ¿no? Digo, por qué los recuerdos asaltan así de pronto, agarrándose de pequeños detalles aparentemente insignificantes en el momento en que menos falta hace, porque bastó ese Misú repetido con la voz agradecida de Margarita para que en los ojos se me produjera una inundación similar a la que mandó a parte del Departamento Médico del Municipio a alojarse en nuestro edificio; pero esa ya es otra historia: ahora estaba ahí, en mi dormitorio, con el teléfono en la oreja y el espacio entre los párpados lleno de agua de bote a bote, sin poder contestar mientras al otro lado Margarita esperaba algún tipo de respuesta hasta que, ante mi largo silencio, repitió de nuevo su aló un par de veces y yo sorbí un poco por la nariz y le dije perdón, lo que pasa es que algo me distrajo aquí en la casa, pero quería decirle eso, Margarita. Ya, mijita, muchas gracias, sabe que ahora está en el hospital, ¿no?, porque le tienen que dar un tratamiento muy fuerte, muy agresivo. Claro, el Fernando Simpson ya me explicó cómo era la cosa; pero todo va a salir bien, no se preocupe. Sí, pero por eso mismo es mejor que no le vayan a visitar por ahora porque le van a bajar mucho las defensas y ni si-quiera les van a dejar entrar; pero yo le voy a avisar que usted ha llamado, Misú, como le decía él. Dígale por favor que estamos pendientes y listos para cualquier cosa que necesiten, Margarita, que siempre lo queremos mu-cho. Gracias, muchas gracias, Misú. ¿Está él bien de ánimo? Sí, ya sabe cómo es, con decirle que él nos con-suela y nos da fuerza a todos nosotros. Ese buen ánimo que siempre ha tenido es lo que le va a ayudar a salir, porque él va a salir con bien de todo esto. Ojalá, mi amor, ojalá, que Dios le oiga. Estoy rezando por él todos los días, Margarita, y también le incluí en unas listas de intenciones de un grupo de oración. No sabe cuánto le agradezco, Misú, con la voz de golpe aflautada y res-quebrajada, sígalo haciendo, por favor, nos hace tanta falta, y durante un rato el teléfono transmite solamente suspiros entrecortados de lado y lado, hasta que ella, ahora con voz de catarro, dice bueno, Misú, le agradezco tanto esta llamada, no sabe el bien que me ha hecho. Y yo, también congestionada, le respondo que no hay nada qué agradecer, Margarita, además de que le hablo de corazón, y a nombre de todos los compañeros de la oficina. Y la voz de ella vuelve a romperse al repetir gracias, mil gracias, y por favor sigan pidiéndole a Dios por la salud de mijo. Y mi voz también se cuartea al confirmarle eso delo por firmado, Margarita. Y otra vez nos quedamos sin poder hablar hasta que vuelve su voz griposa a decir en-tre sorbidos perdóneme, Misú, ya tengo que cortar, ya llegaron las hijas y no quiero que me vean así. Y yo bue-no, tranquila, Margarita, sabe que no

está sola en esto. Hasta luego y gracias otra vez por su llamada, Misú. Hasta pronto, y estará tranquila, Margarita.

ANTISALMO SIN NÚMERO

solo

en el valle de las tinieblas

temo

el eco recurrente de mis propios balidos

cae como una lluvia de fango

sobre el blanco silencio

si el Señor fue mi pastor alguna vez

quizá ya no nos gustó a ninguno de los dos

y aunque /para variar/

nada me falta

todo

también me falta

todo

TERCERA PARTE: EN LA MITAD DE LA NADA

1

HERIDAS OCULTAS

QUIZÁ NUNCA FUI MENOS MÉDICO QUE CUANDO EN UN corredor del hospital nos encontramos con las hermanas y la tía de Miguel. Las chicas estaban descompuestas: expresión de angustia, narices enrojecidas, párpados inflamados. Obviamente, no se le podía visitar, y yo supongo que tendría que haberlo sabido: en esta fase del trata-miento la enfermedad, técnicamente, empeora: el paciente está vulnerable a cualquier germen, a cualquier contagio; además, el estrago del tratamiento es, por decir lo menos, bastante dramático para él mismo y quizá peor aún para quienes lo presencian. Tenía que haberlo sabido, digo, y seguramente lo sabía; pero era cinco de diciembre, habíamos planeado con los amigos del trabajo ir a visitar a Miguel, o a preguntar por él antes de salir a ver qué había por la ciudad que festejaba sus no sé cuántos siglos y un piquito de humillación. Solo que la visita no nos dejó ánimo para nada, salvo quizá para ir a recoger los pasos que habíamos dejado desperdigados hace poco tiempo. Antes de salir, Susanita abrazó a las niñas y compartió espontáneamente sus lágrimas, a Marcelo le vino una crisis de estornudos, Carlos se quedó callado por gran parte del resto de la noche, y yo... no sé. Como dije, como digo, como pienso y pensé entonces, quizá nunca fui menos médico que en aquel momento. Aunque, bien mirado, ¿soy un médico? ¿Fui un médico? ¿Qué es un médico? Mi padre, por ejemplo, era un connotado ginecólogo y a la hora del té, ni aunque hubiera sido cardiólogo. En esas conversaciones de funeraria, que se callan de golpe cuan-do uno de los deudos pasa por al lado para ir al baño o a tomar un poco de aire, escuché a una de las enfermeras del hospital contar a Genoveva, la llorosa secretaria del consultorio de la tarde, cómo papá se había desplomado

en el mismísimo hospital apenas iniciada la ronda de visitas a sus pacientes. La oí decir, suspirando, aquello tan quiteño de *Cuando es de ser...,* pues ni los primerísimos auxilios aplicados a toda velocidad en su cuerpo tendido en el piso de baldosa, ni todos los equipos disponibles ahí, a la mano, ni todos sus colegas de diferentes especialidades inclinados sobre él desplegando lo más fino de sus conocimientos pudieron impedir la consumación de lo que había estado dispuesto quién sabe por quién ni desde cuándo. En aquel entonces, yo ya había optado por la especialización de Química y Biología en el colegio, aunque en realidad lo que más me gustaba eran las clases de piano que teníamos en la sala de la casa y/o de guitarra que me había regalado mi abuelo materno, así como oír a escondidas los discos de Paderewski, Alicia Larocha, Rosalyn Tucker, John Williams el guitarrista, John Williams el de la música para cine, Andrés Segovia o Leo Brower que mi mismo papá ponía para amenizar la hora del almuerzo los fines de semana; sin embargo, su muerte fue como una enorme luz roja que se encendió de golpe en mi camino: alto, es por acá. Si papá no hubiera muerto en aquel momento de la existencia familiar, tal vez ahora yo estaría dando conciertos de cualquiera de los dos instrumentos, o de ambos, y quizá llevaría la vida bohemia que a mamá siempre le aterrorizó, o tal vez ni siquiera viviría aquí, quién sabe cuál habría sido mi rumbo; pero cuando el doctor José Fernando Simpson Alcá-zar, tu padre (sin ningún parentesco con Homero Simpson, por si acaso, sino descendiente de ingleses venidos en la época de la independencia), cae muerto en el piso del hospital como todo un soldado en combate, la propia presión interna para seguir su ejemplo es demasiado fuerte y nadie se atreve a pensar, ni siquiera a insinuar, que las cosas

podrían desviarse por otro camino, mucho menos uno, que desde que nació ha tenido fama de ser un niño, adolescente y joven hijo ejemplar, y que, como ponderan todos los viejos de la familia, es un artista, pero en sus horas libres, eso debe quedar muy claro, para enriquecer el espíritu, nada más. Y sin embargo, nadie sabe cuántas noches me desperté durante los siete años que duró la primera parte de la carrera preguntándome si ese era el camino; claro que al otro día, aunque no fuera, estaba seguro de seguirlo. Además no quería molestar a nadie con aquella intermitente crisis vocacional, mucho menos a mi pobre mamá, convertida en viuda con todas las de ley, que se esforzaba tanto por sacarnos adelante a mi hermana y a mí. Entonces resultaba mejor callarse esa y otras dudas que ya habían venido atenazándome la existencia desde edades más tempranas, y que después de mucho tiempo, pasados el postgrado en Medicina Familiar y Comunitaria hecho en Argentina, y los cursos y seminarios nacionales e internacionales, me empujaron a decidirme por trabajar en un sitio que dejara tiempo para las antiguas aficiones y también para otras adquiridas más tarde, como el placer de la lectura literaria o el cine. Pero yo estaba en aquello de que nunca me sentí menos médico que cuando salimos a la calle y alguno de nosotros paró en silencio un taxi que sin saber bien cómo se detuvo unos veinte minutos después, ya oscuro, frente a la puerta iluminada del Karaoke de la Nueva Trova, en donde Carbonell nos recibió con los brazos abiertos y las inevitables preguntas por nuestra prolongada ausencia, así como por nuestro amigo, el que aprendió a cantar en catalán en aquel local. Le dijimos que estaba enfermo y nadie quiso extenderse en mayores explicaciones. Yo no tenía hambre, pero parece que los otros dos sí, y en cambio Susanita, más que todos, tenía sed, pues cuando Carbonell nos ofreció los tradicionales mojitos de cortesía, ella se acabó el suyo en un par de tragos, dejándome boquiabierto durante varios minutos. Más boquiabierto me puse cuando vi llegar a nuestra mesa un par de *sandwiches* cubanos acompañados por una botella de vino tinto que alguno de los panas había pedido para asentar su particular pena, botella que fue aprovechada sin ningún escrúpulo por Susanita, que de un momento a otro se había convertido en una rara especie de húsar sediento. Entonces le dije que tuviera cuidado, que no era conveniente beber de esa manera, sobre todo si no había comido nada y si no tenía costumbre. Ella clavó en mí un par de pupilas descentradas, seguramente por la mezcla de mojito con vino tinto, y me dijo que quería olvidar. Solo que no le resultó, pues un minuto después comenzó a recitar recuerdos que se remontaban al día de la inundación del Departamento Médico-Odontológico y venían hacia nuestros días atravesando la llegada de Miguel al trabajo, los talle-res urbanos, las salidas nocturnas, un paseo a algún balneario cercano, algunas conversaciones de las que yo me había olvidado hacía rato y sin necesidad de beber una gota de alcohol, mi cumpleaños, su cumpleaños, otros cumpleaños, la expulsión del karaoke aquel donde se veneraba a José Luis Perales, un viaje a Latacunga para curarnos el chuchaqui con chucchucaras en el que ella no estuvo pero del que se acordaba como si hubiera estado... en fin. Además, mientras recordaba, el mojito y el vino comenzaron a salirle por los ojos, entonces le sugerí que pidiera una porción de queso o algo así para paliar un poco el efecto del alcohol. Los otros amigos también se lo insinuaron, y ella nos miró con reproche mientras reclamaba, entre hipos:

—Es el colmo. No entiendo como solo pueden pensar en engullir y en tragar cuando un amigo tan querido y su familia están pasando un momento tan difícil y doloroso. No tienen sentimientos.

Carbonell me llamó a la barra con una seña, y cuando ya estuve ahí me dijo:

—Esa niña no está bien.

Solo pude decir que sí, qué más. Entonces Carbonell preguntó si lo de Miguel era algo muy grave:

—Tiene leucemia, Carbonell. Está en una fase muy dura del tratamiento. Ahora le fuimos a visitar; pero ni siquiera nos dejaron entrar, y las hermanas estaban muy angustiadas, llorando en el corredor.

Hubo un silencio un poco largo. Carbonell resopló, se pasó una mano por la parte posterior de la cabeza, sus-piró otra vez y encontró la única palabra posible:

—Carajo.

—Sí. Carajo. Mierda, Carbonell. Mierda. Verga. Esta puta vida, que no se puede entender —me oí decir antes de poder controlarme, y aunque hasta el momento solo había ingerido un medio vaso de mojito, también oí el resquebrajamiento de mi propia voz, sentí los estirones de las aletas de mi nariz, y de repente todo se me puso borroso y vago detrás de los lentes.

Carbonell me extendió una servilleta de papel. Yo alcancé a tartamudear, buscándome en los bolsillos:

—No... por aquí... un pañuelo... tenía...

—Tranquilo, chico. Usa eso, no te preocupes.

Dejé los lentes sobre el mostrador y me tapé los ojos con la servilleta, por lo menos hasta que dejaran de gotear; pero mientras estaba en eso oí lo que me temía: la violenta arcada de Susanita, seguida del ruido de un líquido que caía al suelo. Tuve que serenarme de golpe, sonarme, ponerme los lentes e ir hacia la mesa. Susanita estaba blanca como un papel, se había manchado el pantalón y un zapato, y miraba el charco del suelo con expresión alelada mientras Carlos la sujetaba por los hombros. Entonces encontré mi pañuelo y se lo alcancé. Ella se limpió mecánicamente las comisuras de la boca. Como en aquel momento yo era cualquier cosa menos un médico, fue Carbonell quien ordenó una taza de café cargado al primer mesero que llegó con un mantel de cocina, un trapeador, y una comprensible mirada de odio para toda la concurrencia. El teléfono celular de Susanita comenzó a timbrar dentro de su bolso. Lo saqué. En la pantalla cintilaba una sola palabra: *Papi.* Lo apagué y se lo devolví, mientras Carlos y Marcelo le servían el café negro por cucharaditas, como a una niña pequeña. Carbonell se me acercó y me dio un par de palmadas en el hombro. Sonreí lo mejor que pude.

—¿No comes algo? —me preguntó—. Si quieres, te invito.

—No tengo hambre, Carbonell. Pero gracias de todos modos.

—Come algo, chico. O tómate aunque sea un café. Ven a la mesa. Hablemos.

Carbonell, que aún tenía contactos en Cuba, podía ayudar a que Miguel recibiera tratamiento médico en la isla. Nosotros no podíamos decidir nada, se lo dijimos. Pero podríamos proponérselo a la familia, insistió él, y ver, además, cómo se recolectarían fondos para el viaje y de tales, acuérdense de lo entusiasta que fue siempre, de cómo se las arreglaba para sacar adelante cualquier situación, de todos los proyectos que realizaron juntos. Es como levantar la losa de la tumba, pensé, sintiendo que el corazón me volvía tímidamente al sitio original, aunque conozco algo acerca del horror de los tratamientos para el efecto, como transplantes de médula y de tales. Ya ven, muchachos, alegren esas caras, repitió Carbonell, uno nunca se puede rendir si no da la lucha antes, hagamos un buen plan para ayudar a Miguel, que tanto lo necesita y sobre todo que tanto lo merece, y tú, Simpson, come algo, chico, no te me pongas así, y usted, señorita Misú, tómese otro café y no se me acerca a una gota de alcohol por lo menos en un par de meses, y todos de repente más animados, aferrándonos a la ilusión que, en el fondo del fondo, quizá no era gran cosa, pero resultaba suficiente para pasar la noche de un cinco de diciembre con menos pena y más calma a falta de la proverbial gloria, hasta que, tal vez por un descuido, el equipo de música nos escupió a la cara sin previo aviso las antiguas *Paraules d'amor* del viejo Joan Manuel Serrat, y a Carbonell no le quedó más remedio que traer a la mesa el paquete completo de servilletas de papel para que nuestras más personales y nostálgicas secreciones no volvieran a hacer estragos indebidos en su entrañable local.

2

FOTOS

UN BEBÉ QUE LACTA EN BRAZOS DE SU MADRE MIENTRAS un niño de unos cuatro años y una niña más pequeña lo miran con curiosidad, el uno desde detrás del hombro de la mujer y la otra de pie junto a la mamá.

Un niño que da sus primeros pasos con los brazos abiertos y una enorme sonrisa hacia unas manos de hombre que se extienden en el aire.

Un lugar que parece un patio trasero, con una tina de hojalata, en cuyo interior un niño se echa encima un chorro de agua con un cuenco de plástico.

Un pastel de cumpleaños sobre una mesa y un niño que apaga la vela con el dedo en lugar de soplarla.

Un niño que mira muy serio a la cámara desde los brazos de un hombre alto y corpulento.

Un parque en donde un niño juega con carritos y arena delante de un banco en donde descansa, sentada, una mujer en avanzado estado de embarazo.

Una bebé lactando en brazos de su madre mientras un niño de diez años, una de ocho y otro de seis la miran, y el de seis tiene los ojos y la boca abiertos en una espontánea expresión de asombro.

Un niño que escribe en un cuaderno, sentado en la mesa del comedor de la casa.

Cuatro niños entre los dos y los doce años subidos en el balde de una camioneta azul, tomando helados de cono de diversos colores mientras en el fondo se divisa la fachada del aeropuerto.

Una mujer de sonrisa cansada, en cuya falda está una niña muy pequeña aún, a su derecha, otra niña, y dos niños más grandes al otro lado.

Un poco borrosa, una piscina en donde retozan y juegan con una pelota de playa dos niños y una niña con un hombre de sonrisa afable.

Un niño sonriente, con uniforme de escuela, sujetando un diploma, de pie entre el hombre corpulento y la mujer de sonrisa cansada de alguna de las fotos anteriores, ambos muy serios y con expresión incómoda.

Una sala de una casa en donde algunos niños y niñas de entre doce y catorce años parecen bailar alocada-mente.

Un muchacho de catorce años junto a un chico mayor, quizá de dieciocho, con capa y muceta de graduado, que lo abraza por los hombros, mientras ambos sonríen.

Una ventana de una casa de departamentos desde donde una niña como de ocho o nueve años y un mucha-cho de aproximadamente quince sacan la lengua en un gesto divertido.

Una muchacha que no aparece en ninguna otra foto, de unos catorce o quince años de edad, sentada en unos escalones interiores, vestida con un uniforme de colegio cuya falda se ve extremadamente corta, simulando un beso con los labios.

Un jardín en donde aparecen nuevamente la mujer de sonrisa cansada, rodeada por los cuatro integrantes de muchas otras fotos, como siempre las chicas a un lado y los chicos al otro, abrazándola.

El muchacho de todas las fotos, esta vez él con capa y muceta, entre las dos muchachas y el muchacho mayor, todos muy sonrientes, mientras el hombre y la mujer también conocidos repiten la sonrisa forzada de unas cuantas imágenes atrás.

Un hombre de rasgos muy similares al de la foto de la piscina, pero completamente calvo, sentado en una cama y flanqueado por un chico que tendrá dieciocho o diecinueve años y otro quizá de veintidós o veintitrés, cada uno con una sonrisa que no alcanza a encubrir la tristeza de las miradas.

Una estancia, algo así como un aula con pupitres, en donde varias personas ensayan gestos cómicos frente a la cámara.

Un beso apasionado en la penumbra de un lugar que no se alcanza a identificar.

El escritorio de la oficina en donde Miguel, pálido y calvo, posa entre los abrazos y las sonrisas desvaídas y cariñosas de sus cuatro más cercanos compañeros de trabajo junto con doña Clarita, que también ha sido convocada para la foto de despedida antes del viaje a Cuba.

3

LACRIMOSA DIES ILLA

ES EL ESPÍRITU ANDINO, QUE HACE QUE TODO SE LO TOMEN a la tremenda, decía don Carbonell, sentado en el sillón de la sala, mirándonos los párpados hinchados después de regresar del aeropuerto, qué falta de optimismo, Rosita, piensa en que van a estar bien, chica, después de todo allá hay los recursos médicos necesarios para sacarlo adelante. Y debía ser que tengo el espíritu andino muy arraigado porque en cambio pensaba en los seis meses sin ellos aquí en la casa, en los efectos secundarios del tratamiento, en las posibles complicaciones que pueden atacar a otros órganos del cuerpo, en pobres los dos allá solitos, y entonces Carbonell insistía en que cuál pobres los dos, y sobre todo cuál solitos, por fin se han librado de este trío de mujeres que seguramente no les dejaban ni un respiro y que en cuanto a Santiago, al menos, no solamente que iba a estar bien, sino que además se le había conseguido la pasantía en el hospital para que estuviera cerca de Miguel y quién sabe si hasta se «traía puesta» una mulata de esas que para qué te cuento, chica, y de seguro Miguel también, y los ojos llorosos de la mami se ponían de gol-pe serios y el papi, que nadie sabía por qué había venido acá en lugar de irse a su oficina o a su casa, también ponía una cara de este oficio no me gusta bastante obvia. Y entonces la Mari me codeaba y me hacía notar que Carbonell y la mami estaban sentados en el mismo sillón doble y el papi en cambio solito en otro sillón, muy serio, tratando de disimular que se había puesto como una criatura cuando la puerta de la sala de embarque por fin se tragó a sus dos únicos hijos varones y que quizá fue peor para él porque en aquel momento que para mí al menos fue el más doloroso de todos estos días, en medio de un llanto masivo de película hindú de los años setenta, la tía Mireya, viuda del tío Aurelio, alguna vecina colada de esas que nunca faltan, los amigos, la Mari y yo nos lanzamos a la mami, a consolarle y abrazarle y decirle

frases de aliento hasta que en un minuto de lucidez pensé no vale que el pobre papi esté así tan solo y fui y también le abracé, pero creo que a él no le gustó mucho porque se calmó de golpe y me dijo ya, mijita, ya, tranquila, y después se acercó a la mami con los brazos abiertos pero la tía Mireya que la tenía abrazada le lanzó una mirada furibunda de qué se te ha perdido por aquí y entonces reaparecieron la Misú, el Carlos, el Marcelo y el Fernando, los cuatro igual de cariacontecidos, a besarnos y a decirnos bueno, nos vamos, avisaránnos cualquier cosa, estaránse tranquilitas y no duden en llamar si necesitan algo a cualquier hora y en cualquier momento, estamos para servirles, y usted también, don Alberto, estará tranquilo, cuente con nosotros, van a ver que todo va a salir bien, no se pongan así, piensen cómo les gustaría a ellos verles, cómo le gustaría al Miguel que estén y esas eran las frases más lacrimógenas de todas porque la Misú lloraba a moco tendido mientras nos explicaba que poniéndonos así no le ayudamos al Miguel, y Carbonell, seguro, chica, por eso mismo deja ya esa lloradera, que hostigas, y la mami, sin serenarse del todo, vamos a la casa, ¿no nos quieren acompañar? y ellos no, gracias, tenemos que volver a la oficina, pero el Don Carbonell yo no abro hasta las seis y media de la tarde así que acepto y el papi mirándolo con una especie de enojo por encima del pañuelo con el que se limpiaba la nariz todavía bastante enrojecida, además sin poder enojarse por completo porque mientras todas sus gestiones para conseguir algo en el Imperio fallaron rotundamente, el Don Carbonell en menos de una semana ya tuvo listo todo lo necesario para el Miguel y hasta la pasantía para el Santiago en el hospital no sé cómo de La Habana, y entonces eso eran en cabeza ajena más méritos de los soportables; pero no se puede ser ingrato cuando se trata de la salud y la vida de un hijo, así que él también diciendo les voy a acompañar un rato a la casa y la mami con una sonrisa triste y desvalida no hace falta, Alberto, no es necesario, después vas a tener problemas, y él qué problemas, si son mi familia, y la Mari, que comparte con el Miguel ciertas dudosas cualidades, fuimos tu familia, mi rey, y yo codeándole para que no siga metiendo la pata y Don Carbonell disimulando la risa y ofreciéndose a manejar el auto porque la mami estaba muy afectada todavía y el papi pero seguro que no quieres que maneje yo Margarita y la Mari y quién va a manejar tu auto, papito lindo, y mi papi la Rosi puede, y yo sin saber qué hacer porque no es que estuviera precisamente en mi mejor momento aunque el Santiago me había encargado que manejara yo de regreso pero si el Don Carbonell se ofrecía, mejor, porque los ojos aún me ardían bastante, y la Mari además vos también te fuiste de mocos una barbaridad, papi, así que mejor maneja nomás tu carro que después de todo le conoces bien y déjale a este señor tan amable, generoso y guapo que le ayude a mi mami y mi papi serio, serio, llegando a la casa con un pollo a la brasa que se había traído de no sé dónde y la mami desanimada para qué si ni siquiera tenemos hambre y Don Carbonell yo sí tengo, gracias, Alberto, porque te puedo decir Alberto, ¿no, chico? y mi papi con un «claro» más tibio que un huevo tibio, remordido entre la boca, pero y tú... yo, Carbonell, así me dice todo el mundo, y la mami volviendo a llorar en la cocina porque pobrecito mijo qué irá a ser de él y Carbonell abrazándola para consolarla no así, mi amor, todo va a estar bien, doña Margarita, Margarita, nomás, don Carbonell, pero sin el Don, chica, que me aumentas como treinta años, y en cuanto a tu «mijo», ese muchacho tiene cuerda para rato, es un luchador, ya vas a ver cómo

regresa, cero kilómetros, ¿no es verdad, Alberto? y Alberto, sin quitarse las gafas para nada, pero con el odio desparramado por toda la cara claro, así es, y después la tertulia en la sala hasta que a eso de las cinco de la tarde el papi faltando al trabajo y faltando a su casa y faltando a todo y Carbonell, tengo que irme, pero bueno, se me ocurre... permítanme que, por encima de su espíritu andino... ¿no quieren acompañarme? permítanme invitarles a mi local, y mi papi tan pálido que por un momento creímos que él también tenía alguna enfermedad grave, y mi mami con el espíritu andino hasta no sé dónde es que cómo vamos a salir a pasear y a tomar café afuera si mis gua-guas se acaban de... y Carbonell ¿cuáles guaguas, chica? dos hombres hechos y derechos, eso es lo que tú tienes, y vamos a celebrar la valentía del uno, la solidaridad del otro, el coraje de todos, y a brindar a su salud para que todo salga bien, qué dices, Alberto, y Alberto, mudo, mirando cómo los ojos de la mami, otra vez llenos de lágrimas, sonreían detrás de la humedad y cómo su boca decía bueno, Carbonell, quizás así sería cómo les gustaría a ellos vernos, sobre todo a mi Miguel, y Carbonell pero desde luego que por supuesto que sí, mi amor, y el papi de repente con tremendo ataque de tos al salir del cual dijo yo también les acompaño pero vamos a dejar el carro en la oficina para irnos mejor en un solo auto y la Mari amontonados como sardinas, y la mami pero te van a reclamar, Alberto, y Alberto, picadísimo, que me reclamen, no importa, quiero brindar a la salud de mis hijos y Carbonell así se habla, chico, y la Mari y yo ya no esforzándonos por contener el llanto como de mañana en el aeropuerto, sino la risa, a pesar de lo tristes que se supone que teníamos que estar por eso de nuestro arraigado espíritu andino.

4

EL PIANO

CREÍ QUE NO ME IBA A DEJAR TRAERLO, PERO ME DEJÓ. SE puso triste, más triste que cuando me fui la primera vez, más triste que cuando me fui a la rural, más triste que cuando me fui la segunda vez a estudiar dos años y me-dio en la Argentina, más triste que cuando me fue a visitar y la fui a dejar al aeropuerto el día del regreso. Más triste que otras veces, pero noto que ha optado por ya no hacer ningún tipo de comentario, apenas esa sombra como de un atardecer precipitándose bajo sus pestañas mientras le decía que me iba, que había conseguido un lugar para mí, para no molestarla, para que no viviera pendiente de mi hora de llegada, de mi desayuno, de mi cena, de mi tos a la media noche, porque ya estaba grandecito. Entonces, con la sombra cubriéndole por completo los ojos, sonrió apenas y preguntó de qué iba a vivir pendiente ahora. Le dije que de lo mismo que había vivido pendiente las otras veces que me había ido.

Sonrió con más tristeza y dijo que la primera vez había sido motivo de felicidad que me fuera, aunque a ella siempre le pareció que los veintitrés años era una edad demasiado temprana para decidir algo tan serio como el estado civil a supuesta perpetuidad, y que a la rural era obligatorio y que a la Argentina era algo bueno para mí, pero que ahora no entendía bien por qué me iba si ella no me molestaba en nada, no me hacía ningún tipo de pregunta, no me juzgaba, no me criticaba, comprendía que era un hombre hecho y derecho y aunque no estaba de acuerdo con muchas de las cosas que hacía o decía había optado por asumirlo en silencio. Le dije que tal vez no me entendiera pero que era asunto de espacios compartidos o no compartidos, y que además no era para ponerse así, después de todo la Gaby vive en el departamento de abajo y la tía Marcia en este mismo piso. Me dijo que eso era lo de menos, pero ¿y yo? Yo voy a estar bien, mamá, sé atenderme. Y la sonrisa cada vez más cercana a un puchero. Y yo, sabiendo que si no lo decía en ese momento no tendría valor para decirlo después, ¿me puedo llevar el piano? Y ella colocando una mano encima de la lustrosa madera barnizada, como si acariciara a un pariente: puedes, claro, yo no sé tocar el piano, no sé para qué ibas a dejarlo aquí, solo cuídale, acuérdate de quién era. Y de golpe la cara de papá sentado frente al piano abierto, en la casa de cuando éramos niños, tocando pasillos, tangos, valses peruanos, alguno que otro saltashpa, cosas así, y mamá, cerca, sonriendo al verlo, al verme a mí con el profesor que tuve durante gran parte de mi vida colegial, y después, escondiendo su llanto en la cocina el día en que me atreví a tocar alguna cosita aunque nuestro luto fuera todavía tan reciente. Acuérdate de quién era el piano, como si alguna vez hubiera podido olvidarme. Lo que no te voy a dejar son los discos de Eduardo Falú. Ya los copié a CD, mamá. Bueno, mejor, ¿y cuándo te voy a volver a ver? Más pronto de lo que usted quisiera, mamá, no se crea que me voy a perder. ¿Y ese departamento, vas a arrendar? No, mamá, me lo compré con unos ahorrillos que tenía. No me contaste nada. No creí que fuera necesario contarle. Ah. Tranquila, mamá, todo está bien. No sé qué voy a poner en el espacio vacío del piano. Si quiere se lo dejo. No, llévatelo, yo no sé tocar, con vos va a estar en muy buenas manos. Y por eso está aquí ahora, frente a mí, casi llenando la sala de mi mini departamento de un solo dormitorio, casi mirándome, casi sonriendo cuando lo abro y paso despacio los dedos por sus teclas para tentar alguna cosa sencilla, algo de lo que a mamá no le gustaba, algo de lo que aprendí después de la muer-te de papá, algo que me diga que rompí amarras, que quemé naves, que por fin me fui, con mis dolores y mis preguntas, con mis antiguos secretos y mis supuestos pe-cados, adonde solo tengo, aparte de mi piano y algo más de media docena de muebles muy poco convencionales, una mano pasajera que me recorre la espalda en la total oscuridad que precede a los primeros cantos de los nuevos pájaros que de hoy en adelante acompañarán mis matutinos ejercicios de *t'ai chi*.

5

HE HABLADO DEMASIADO

POR ESO ME CALLÉ DURANTE UN TIEMPO. NO QUISE SABER nada. No quise contar mis secretos ni mis verdades. No quise declarar mis afectos para no tener que probar nuevamente el sabor de la negativa. Y sobre todo no quise volver a preguntar nada, para no correr el riesgo de que nadie me volviera a contestar. Me encerré en mi escritorio de secretaria y bibliotecaria. Dejé de prestar oídos a las bromas de los chicos. Dejé de ir al médico, o mejor dicho dejé de sentirme mal con cualquier pretexto para no tener que ir a ningún médico. Dejé de ponderar las virtudes de mi famoso *Curso de teología para laicos comprometidos con su Fe*, y también cada vez más sábados dejé de asistir a él porque de repente tuve miedo de ya no creer en nada de lo que me iban a decir. Dejé de frecuentar el *Karaoke de la Nueva Trova* porque le temía a la fuerza demoledora de los recuerdos. Dejé de llamar por teléfono a interesarme por la salud de mi amigo porque temía oír cualquier mala noticia y no saber qué hacer. Iba de la casa al trabajo y del trabajo a la casa pensando en si no sería mejor de repente buscar alguna otra cosa para librarme de todas las nostalgias y de todas las preguntas y de todo lo demás. Pero luego, meses después, una tarde cualquiera, en un impulso, tomé el teléfono y marqué el número de la familia Vera Andrade. Alguien a quien no reconocí de primera mano dijo un desanimado *aló*. Me quedé callada un rato, y el *aló* se repitió, un poco tenso. Entonces aventuré la identificación:

—Soy Susana Montero.

Hubo un silencio, y luego la voz, cargada de una cariñosa nostalgia:

—Ah, Misú querida... Soy Rosi. ¿En qué te puedo ayudar?

—Rosi, hola. Nada, aquí, quería saber algo del Miguel.

Desde el otro lado, primero, un suspiro largo y tembloroso, después un sorbido nasal, y solo en tercer lugar, una voz que se resquebrajaba al responder:

—No está bien, Misú... —otro silencio largo, dos sonoros sorbidos nasales, y la voz, bastante más aguda y frágil— No está nada bien...

—¿Pero qué pasó? —y también a mí se me rompió la voz.

Tras un sorbido, la oí suspirar:

—Ay, Susi...

Me había querido endurecer, pero no me había da-do resultado, porque empecé a sentir aquellas arañas de hielo que trepan por la espalda al mismo ritmo de las malas noticias, mientras las lágrimas se me caían sobre el teléfono. Al otro lado, Rosi enhebraba suspiros y sorbidos entre algunas palabras clave que daban cuenta de la situación:

—...angustiados... gravísima... complicación... pul-mones... alguien... viajar... allá...

En aquel momento vi a Miguel llegando el primer día al trabajo y coqueteándome con los ojos desde la silla en donde me dictaba sus datos. Oí a Miguel en las interminables e innumerables noches de farra. Sonreí a Miguel que me guiñaba el ojo cada vez que pasaba por mi escritorio. Sentí a Miguel escuchar mis pobres confidencias de Susana la Caótica, perdidamente enamorada de Fernando el Agnóstico. Y el olor de Miguel al besarme en la boca después de que le había descubierto un more-toncito en la muñeca. Lo censuré por hacer relajo en voz baja durante el concierto de Los Solistas de Bruselas. Recé y sobre todo lloré como pocas veces en mi vida por Miguel, allá, tan lejos, en estado crítico por una gravísima complicación de los pulmones, tan grave que tal vez alguien más tenga que viajar lo más pronto posible. Eso era todo.

Al otro día, reaparecí por el Departamento Médico. Fernando, como siempre que no tenía paciente, trabajaba en la computadora. Saludé y dio un respingo:

—¡Susanita! ¿Cómo así por aquí?

También doña Clarita salió del cuarto de atención. Sonreí:

—A verles.

—Pero siéntese, Susanita. Hace tiempo que no... —me invitó él.

—Sí. Hace tiempo —corroboré, para cortar cualquier posibilidad de explicación.

—¿Pasa algo? —preguntó la doña Clari— Le noto preocupada.

—No sé... —contesté, sentándome y pensando cómo evitaba el impacto de la mala nueva—: Ayer llamé a la casa del Miguel, a preguntar.

El rostro de Fernando se ensombreció. Doña Clarita nos miró a los dos.

—¿Sabían? —le pregunté yo a él, sintiéndome ridícula por llegar siempre tarde a las noticias.

—Algo. ¿Pero qué le dijeron a usted?

—Estado crítico, dijeron. Algo de los pulmones.

El rostro de Fernando se entristeció más. Doña Clarita suspiró.

—Están pensando en que alguien más viaje —concluí.

Ahora suspiró Fernando. Vi la impotencia de sus gestos, la oscuridad que de repente le ganó los ojos, el brillo del foco en sus lentes.

—¿Con quién habló?

—Con la Rosita.

—Pero el transplante decían que salió bien —comentó doña Clarita, comenzando a hacer pucheritos.

Fernando sonrió con una enorme tristeza. Explicó los altibajos técnicos de estos procedimientos: el paciente se queda prácticamente inerme ante los gérmenes, es necesario para que no rechace la médula, pero en esa etapa cualquier infección que se presente puede ser fatal.

Fatal. Estado crítico. Alguien más tendría que viajar. Palabras tan escuetas, tan ajenas a mis torrentes de explicaciones, a mis conferencias acerca de Dios, a mis razonamientos escolásticos. *Estado crítico. Alguien más tendría que viajar. Fatal. Palabras desnudas, tan lejos de mis adornados discursos de declaración amorosa, a mis frases de postal católica acerca de la amistad, a la vana exposición de mis convicciones. Alguien más tendría que viajar. Fatal. Estado crítico.* Simples palabras que no encadenan conceptos ni enlazan silogismos, lejos de toda hermenéutica, de toda apologética, de toda pastoral juvenil y universitaria, la pura sinrazón de las cosas que ocurren más allá de cualquier religión.

Y sin embargo, en aquel momento supe que no podía dejar de preguntar por Miguel. Que no podía dejar de venir por aquí a poner mi cara seria frente a la cara triste de mi Doctor Fernando el Agnóstico aun a sabiendas de que en mi papel de Susana la Caótica había que-dado fuera de concurso. Y sobre todo, supe que aunque no volviera jamás a mi famoso Curso de teología para laicos comprometidos con su Fe tenía que lograr que colocaran otra vez a mi amigo en esa lista del grupo de oración y de tanto pedir por él se acabara el estado crítico, nadie tuviera que viajar, y sobre todo la palabra fatal desapareciera para siempre de nuestro léxico, vocabulario, es-quema mental o como se llame.

6

JUNIO HASTA QUE SE CIERRE EL PUÑO

QUÉ COSA ES EL TIEMPO, COLGADO COMO UNA ESTALACTITA de alguna parte sombría en medio de la memoria. Qué cosa son esos gestos que de repente se cuelan entre las labores cotidianas: un fichero que hay que organizar, información que toca meter en la base de datos, unos chi-cos de colegio que quieren que se les preste algún libro, un empleado de la empresa recolectora de basura que tiene una bronquitis, algún otro burócrata con infección intestinal, una secretaria con dolor de espalda, un barrendero con gripe. La hora de salida. Las iglesias. Los autos. Los buses. Los taxis. El cielo azul y las nubes blancas. De golpe, más nubes que azul. Las primeras gotas, y de repente encontrarnos los dos desprovistos de paraguas bajo la misma covacha convertida en tienda de artesanías. Qué

fue, Susanita, a los tiempos. Sí, a los tiempos. Bajo la lluvia en la ciudad. Sí. ¿Se acuerda de los talleres urbanos, no sería de volver a hacer? Yo no podría, ¿usted...? ¿Y los otros chicos, qué dicen? Dicen que no, que no podrían leer nada. Bueno, yo tampoco podría leer nada. ¿Ni «Bordas de hielo»? Menos que nada «Bordas de hielo». ¿Se ha ido al cine, Fernando? A veces sí; ¿y su *Curso de teología para laicos comprometidos con su Fe*? No he ido hace tiempo. ¿Por qué? Porque sí. ¿No será porque no? Bueno, porque no. ¿Por lo de aquella vez? Quizá. Pe-ro eso es cosa mía, Susanita. También es cosa mía. A usted su Dios le ayuda. A usted también le ayudaría si se dejara. No se trata de dejarse o no dejarse, en mi caso las cosas funcionan de otro modo. Lo que pasa es que ustedes son demasiado cerrados. Sí, puede ser, ¿pero quiénes somos «ustedes»? Ustedes, en general, los poetas, el mismo Miguel, usted, nos acusan a los creyentes de ser cerrados, pero no, solo es cuestión de. Sí, yo sé, de abrir el corazón, ¿no quiere tomarse un cafecito, a los años? A los años. ¿Quiere o no quiere? Bueno. Ya no esté enojada conmigo, Susanita; es la vida, yo a usted la quiero mu-cho. Gracias. ¡De verdad! De verdad le agradezco. Pero no me cree. Y qué importa lo que yo crea, Fernando. Importa mucho. ¿A usted? ¿Ya no somos amigos? No sé. ¿Tan así? Tan así. ¿Y por qué vino al consultorio? Creí que no sabían lo del Miguel. Sabía, sí. ¿La familia? El Santiago me escribe regularmente, y llamo a veces a la casa. Claro, la amistad. No veo el porqué de ese tono irónico. Tiene razón, perdóneme, Fernando. Perdóneme usted, Misú. No me diga Misú, que no respondo. Bueno, pero sí puedo decirle «perdóneme», ¿no? Bueno, decir, por decir. ¿Y usted, por perdonar, me puede perdonar? ¿Importa si yo le perdono? Siéntese, Mi... perdón, Susana, siéntese. Gracias, ¿ha vuelto al *Karaoke?* A veces. ¿Y qué dice don Carbonell? Él tiene más noticias del Miguel, se hizo muy amigo de la familia. De la mamá, dirá. ¿Ve cómo está bien enterada de todo? Los panas me cuentan. Ya, pero conmigo se hace la que no sabe, ¿qué quiere? Un té de frutas. Un té de frutas y un café expreso, ¿algo de comer, Susana? Creo que usted está más enoja-do que yo, nunca en la vida me ha dicho «Susana». No, pero como no quiere que le diga. Misú. Eso, no quiere que le diga Misú. Dígame como quiera, que Susana solo me dice mi papá cuando está que me odia. Su papá no le odia nunca, en cambio usted a mí. Mejor cállese, Doctor. Me callo, pero no me ha dicho si quiere algo de comer. No, gracias. Entonces un té de frutas y un expreso, gracias; ¿me podrá perdonar algún día, Misú? Algún día, quién sabe. Eso ya es algo. No es nada, Fernando. Es algo, Susanita, porque ahora todavía no comprende bien, pero tal vez, en el futuro. No, Fernando, porque no hay nada que comprender ni nada que perdonar, usted es quien tendría que perdonarme a mí. ¿Qué? Todo. No entiendo. Y yo no le quiero explicar. Cambió mucho, Susana. ¿Usted no cambió? Supongo que sí. Todos cambiamos. Todos. ¿Cuánto tiempo hace? Cinco, casi seis meses de lo que se fue. Era enero, ¿no? Enero. ¿Y esta es la primera vez que se pone así, tan mal? No, hubo otras, pero parece que esta vez es más serio. ¿Y usted qué cree que pase? Yo prefiero no pensar. Llueve. Sí, llueve. ¿Le gusta la lluvia? Sí, ¿a usted? Depende. ¿Ahora, le gusta? No sé. ¿No sabe? No, Fernando, ya dejé de pretender que sé todo lo que creía saber hace cinco meses. Eso nos pasó a todos. A mí más que a todos. Y por eso se peleó con su Dios. Creo que Él fue quien se peleó conmigo. Según usted misma, eso no es posible. Ya no sé qué creer, Fernando. ¿Y todo eso es solo por un tipejo como yo? Usted no es ningún tipejo, Fernando. Soy

Fernando el Agnóstico, el Cumpleañero de la Triste Figura, y usted es una reina. En joda. No, una reina de verdad, Misú. Sin rey. No le hace falta. Yo siento que sí. Yo estoy seguro de que no. ¿No? No; nooo, Misú, nooo, nadie merece esas lágrimas. No son para nadie. ¿Entonces son contra alguien? No. ¿Seguro? Seguro. Tome, un pañuelo de tela siempre es mejor que una servilleta de covachita del centro, ¿sabía lo linda que se pone cuando sonríe? Horrible, después de llorar, con la nariz roja. Hermosa, porque ya no está llorando. No me diga nada, Doctor. Bueno, ya no le digo nada. Doc. ¿Sí? ¿Qué nos va a pasar? ¿Cómo? Digo, ¿qué nos va a pasar si el Miguel no sale de esta? Ya le dije que prefiero no pensar. Pero no se puede dejar de pensar en él. No, no se puede. Todo era tan bonito. ¿Qué, todo? La vida, los talleres, las farras, las salidas, las conversaciones, y de repente se nos acabó el mundo. No, Misú, el mundo sigue, los que de alguna manera nos acabamos fuimos nosotros. ¿Nosotros? Sí, esa cosa compacta y maravillosa que fuimos durante más o menos un año, ¿no? Y que ahora se ve tan lejos. Tengo unas fotos. ¿De qué? Mezcladas: la oficina, los recitales, un paseo a la piscina, a Latacunga, algún taller, el *Cafélibro*. ¿Y por qué no me ha mostrado? Porque usted ya no quiso volver a verme nunca más y desapareció de un día para otro. ¿Y usted no? Yo no desaparecí, solo me cambié de casa porque ya no quería ser hijo de familia. ¿Y qué quería ser, entonces? ¿Ser, o hacer? Cualquiera de las dos. Por hacer, encontrar, y por ser, eso mismo. ¿Es una adivinanza? Quizá, pero para mí. Y para mí también. Quería encontrarme, a mí, al que supuestamente soy. ¿Y ya se encontró? No, a veces me siento más perdido todavía que antes. Yo también me perdí. Pero ahora estamos aquí, reencontrándonos. ¿De verdad? Le extrañé mucho todo este tiempo, Misú. Yo también a usted. Pero sigue resentida. Esa no es la palabra. ¿Cuál es, entonces? Ninguna; bueno, no, tampoco, pero no estoy resentida. ¿Qué está, entonces? No sé, yo no he tenido tiempo para buscarme y peor para encontrarme. ¿Duele? Todo duele, Fernando, como usted dijo: nos acabamos. ¿Y no podríamos empezar algo distinto? ¿Cómo qué? No sé, usted proponga algo. Yo no puedo proponer nada. Puede y debe. Tengo miedo. Una propuesta no siempre tiene por qué ser ese tipo de propuesta, Misú. Ya va, el hombre difícil. La mujer difícil. Yo, después de lo que hablamos, no puedo decir nada, Fernando, siento que ya no tengo nada más que decirle. En cambio yo sí. ¿Qué, por ejemplo? Que me duele haberle hecho daño. Gracias. No, de verdad me duele, y quisiera que nunca hubiera su-cedido, pero tampoco podía engañarla, ¿me entiende? No sé. Que en mi vida y mi corazón usted ocupa un lugar enorme e importantísimo. ¿Todavía? Siempre, en cambio usted me expulsó del suyo. Traté. ¿Y? Nunca pude. Misú. Por eso estoy aquí, tomando té de frutas y oyéndole. Hay cosas imposibles en la vida, Misú; pero ese no es el único tipo de relación que un hombre y una mujer que se estiman pueden tener. Lo malo es que yo no había pensado en otro tipo de relación. Pero durante más de un año tuvimos una maravillosa relación de otro tipo. Pero ya le digo: ese era el comienzo, después yo me fui ilusionando más y más con ese triste único tipo de relación. Eso es falta de creatividad. No se burle de mí, Fernando, por favor. Nunca me burlaría, yo nunca le di esperanzas en ese sentido. Me las hice sola, y fue mi culpa. No hay culpa, Susana. ¿No? No. Ustedes: usted, los chicos, el Miguel, todos tienen un modo de pensar demasiado amplio, por decir lo menos. Pero antes dijo que éramos muy cerrados. Cerrados para unas cosas, amplios para otras, en el modo de pensar. No es el modo de

pensar. ¿No? No: es la vida, Misú, cómo y por dónde viene la vida, con cosas tan lindas como las que hicimos cuando éramos simplemente amigos entre todos, con cosas tan horrorosas como la enfermedad de nuestro Miguel, con las confesiones traumáticas y con las preguntas que nunca vamos a poder contestar. Siempre creí que la de los sermones era yo. A que vea, algo aprendí. Qué bueno, porque yo ya no sé nada. En realidad, yo tampoco. Todo parecía tan seguro, ¿no? Era lindo ser querido por alguien como usted, Misú; pero por honestidad yo no podía permitir que esa situación durara indefinidamente, así, sin aclararse. No diga eso, Fernando, no lo repita. ¿Todavía le hace daño? Supongo que sí. ¿No quiere saber más de mí? No es eso, es que creo que ya sé demasiado y no estoy segura de que me guste todo lo que sé. Bueno, si usted no quiere, después de este café me volveré a esfumar. No sé cómo manejar esto, Fernando, es todo. Como quiera, Misú. No se sienta mal, Fernando. Así me siento desde hace seis meses. Quizá deberíamos apuntarle otra vez a la fe. ¿Como los «laicos comprometidos con la fe» de su curso? ¿Por qué no? Porque yo no tengo esa fe, y ahora me parece que usted tampoco. Hay demasiadas cosas que ya no puedo comprender y explicar tan fácilmente. Sí, siempre hay. Es que yo creía poder explicarlo todo, Fernando, y ahora me encuentro tan en el aire. ¿Flotando, volando? Suspendida y sin piso. Y todo es por mi culpa. No hay culpa, Fernando. ¿No? No. ¿Sabía que tiene una sonrisa preciosa? Es el reflejo de la suya, Fernando. Misú. Midoc. ¿Me trae la cuenta, por favor?

7

RUMOR DE LLUVIA

Muchos instantes huyeron pero las voces,
perecederas por únicas, por irrepetibles,
se detuvieron para siempre en una memoria
que de alguna manera y contra toda razón
se sabe a salvo de la muerte.
JULIO CORTÁZAR

—DEPARTAMENTO MÉDICO, A LA ORDEN.

—¿Doña Clarita? Soy Santiago Vera, desde Cuba. ¿Puedo hablar con Fernando?

Clarita, súbitamente pálida, le extiende el auricular, murmurando, con voz cavernosa:

—Desde Cuba: Santiago Vera.

Fernando, blanco como un papel, agarra el auricular:

—¿Sí? ¿Qué pasó?

—Nada, mi hermano, no te asustes —sonríe Santiago al otro extremo—. Alguien quiere hablar contigo.

Tras una pausa y un par de chasquidos, se perfilan los primeros acordes del *Aria* de la *Bachiana Nº 5* de Heitor Villa-Lobos, y en seguida el graznido del Pato Donald siguiendo el curso de la música sublime. Fernando, todavía muy pálido, suelta la risa sin poder evitarlo:

—Hijo de puta.

—No me insultes y déjame cantar —responde Miguel, también riéndose.

Después de unos acordes más y unas cuantas carcajadas, Fernando pregunta, mientras sale de la risa:

—¿Cómo estás?

—Calvo, esquelético, un chance hecho pedazos; además, terminando de reponerme de las secuelas de una neumonía que casi me manda becado a estudiar las lombrices en su hábitat natural; pero los doctores dicen que después de la crisis todo está yendo bien, chico; tan bien que hasta me dejaron hablar por teléfono ahora, aunque solo lo indispensable y así, con manos libres.

—Eso es bueno.

—¿Y los panas, ahí? ¿Todo bien?

—Sí. Siempre preguntan por ti.

—Bueno, cuéntales que llamé. Diles que les mando un abrazo individual a cada uno, y dos para la Misú.

—Les voy a decir. Gracias.

—No puedo hablar mucho más. ¿Está por ahí la Clarita?

—Ya le pongo —y Fernando llama con una seña a Clarita—. Entonces, conmigo...

Con el fondo musical de la *Bachiana*, Miguel se despide de Fernando:

—Hasta otra vez. Cuídate. Y, oye... sé que esto te va a sonar bien maricón, pero necesito decírtelo: te quiero mucho, Fernando, y te extraño bastantísimo.

Y Fernando, en voz muy baja, tras una breve pausa:

—Yo también, Miguel.

Clarita toma el auricular:

—Mijo, cómo está.

—Aquí, luchando a brazo partido contra estos putos glóbulos blancos.

—Siempre le pido a Dios por usted, mi amor. Lo único que le puedo decir es que tenga valor y fuerza. Todo va a salir bien.

—Yo sé, Clarita, gracias por eso. Solo quería mandarle un beso. Chao.

—Que Dios me lo bendiga.

—A usted más.

En un discreto silencio, Fernando se ha retirado al cuarto de atención y ha entornado la puerta. Cuando Clarita entra, ve los lentes sobre la mesita del instrumental mientras él, tenso e inmóvil, de pie frente a la camilla y de espaldas al resto del mundo, se aprieta los ojos con el pañuelo a medio desdoblar como si en ello le fuera la vida.

CUARTA PARTE: SALVO EL CALVARIO

1

REGRESO DEL DESIERTO DONDE HE CAÍDO MUCHO

—BUENAS TARDES.

¿Será el corazón un animalito asustado, algo que tiene vida propia, que no depende de uno? Digo, porque nunca lo había sentido latir de esa manera, y estoy seguro de que, si yo no hubiera tenido esternón o pecho, habría salido corriendo en dirección a Miguel, que sonreía desde la puerta, todavía muy pálido, con el pelo cortito y los ojos más grandes y verdes que de costumbre, al preguntarme, con una extraña sonrisa:

—¿No me vas a dar un abrazo, mi doctor?

Me levanté, creo que boté algo de la mesa, no sé. Tampoco sé cómo caminé hasta alcanzar la entrada de la oficina. A veces, uno puede disimular, de alguna manera lo consigue; pero otras veces las cosas te sobrepasan de tal forma que ya no te importa nada, y ni siquiera te preocupas por averiguar

qué sucede cuando al recibir la respuesta a tu abrazo sientes aquel estremecimiento en las entrañas, aquella aglomeración en la garganta, esa intensa picazón entre los ojos y la nariz, y oyes, como si fuera de otra persona, tu primer suspiro largo y entrecortado. Entonces aparece eso que llaman vergüenza y piensas que estás llorando abrazado a otro hombre en la puerta que da a un pasillo por donde circula todo el mundo; pero justo en ese momento sientes y escuchas ese gemido de cachorrito, y luego otro, y otro, y de nuevo ya no te importa nada porque vuelves a estremecerte y tratas con todo el esfuerzo del mundo de sacar a través de la garganta acorazada solamente tres monosílabos rotos: «No, tú no», y en el próximo sollozo, cuyo sonido ahogas lo mejor que puedes, también percibes la fuerza de sus sollozos contra tu pecho, y entonces es peor aún que antes porque recuerdas que alguna vez juró y rejuró no llorar una sola puta lágrima, ni una sola puta vez, por este puto motivo, y te preguntas qué cosa tan enorme sucedió y en dónde para que ese juramento se esté deshaciendo contra tu hombro, entre tus brazos, y sobre todo en el centro de tu pecho, en donde la alegría y el dolor son una sola cosa brutal e insoportable.

Podría hablar, por ejemplo, del dolor físico. Pero, igual que otras cosas, quien no lo ha experimentado de primera mano puede decir ah y oh y sin embargo no tener la menor idea de lo que se trata. Podría también hablar del miedo. Ese fantasma gris que pasaba despacio por el lugar cuando nadie sabía si vería la mañana siguiente. Podría hablar de una camilla completamente cubierta donde sabíamos que reposaba el cuerpo de alguien con quien habíamos saludado en días anteriores y de quien ya no nos habíamos podido despedir. A veces aparecía alguna enfermera con los ojos enrojecidos y, aunque la con-solábamos de la mejor manera posible, sabíamos que lo más seguro es que no haya consuelo, porque estar allí, palpando todos los días la insensibilidad del destino, era como para quebrar a cualquiera. Hubo días de fiebre. Días de delirio. Días que no recuerdo. Días de los que preferiría olvidarme. Días en que tuve la certeza de que no habría más días. No conocí el túnel oscuro con la luz al final. Y aunque lo rogué en silencio desde el fondo de mis deseos, nunca salió ni mi tío ni ningún otro ser querido a recibirme por ningún recoveco de la inconsciencia. Sin embargo, hubo días en los que fui traído y llevado, manipulado como un muñeco, succionado como el aman-te de una vampiresa, pinchado como un alfiletero, sacudido como un trapo para ver si así despertaba, mientras oía a lo lejos la voz del Santi que lloraba y me llamaba, y los médicos le decían llámale por el nombre, chico, insiste, y tanto insistió, supongo, que por fin abrí los ojos que había estado intentando abrir hacía como un milenio y vi su cara ahí, encima de la mía, como la de un pollito mojado, con las lágrimas inundándole las mejillas y goteándome sobre los párpados, la frente y la boca, y cuando le sonreí, o traté, más lágrimas aún, entonces mejor se lo llevaron porque estorbaba en lugar de ayudar, como había sido el plan original. Podría hablar de las agujas, de las máquinas, de toda la inhumanidad que puede guarecerse en la lucha por encontrar los restos de vida y salud hasta en los sitios más inconfesables y recónditos de un organismo. Podría, sin embargo, también hablar de la solidaridad de alguna mano que apretaba la mía en los peores momentos, en el gesto de alguien que no tenía por qué, pero que salía al corredor en donde mi hermano ocultaba a la vez que ventilaba su angustia, para decirle que todo estaba

bien, que no se pusiera así, que las cosas iban para adelante, aunque parecieran ir hacia atrás, como el cangrejo que le dio el nombre a todas las variantes posibles de esta horrenda enfermedad; hasta que un día, de repente, ya se puede hablar, y no es tan difícil incorporarse en la cama, leer algo, y escribir algo también, a escondidas, y Santiago tiene mejor cara, y las enfermeras tienen mejor cara, y los doctores vuelven a tutearte y a llamarte chico y a bromear, y un día alguno te dice que si quieres, como un detenido, tienes derecho a una llamada telefónica, solo una, con teléfono de manos libres para que no tengas que estar pegándote al auricular, y no más de cinco minutos, eso sí. Entonces me pregunto si la mami; pe-ro no, con la mami o cualquiera de las hermanas va a ser algo tan lacrimógeno y melodramático que mejor me olvido, entonces con quién, dice el Santi, y yo con quién, con quién, veamos, llama al 2987344, el directo del Departamento Médico-Odontológico, pide por el doctor Fernando Simpson, que es un amigo de verdad, y con suerte hasta me encuentro ahí con alguno de los panas, y el Santi, un poco fastidiado, que sí sabe quiénes son, y yo pero primero trae la música de Villa-Lobos, por favor. Y con Kiri Te Kanawa como fondo, cantar y reírnos, y luego oír esa voz de hace tantos meses, tanto tiempo aunque no sea ni siquiera un año, ese timbre sereno y a la vez cálido de mi amigo, su risa de otros días, pero nada de emocionarte, Miguel, ni se te ocurra irte de mocos encima de este teléfono, fresco, y después de la última confesión de cariño y la brevísima conversación con doña Clarita levantarme y decir «ya» con un monumental nudo en la garganta, pero todavía dispuesto a no llorar una sola puta lágrima, una sola puta vez, por este puto motivo. So-lo que los días de nuevo se alargan, se mezclan y se confunden. Un estornudo es una nueva señal de alarma, no tan terrible como las otras, pero por si acaso aislarle otra vez, y así no sé cuántas veces, no sé cuántos días. Pero qué mismo son los días. Qué mismo miden. ¿Llegué ayer? ¿Nací aquí? ¿Toda esa gente que conocí y quise no fue más que una ilusión? La cara de mi hermano nuevamente tan seria y preocupada, mirándome desde afuera, a través del cristal. Tal vez no fue tan buena idea permitirle esa llamada. Los libros y los cuadernos, prohibidos, por-que el papel tiene polvo, hongos, bacterias y con mala suerte hasta puede traer alguno de esos virus intratables. La música, prohibida porque los discos y las cajas y todo lo demás también pueden transportar gérmenes. Todo prohibido, menos la ventana que muestra un letrero con una larguísima frase de un discurso de Fidel que la verdad me da pereza leer, a falta de libros. El sueño. El sol secando los árboles. A ver cómo vamos, chico. Agujas otra vez. Muestras. Pruebas. Dolor. Y de repente, el doctor de aquí, alto y de lentes, como el de allá, sonriendo, conmoviéndose al revisar los papeles. Puedes volver, chico, pero cuídate, sigue con el tratamiento allá, solo como un soporte, vencimos, Miguel. Venciste. Más indicaciones. Cartas a los médicos de allá, o de aquí, ya no sé dónde queda cada sitio. Despedidas, también dolorosas, porque uno tiene la mala costumbre de apegarse y la gratitud puede resultar, al fin, una cosa bastante incómoda para el aparato sentimental, por decir lo menos. El doctor de aquí, que pronto será de allá, sonándose en un rincón de la habitación, el Santi sin poder hablar, las enfermeras llorando al abrazarme, y yo, para consolarlas y también para no dejarme ganar por la nostalgia: «pero por qué esas lágrimas, chicas, si sobreviví». Sobreviví. Volé. Llegué. El llanto emocionado y feliz de toda la familia rodeando mi aparente

indiferencia en el aeropuerto. La casa, alborotada. La mami, tratándome como si fuera un bebé de pecho. Las chicas, tan amorosas. La Charito, mimándome como seguramente nunca mimó a ninguno de sus hijos. El papi, pobre, con tanto tino para no ser nuevamente víctima de mi desprecio y mis ironías. Y yo, tras los primeros abrazos y las primeras visitas, mirando la televisión durante días enteros tumbado en el sofá de la sala de estar, de repente sin ganas de nada, sintiendo de golpe todo el miedo al vacío y toda la angustia por los que amo y todo lo que si me hubiera permitido sentir un solo minuto, allá, en el hospital de La Habana, me habría matado de contado, todo aquello que me prohibí mencionar o evidenciar, y que sin embargo ahora, sin una sola palabra, sale y se desparrama entre el hombro y el pecho de mi mejor amigo, más allá de cualquier promesa o juramento hechos a la ligera en uno de mis momentos de fanfarronería adolescente.

2

CONVALESCENCIA

QUIÉN ERA EL QUE VOLVIÓ. QUIÉN ERAS, MIGUEL, COMO un leve fantasma al principio, como quien recoge los pasos, como quien inspecciona el territorio del pasado y no quiere dejarse convencer. Silencio en el antiguo sitio de la algarabía de tus veintidós años lentamente dejados atrás cada minuto. Esa sonrisa en la que ya no te reconocíamos, sobre todo porque no alcanzaba a eliminarte la sombra de la mirada, esa especie de brillo al revés que ahora empañaba todos tus gestos. Pero, ¿eras solamente tú? Por la mañana el espejo me devolvía mi rostro de hombre que generalmente pasa la noche a solas: las típicas ojeras del insomnio, la barba que no afeito todos los días más por pereza que por cualquier otra cosa, la palidez de quien hubiera querido dormir más y soñar menos. Y entonces se me ocurre que quizá también yo era otro fantasma que andaba por ahí para recoger sus antiguos pasos de refugiado a causa de aquellas trampas inocentes con que el destino nos sale a veces. El hijo de mi pobre padre, que aunque tuvo tiempo de verme crecer física-mente, no me vio madurar ni, para su buena suerte, tuvo que presenciar mis intentos de construir una especie de nido convencional solo para terminar cayéndome aparatosamente del árbol. El hijo de mi madre, la que llama cada noche para saber si necesito algo, o quizá con el pretexto de saber si necesito algo porque en realidad es ella quien necesita asegurarse de que este viejo retazo de su piel y de su sangre todavía funciona, aunque haya abandonado el lugar que me preservó siempre a su lado, como al único hijo de una típica matrona viuda quiteña con inconscientes e inconfesables aspiraciones de Yocasta. Cómo decirte. Cómo contarte, Miguel, cómo describirte la temperatura y el olor de toda la lluvia que cayó desde aquel medio día en que nos despedimos en el aeropuerto entre tu proverbial entereza y mi muy mal disimulada

desesperación. *Si el hombre pudiera decir lo que ama*, leí una vez a Cernuda en voz alta en alguno de los alucinantes escenarios de nuestro Centro Histórico, *si como muros que se derrumban, para saludar la verdad erguida en medio, pudiera derrumbar su cuerpo, dejando sólo la verdad de su amor* y luego, lo recuerdo tan bien, no pude seguir leyendo y me tuve que ir ante el asombro y la preocupación de toda la concurrencia. Si el hombre, si un hombre, si cada hombre y cada mujer y cada persona pudiera decir no solo lo que ama, sino lo que teme, lo que esconde, lo que busca. Si pudiera decirse a sí mismo

de dónde no quiere irse y dónde no le interesa quedarse. Si cada ser humano pudiera en general decir, decirse, pronunciarse cada mañana frente a la despiadada evidencia del espejo del baño que al desempañarse poco a poco nos enseña al desnudo el desamparo de la verdad más profunda, agazapada allí, en el fondo de esos ojos apenas conocidos que nos miran inquisitivos. Pero no, cada día nos despojamos de una nueva capa, dispuestos a seguir convirtiéndonos en casi lo mismo que los espectrales pobladores de Comala, con sus ancestrales penas y su particular purgatorio a cuestas.

Quizás así sea el regreso del valle de las sombras en donde se pierden las ovejas del Señor, que es nuestro Pastor. Digo, por decir algo. Por tentar el recuerdo de mi tan famoso como abandonado *Curso de teología para laicos comprometidos con su Fe*. Quizá se regrese con poco que decir, con menos sonrisas, con esa extraña profundidad en los ojos cuyo color también parecía cambiado de repente. No lo había visto antes. El día que había ido por la oficina justo me tocó ayudarle a una amiga que trabaja en otro edificio. Después me contaron aquello de su llegada imprevista, de su emoción y la de Fernando mezcladas en un abrazo empapado de lágrimas por partida doble. Y me alegré de no haber estado, aunque me entristecí por no haberlo visto, y me volví a alegrar de que hubiera vuelto, aunque me volví a entristecer ante la mención de la fuerza e intensidad de sus llantos compartidos.

Al verme entrar en la sala de estar del segundo piso de su casa, Miguel sonrió, se puso de pie y me tendió los brazos. Tuve que abrazarlo. Y tuve que callarme también, porque en mi garganta concursaba el nudo del año contra otros menos bestiales que había tenido en otras ocasiones.

—Misú —murmuró, acariciándome un poco la mejilla cuando nos separamos —, no sigas el ejemplo de esa bomba lacrimógena humana que está parada detrás de ti.

Entonces me di cuenta de que algo me mojaba la cara y me la limpié con la mano, mientras contestaba:

—Según dicen, él no fue la única bomba lacrimógena de aquella manifestación.

—Sí —respondió Miguel, siempre sonriendo a medias, y luego, en secreto—; pero en esta casa nadie tiene que saber nada de eso. ¿Sabías que yo soy el fuerte de la familia? Por eso me ha pasado todo esto. Ni mis herma-nos ni mis papás lo habrían resistido tan bien como yo.

Hablaba con ironía, claro. Fernando le dio una suave palmada en el hombro, Miguel le tomó un ratito de la mano, afectuosamente. Llevaba un saco rojo, lo cual hacía resaltar su palidez, así como el brillo y el tamaño de sus ojos verdes. Aunque comenzó la conversación con un comentario jocoso, luego permaneció más bien callado, mirándonos con una extraña expresión que me dio trabajo durante gran parte de la visita. La familia había desaparecido del mapa, aunque de vez en cuando se escuchaban leves voces de mujer en el piso de abajo. Le preguntamos qué se contaba, y sonrió nuevamente, solo que en esa sonrisa había algo de doloroso y débil que hasta entonces no le había conocido, mientras decía:

—No mucho. Pasé la mayor parte del tiempo en un hospital, y de casi todo lo que sucedió ahí quisiera olvidarme lo más pronto posible. Ustedes, más bien, ¿qué se cuentan? ¿Se amarraron, al fin?

Sentí que se me encendían las mejillas y noté que a Fernando le pasaba lo mismo; pero como dice alguno de esos filósofos que a ellos les encantan: «Lo que no me mata me hace más fuerte», entonces, demostré mi fortaleza recién adquirida al responder:

—Decidimos que la amistad es algo menos complicado que el amor. Y quizá más duradero.

Miguel enfocó la cara de Fernando con unos ojos que fingían disgusto:

—Eres una bekstia, muchacho.

—Yo sé —dijo él—; pero no vinimos a hablar de mi bestialidad, sino de ti.

Volvió esa sonrisa melancólica antes de una tanda de preguntas:

—El día que fui a visitarles en la oficina los panas no me pudieron contar mucho. ¿Hicieron más talleres urbanos? ¿Publicaron más números de la revista? ¿Hubo algún recital?

Miré a Fernando con culpabilidad; pero él abrió su maletín de toda la vida y sacó dos números recientes de la revista.

—Los talleres se nos hacían muy difíciles —expliqué mientras Miguel, con su media sonrisa, revisaba los ejemplares— porque te extrañábamos mucho, y nos daba vergüenza de que nos fuera a fallar la lectura.

Supe que había hablado demasiado —como siempre, por otra parte— cuando Miguel levantó la mirada con el gesto de quien contiene un bostezo: la mandíbula inferior apretada, las aletas de la nariz tensas y coloradas, los ojos humedecidos, enrojecidos los bordes de los párpados. En menos de un segundo, los ojos pasaron de húmedos a totalmente arrasados. Y en la siguiente mínima fracción de tiempo una gota enorme le surcó la mejilla.

EL SOBREVIVIENTE

cae el silencio

despacio
sobre la pausa que sigue a las lágrimas
y también sobre aquello que el destino barrió
al pasar sin cuidado
por la vieja ciudad que una vez compartimos
cae la noche
y el familiar ritual del café nos fuerza al disimulo
a esconder los pañuelos
a reinventar sonrisas
tiento una broma que no sale bien
/estoy desentrenado
supongo/
o será que las manos de la muerte
me dejaron señales indelebles
que no debo mostrar
y no puedo ocultar
ya no sé ser el de antes
volví
pero también me fui
y no comprendo en dónde me quedé
hubo un lugar oscuro y gigantesco
un maloliente vientre de reptil prehistórico
algún resquicio cruel de angustia y pánico
en una negra esquina en mitad de la nada
ahí estuve
ahí estuve
dormido
ausente
más muerto que vivo
o quién sabe si solamente muerto
no vi un túnel
ni un ángel

ni un pariente

no tengo nada que contarle a nadie

y más allá de todo

no sé explicar en dónde me quedé

ni de dónde volví

o si solo me fui

inevitablemente.

3

CLEPSIDRA

UN AÑO.

Otro año.

Dos cumpleaños.

Casi un cuarto de siglo.

Tres o cuatro novias, nada serio.

Uno que otro enamorado, tampoco nada serio.

La sonrisa y las bromas regresando, primero tímidamente, y después con todo descaro, a tomar posiciones en los gestos y el discurso de Miguel.

Los chequeos, cada vez más espaciados, arrojando siempre resultados alentadores.

Unos cuantos talleres urbanos.

Los panas sentando cabeza el uno y el otro todo lo contrario.

La Clarita echando canas y recuperando el genio.

Un nuevo jefe.

Un curso de un mes sobre medicina comunitaria en el Brasil.

Una maestría en Administración Cultural.

Un proyecto de libro de poemas.

Nueva música.

Nuevas lecturas.

Nuevas películas.

Nuevas publicaciones, recitales, periódicos, lanzamientos.

La renovación de un moderado culto a San Viernes.

A veces, la silueta de un viejo fantasma orillando la calma.

La vida en su cauce de todos los días.

Y los días siguiendo parsimoniosamente el cauce de la vida.

4

THE WAY IS HERE

ESPERÁBAMOS EN EL NUEVO *CAFÉLIBRO* QUE VINIERA EL público y los artistas que colaborarían con el lanzamiento del más reciente número de la revista, periódico o cómo se llame. Tomábamos algo ligero, un té de naranja, un café expreso, mientras en los parlantes Adriana Varela quebraba magistralmente su hombruna voz en *Lejano Buenos Aires, qué lindo que has de estar*. Entonces el Miguel levantó la cabeza, oteó el aire, y comentó, socarrón:

—Estas tangueras desgarradas le fascinan a doña Margarita, oye. Es más, muchas veces he pensado que quizá mi papá finalmente le dejó por eso.

—¿Por qué? —le pregunté, sorprendido.

—Por su afición desmedida hacia las mujeres que cantan tango. ¿No te parece sospechoso?

Como resumen de mis sensaciones e impresiones, le dije:

—Eres un imbécil.

Él me miró, muy serio:

—Tú no le has visto, ni tienes por qué saber; pero la Susana Rinaldi comienza un *Che bandoneón* y la vieja puede entrar en orgasmo a los cinco segundos.

Lo decía de tal modo que no pude contener la risa mientras volvía a insultarle:

—Imbécil. No sabes lo que estás diciendo. ¡Respeta a tu madre!

Él también se rió, con esa risa que alguna vez creí que nunca recuperaría:

—Bueno, eso le pasa con la Rinaldi, con la Varela y con alguna otra así, medio intelectualilla. No vayas tampoco a pensar que le gusta esa ancianita... cómo se llama... que vivía en México porque había sido peleada con la Evita Perón... la que se murió hace unos pocos años nomás...

—¿Libertad Lamarque, será?

—Sí. Libertad Lamarque, «El pito del arrabal».

Me dio un ataque de risa que no había tenido por lo menos en cinco años. Tanto así que se me salían las lágrimas en medio de las carcajadas. Él también se reía con un gusto contagioso, mientras seguía explicando:

—Bueno, pero en descargo de mi señora madre debo decirte, aquí, entre nos, que nuestro queridísimo amigo Octaviano Carbonell me ha quitado todas las dudas a ese respecto.

—¿Cómo dices que se llama, el Carbonell? —pregunté, un segundo antes de que el ataque de risa se me agravara.

Y Miguel también estalló en carcajadas:

—¿No te conté? Octaviano Josué Carbonell Amargós. Por eso usa solo el primer apellido. Pero el otro día la María le encontró la cédula. Desde ahí nos odia.

—Y tiene toda la razón.

Seguíamos riéndonos, mientras me recomendaba:

—No le dirás. A nosotros casi nos mata. Nos hizo jurar que no le diríamos a nadie.

—Y tú lo cumples al pie de la letra. Nunca quisiera ser tu padrastro.

Y de repente, entre carcajadas, café, té de naranja o de lo que fuera y la gente que todavía no llegaba, tuve la ilusión de que todo volvía a ser como antes, como si nunca hubiera habido enfermedad, angustia, confesiones asesinas, dolorosos desencuentros, brutales reencuentros, noviecitas ni enamorados de turno, depresiones, sospechas, incertidumbre, orfandad, ni mucho peor fantasmas escondidos en el closet.

CANCIÓN ASÍ NOMÁS

para Fernando Simpson

de entre todos los bienes de la tierra

que estuve a punto de perder

de entre todos los dones que los dioses

/envidiosos quizá/ me quisieron quitar

los que más me temía

y los que más dolían

/no lo digo en voz alta

por temor a flaquear/

la sonrisa serena de mi madre

la lucha incontestable del amor fraternal

el compás de la música y las luces del cine

un olor de mujer adosado a mi piel

y para terminar

el secreto calor

y el precioso color

de tu amistad

El poema había estado desde siempre en la revista; pero con el apuro de la presentación nadie, salvo alguno de los panas que para aquel entonces era el editor, lo había visto. Yo hacía de maestra de ceremonias e iba leyendo poco a poco el programa: presentación de este nuevo número a cargo de Marcelo Ruiz, lecturas de varios poetas, participantes o no en la publicación, intermedio musical por Washo Flores, lecturas de otros poetas, entre ellos Carlos, Marcelo y ya no recuerdo quiénes más, otro intermedio musical un poco más académico, esta vez a cargo del doctor Fernando Simpson y su guitarra. Y al final, Miguel Vera. Leyó algunas cosas que parecían venir del otro tiempo: aquello de «Madre cariñito santo», «Antisalmo sin número» y luego de los consabidos aplausos anunció, con su natural desparpajo:

—Bueno, el tercer poema me va a ayudar a leer nuestra maestra de ceremonias por razones que se explicitan en el mismo texto. Venga, Misú, es facilito, no se me ahue... perdón, no se me arrugue.

Tras las risas de la concurrencia, me acerqué a la mesa. Me besó en la mejilla y me señaló con el dedo lo que tenía que leer, que se llamaba «Canción así nomás», y estaba dedicada a Fernando. No sé qué hice para sostener la voz hasta el final. Para este último poema, un texto más bien bastante sencillo, no hubo precisamente aplausos: hubo una ovación. Miguel, arrimado a la barra, hablaba con alguien como si el poema que acaba de leer fuera de otra persona. En cuanto pude dejar la mesa corrí a la parte de atrás del *Cafélibro*, donde a mi llegada los había encontrado a ambos completamente muertos de la risa, y en donde, antes de leer el verso «y para terminar», aún había advertido a Fernando sentado frente a una mesa; pero de él ya no quedaba ni siquiera el estuche de la guitarra. Entonces salí hacia la puerta y alcancé a ver su silueta alejarse calle abajo, caminando despacio, muy erguido y muy digno, con la guitarra al hombro, como quien va escapando de su sombra y no espera consuelos de nada ni de nadie.

5

COSAS POR HACER

—HOLA, ¿ESTÁ MI PAPÁ?

—No —responde Marcela, con una seria expectativa ante la sonrisa y el saludo de Miguel—; pero ya mismo ha de llegar. ¿No quieres pasar?

Miguel entra despacio a ese departamento que habrá visitado muy pocas veces en su vida. Mira los cuadros de las paredes, la decoración, más actual que la de su vieja casa de barrio. Marcela lo invita a sentarse. Le ofrece un vaso de jugo. Luego, por conversar, pregunta si ya está bien, si se siente mejor. Miguel responde a todo con monosílabos, pero también con cortesía, antes de iniciar su parte de la conversación:

—¿Y las niñas?

—Haciendo deberes, adentro.

—¿Puedo saludarlas?

Marcela sonríe, un poco temerosa, pero luego entra a los dormitorios y sale con dos niñas entre los ocho y los diez años. Aunque Miguel se parece mucho a Margarita, también se nota que es hermano de las pequeñas.

—Hola. Vine a verles —dice—; les traje higos y colaciones, del centro. ¿Sí pueden, Marcela?

—¿Por qué no van a poder?

—A algunas mamás no les gusta que los niños coman dulce. A la mía, por ejemplo. Bueno, pero ahora ya puedo comer cualquier cosa.

Se ríen un poco, rompiendo el hielo. Miguel les pregunta cómo va el colegio, hablan sobre programas de televisión, libros, películas. Cita versos y adivinanzas. Después de un rato, las niñas se lo llevan para adentro, a mostrarle sus dormitorios y sus juguetes. Un poco tensa, Marcela los sigue con la mirada; pero media hora más tarde, cuando Alberto llega y oye las carcajadas, ella también se ve contenta al comentarle que Miguel ha ve-nido a visitar a sus hermanitas.

Como nunca ha pasado algo así, piden algo de comer, y lo hacen en el comedor de visitas. A eso de las nueve de la noche, Miguel anuncia que

tiene que irse. Las niñas le piden que regrese, que venga con más frecuencia a jugar con ellas. Miguel solamente sonríe, sin ofrecer nada. Luego las abraza en conjunto, les besa la frente, y cuando se incorpora tiene una extraña expresión de bostezo contenido que interfiere con su habitual sonrisa. Alberto lo acompaña hasta la puerta del edificio, y allí le dice:

—¿Te voy a dejar?

—No, gracias. Yo me voy solo. Quédate con tu familia.

—Tú también eres...

Miguel se lleva el índice a los labios y niega con la cabeza. Sonríe, pero se le nota triste cuando, sorpresiva-mente, inicia un abrazo del que Alberto, quizá por lo inusual, sale con los ojos húmedos y el gesto conmovido. Entonces Miguel habla:

—Tranquilo, papi. Todo está bien. Cuídales mucho a tus nenas, y cuídate tú también. Adiós.

—Es laúd. Un chileno, Miguel Ángel Aldunce, que hace música del siglo XVIII, y anterior. En laúd auténtico, mami.

Margarita, dudosa y sorprendida, mira el par de entradas. Luego levanta hacia Miguel unos ojos interrogantes:

—¿Solo los dos?

Miguel sonríe:

—Por una vez que salgas sin el Carbonell no te va a pasar nada. Además, te debía una, ¿no?

—¿Me debías una qué?

Algo ha llovido desde entonces, pero Miguel siempre tuvo buena memoria:

—Esa vez, antes de enfermarme, cuando me fui a ver a Los solistas de Bruselas con la Susanita y el Fernando, sabiendo cuánto te gusta la música clásica, y me dijiste que era posible que no hubiera próxima vez, ¿te acuerdas?

Margarita sonríe, con los ojos húmedos, y extiende la mano para acariciar la mejilla de su hijo. Pocos días después de ‹Los solistas de Bruselas› saltó de golpe la noticia de la enfermedad y durante mucho tiempo nadie quiso ir a divertirse en ninguna parte. Miguel le besa la palma de la mano tras la caricia. Luego, también sonriente, pero con algo de inevitable melancolía insiste:

—Hubo próxima vez, aunque se demoró un poco. ¿Sí quieres venir?

—Claro.

—Sin llorar.

—Eso no importa. Lo que importa es que hubo próxima vez.

—Sí, eso es lo que importa.

el tiempo miente
cuando las cosas parecen durar
cada segundo
cae
y se pierde
lo no dicho
perece
junto a lo declarado
y en el silencio duermen los secretos
que ya jamás nos dejarán vivir
espectros excluidos reclaman su lugar
y amenazantes
suplican perdón

para qué chantajear a la esperanza
para qué sostenernos del rencor
para qué aquellas sombras
que pueblan los insomnios
para qué todo
si en pocos segundos
tan solo y siempre
volverá
a ser nada

ABRIR LOS OJOS, MISÚ. ESO ES TODO. ABRIR LOS OJOS Y ver por la noche el barrio de La Mariscal, en donde a otras horas parece que no pasara nada. Alegres muchachos y muchachas en busca de aventura, jóvenes universitarios asomándose tímidamente al romance transgresor de las normas impuestas, al dulce goce y la suave nostalgia de la vida bohemia que alguna vez cantó Aznavour en la casetera de la mami. Porque seguramente, como la mami, Aznavour nunca anduvo por aquí a estas horas. Y no vio, por ejemplo, a ese tipo de ahí, que es un brujo. No de escoba ni gato negro, Misú. Es un brujo de la droga. ¿Le ves? No se esconde mucho para vender lo que otros necesitan para recrear su mundo. Y esa chica de más allá, ¿le ves, no? No es chica, es chico. Solo que no le gusta tanto como ser chica. ¿A vos te gusta ser una chica, Misú? No digas nada. Esa de allá sí es chica, más chica, por decir menor, que tú. Le conocí antes de enfermarme, calcula: cuatro, cinco años, y era mucho más joven que yo: dieciséis, diecisiete, tal vez, ya veterana en el oficio en aquel entonces. Ni ella misma puede decir cuántos abortos, Misú. Una infección incurable, a la fecha. Quizá cáncer dentro de poco, solo que a ella nadie le ha de querer mandar a atenderse en Cuba o en el Imperio. Por aquí andábamos con el Doc. A veces también acudíamos a algún brujo, no por adictos, que ya nos dimos cuenta de que no habíamos sido tanto, sino por bestias, creo. Pero en aquel entonces al Doc también le dio por cuidarme, como siempre ha hecho, desde la primera vez. No, Miguel, me decía. No, por favor, no. No sabes a lo que te puedes meter. No sabes en lo que puedes caer, pana. Y yo hecho el que le creía, hecho el que me tragaba su cuento, cuando lo que él no sabía era que anduve por aquí desde muy joven. Siempre al borde del abismo, Misú. Oteando, aprendiendo a equilibrarme en el borde de la pequeña verja que separa la curiosidad del precipicio. Lejos, allá en la oficina o en la casa, estaba el mundo de los buenos y los malos, o mejor dicho, de los supuestamente buenos y los supuestamente malos; por ejemplo, pienso en el papi, que le cuerneaba y le gritaba de lo lindo a la mami, y solo por eso ya era malo. Tenía un gusto bastante internacional: se metía con las cooperantes españolas, con las pasantes alemanas, y cuando estaba en su versión nacionalista, con las secretarias y relacionado-ras públicas locales, hasta que llegó a su vida la señora Marcela, becaria nicaragüense, y se pasó de golpe al ban-do de los buenos, o eso creyó él, Misú, porque lo chistoso es que nunca fue realmente malo. Apenas un poco confundido respecto de sus elecciones. Eso. Un poco enoja-do con la vida porque quizá la primera mujer que escogió no llenó como él esperaba sus inconmensurables expectativas de dicha perpetua. Pero él pudo arreglarlo sin tener que venir a ensuciarse los zapatos en este barro. Y lo bueno es que, con la tardía irrupción del Carbonell en su camino, la mami también pudo arreglarlo. Pero ninguno de los dos se parece ni remotamente, por ejemplo, a ese man que se hace el alhaja en aquella esquina, ¿le ves?, es el *propietario*, por llamarlo de alguna forma, de docenas de muchachitas venidas de todos los rincones de la patria, y hasta tiene contactos con países de Europa y de otras partes del mundo para exportar niñas. O sea, tráfico de gente, Misú; trata de blancas, como se dice en el lenguaje judicial al uso. Blancas que lo mismo pueden ser negras, pinchagüitas de la Costa, alguna que otra serrana extraña y sorpresivamente bien puesta, montones de ellas ya bien colocadas en sus

respectivos infiernos de París, de Barcelona, de Londres, de Copenhague, de Frankfurt, de Berlín, de quién sabe dónde más. Y el tipo, forrado en plata, con la conciencia totalmente afónica, *for ever*, además. Alguna vez yo también cometí la atrocidad de contratar los servicios de alguna de sus pupilas mientras el Doc me esperaba tomándose un traguito y conversando con alguna o con alguno, porque él nunca, Misú. Nunca de los nuncas. Y siempre tan profiláctico: ¿tienes con qué protegerte, Miguel?, verás que… Y yo riéndome en mi interior, claro, Midoc, claro, no creas que soy tan gil. Más allá, los bares gay, o los bares GLBT, diríamos ahora, ¿quieres entrar a alguno? Bueno, no. Está bien, no. Aquí no se festeja el catorce de febrero, Misú. Es un día como cualquier otro. Mejor dicho: un día peor que cualquier otro, porque esto se llena con los que no tienen ni nunca han tenido novia para regalarle flores y sacarle a comer o a bailar en un sitio chic o chimbo, lo mismo da; vienen los que están conflictuados porque sienten que deberían tener novia pero quisieran tener novio, vienen los que tienen plata pero nada más en la vida, vienen los que se sienten espantosamente solos y quieren sacarse la soledad dándose contra cualquier cosa hasta que la culpa o el dolor o lo que sea deje de aplastarles el alma. Vienen los que acaban de salir del clóset y quieren que todo el mundo se entere, pero descubren decepcionados que aquí eso a nadie le llama mayormente la atención. Vienen los despechados, los desenamorados que no saben cómo salir del embrollo de tener que abandonar a familias enteras para volver a encontrar lo que ellos creen que es el amor, los infieles a los que el arrepentimiento no les alcanza para mucho, los cornudos que no saben cómo mismo sacarse el clavo, los solitarios, los confundidos, los atormentados, los que les dio positivo el examen de VIH y solo quieren venganza, los que ya no tienen nada qué perder, Misú, los pobres de espíritu y pobres de sexo y pobres de todo. A embrutecerse, a buscar ese consuelo que saben imposible. Como imposibles han tantas cosas en la vida, Misú, tantas mucho peores que las que me acabas de contar, así que no llores. O llora, si quieres y todavía puedes, porque en este rincón del infierno quizá sean las lágrimas de alguien tan inocente y sensible como tú lo único que pueda traer una vaga esperanza de redención, aunque pase tan inadvertida como el suspiro de un ángel moribundo en la puerta del purgatorio. Sor Ruth ya lo decía: «Una cosa lleva a otra». La relación era muy sencilla: ponerse una minifalda para salir con el novio lleva a la excitación del novio que lleva a probar un beso tímido que lleva a que el beso pierda la timidez, lo que lleva a una relación sexual prematrimonial que conlleva en sí misma un pecado mortal pero que además puede llevar a un embarazo no deseado que obviamente se puede sacar adelante, pero que en muchísimos casos conduce al aborto que finalmente si no te arrepientes a tiempo te lleva a la quinta paila del infierno.

Esta vez no fue precisamente así; pero también se comprobó que, de alguna manera, una cosa lleva a otra. Las confidencias nos llevaron a tomar un café, y las ganas de seguir hablando nos condujeron a un tour por el infierno, y la desolación ante la sordidez que esconde el mundo nos llevó a buscar refugio en algún localcito, y la tristeza nos llevó a apretarnos el uno contra el otro, y mis lágrimas llevaron a sus labios a secármelas, y la proximidad nos llevó a querer probar el color y el sabor de nuestros cuerpos que habían estado muchas veces próximos pero en un ámbito

completamente fraternal que de repente se iba desmoronando, y ni los remordimientos ni el recuerdo de mis clases de religión pudieron impedir que el deseo nos llevara a una habitación en el segundo piso de un hotel dizque para turistas pero repleto de parejas tanto o más clandestinas que nosotros, y el miedo me llevó de golpe a la inmovilidad, y su ternura me devolvió poco a poco a la calma, y aunque la voz de sor Ruth no dejara de resonar en mis sienes, fui de la mano de Miguel hacia el lugar prohibido por la ley de Dios, y sentí dolor, y sentí placer, y sentí su cuerpo estremecerse contra el mío, y aprendí lo que no se puede olvidar y viví esa primera vez que la mami decía que tenía que ser con todas las de ley y que la sor Ruth decía que era un sacramento tan sacramento como la eucaristía y que por eso mismo no podía darse así nomás, en un potrero, en una playa toda llena de arena que se pega por todas partes, en el asiento trasero de un carro, y mucho peor en un sucio cuartucho de un hotel cualquiera en donde todo el mundo te puede reconocer…

Y finalmente vinieron las cálidas palabras de Miguel a cerrar el encuentro:

—No te vayas a enamorar, Misú. Ni de mí, ni de nadie. Aprende. Aprende a gozar, a dar goce, pero no le vayas a hipotecar a nadie el control de tus sentimientos. Vive. No tengas miedo de lo que diga tu mamá. Las mamás siempre creen que saben, pero a lo más que alcanzan es a darse cuenta. Tú aprende. Goza. Y si aparece alguien que merezca la pena, ábrele alguna puerta en alguna parte de ti, pero jamás, ¿me oyes?, jamás se te ocurra entregarle el llavero completo para que entre y salga, haga y deshaga a su voluntad. Esto te lo digo porque te quiero mucho, y no quiero que nunca termines trabajando de rodapiés en la casa de nadie, por muy lleno de gracia que parezca.

Luego hablamos un poco más. No mucho. Le conté lo de la renuncia del Fernando y su próximo viaje al Oriente para trabajar en programas de salud comunitaria. Me besó de nuevo. Repitió aquello de que me quería muchisísisimo y de que todas sus palabras hacia mí nacían de aquel cariño. A la madrugada, todavía oscuro, me dejó en la puerta de la casa de los papis. Volvimos a besarnos, y se fue.

Quién me iba a decir que ya no lo vería nunca más. Una fiesta con amigos comunes. Miguel conversa con Fernando, y al pasar por su lado una bandeja con vasos de *Cuba libre* extiende el brazo hacia uno de ellos. Fernando se lo detiene, con un gesto:

—No puedes.

Miguel, serio hasta la agresividad:

—Tanto puedo que me lo tomo.

Y se lo bebe casi de un solo trago. Fernando lo mira con desaprobación. Luego se separan, cada uno por su lado. Hay algo de baile, mucho de conversación. Llega el taxi que llevará a Susana de regreso a su casa. Fernando la acompaña hasta la calle y luego sube otra vez. Están cantando con guitarras. Se sienta junto al balcón y mira la noche hasta que, en la infaltable irrupción del *No puedo verte triste porque me mata…* salen de la nada la frágil sombra y la voz aguardentosa de Miguel:

—No te enojes conmigo, Midoc.

—No me enojo: me preocupo.

—Tampoco te preocupes.

Silencio. Por hacer algo, Fernando mira el reloj: cerca de las cuatro de la mañana. Miguel le pregunta:

—¿Cuándo regresas de tus vacaciones al trabajo?

—Todavía tengo como unos ocho días más.

—Suerte la tuya.

—Y la de todos, cuando le toque su turno a cada uno.

Miguel tose ligeramente, cierra los ojos, suspira. Fernando le pone una mano en el hombro:

—No tenías que haber tomado.

Miguel solo sonríe, melancólico. Luego propone:

—Vámonos por ahí a conversar, ¿sí? Esta fiesta ya no tiene futuro.

A las cuatro de la mañana los sitios disponibles son demasiado pocos en todas partes. De algún lugar emerge una luz vaga y tenue: un garaje adaptado en donde coexisten extraños personajes con aretes en inverosímiles sitios del cuerpo, uno o dos pares de mujeres que parecen sobrevivientes de alguna batida, algún travesti que se abriga con una chompa de cuero con cuello de piel sintética, y ellos dos. Café, claro. Es todo lo que hay. Miguel no ha dicho una palabra durante todo el trayecto, y Fernando tampoco, pero ahora, mientras están ahí, revolviendo con un par de cucharillas de plástico dentro de jarros de cerámica con dibujos de los Looney Tunes, de repente, Miguel habla:

—Volvió, Fernando.

—¿Quién volvió?

—La leucemia.

Sin perder aparentemente la presencia de ánimo, Fernando pregunta:

—¿Te hiciste algún examen? El último chequeo, de octubre o noviembre, salió bastante bueno.

—Eso es la prehistoria, man. No me he hecho exámenes porque no lo necesito. La conozco, ¿sabes? Sé cómo empieza, cómo viene, a qué huele, cómo es de traicionera y obliga a pensar que no pasa nada cuando aparece uno que otro moradito en el antebrazo, una tímida gotita de sangre en las encías al cepillarse los dientes, una fatiguita de nada al regresar caminando a la casa alguna tarde. Pero yo la conozco, Fernando. Fuimos amantes durante mucho tiempo, y sé qué cara tiene y de qué se disfraza.

—Bueno, lo está diciendo un poeta, Miguel; pero para un médico no basta con eso. Los exámenes son imprescindibles. No se puede partir de una proposición sin fundamento. Si quieres, yo…

—Bueno, Fernando, si quieres, me hago los exámenes por mi cuenta, aunque sé lo que va a resultar. Pero quería pedirte un par de cosas. Y por eso me puse a tomar, para darme ánimo. Pero quiero insistir en ese par de favores.

—Un par.

—Un par, si quieres, después de comprobarlo con los exámenes.

—Ya. Un par.

Fernando finge aplomo, pero bajo la mezcla de las luces del amanecer, con la penumbra mal enfocada del improvisado barcito, de repente se ha puesto muy pálido, y la palidez va en aumento mientras Miguel le detalla el par de favores:

—Si los exámenes resultan positivos, Fernando, sencillamente ya no quiero más tratamiento. No quiero quimios ni radios ni trasplantes, ni nada. Estoy seguro de que en la casa me han de llevar a rastras a un hospital o a cualquier parte para seguir con la tortura, sea cual sea el resultado, y necesito que me ayudes a inventarme algo que los detenga en seco, que los obligue a dejarme en paz. Tú eres médico y sabes con qué se puede encubrir esta cosa, me entiendes, ¿no?

Fernando asiente con un gesto vago. Miguel continúa, sereno y convincente:

—Puede suceder que en algún momento se vuelva insoportable. Solo quien lo ha pasado lo sabe, Fernando. Puede que haya tales dolores, tales malestares que sencillamente ya no dé más, que ya no quiera dar más. Y es allí en donde está el segundo favor.

Fernando se revuelve, incómodo, en su banquito. En los ojos de Miguel hay un conato de humedad, pero igual puede ser por la mala noche, mientras aclara:

—En ese caso, y sin ningún tipo de obligatoriedad, Fernando, si no te resulta muy violento, ¿puedo pedirte que me ayudes a encontrar algún tipo de solución, digamos… drástica?

Fernando niega con la cabeza. Traga saliva, siempre muy pálido. Mira a Miguel, y habla lentamente:

—No debería contestarte porque no sabes lo que me estás pidiendo, Miguel.

—Lo sé, Fernando. Sé lo que te estoy pidiendo. Y también sé otro par de cosas: si conociera a otra persona que pudiera ayudarme en esto, no dudaría en pedírselo a ella. Y si fueras tú quien me lo estuviera pidiendo, con todo y el dolor que me causaría, te ayudaría como mejor pudiera.

—No sabes lo que me estás pidiendo, Miguel. Si lo supieras, seguro que no me lo pedirías. Y pedirlo en honor a la amistad es un ataque artero; pero te lo paso porque insisto en que no te das cuenta de lo que me estás diciendo. Yo no puedo hacer eso. Lo primero, no sé. Pero lo segundo es imposible.

—Claro, el famoso juramento…

Fernando tiene que buscar todos los restos de alcohol acumulados durante la noche en su sangre y su cerebro para tomar valor y explicarle a Miguel el porqué de su negativa. Carraspea, suspira, y responde:

—No, Miguel. No. Óyeme bien porque no te lo voy a repetir. No es solo el juramento hipocrático. Tal vez no debería, pero creo que llegó el momento de contarte una historia: mi historia. Y la vas a oír, ya que me acabas de pedir lo que me acabas de pedir:

«Un día común y corriente de mi vida yo estaba tranquilamente en mi trabajo; alguien le había pegado a un zanquero, y le curaba la cara cuando llegó la directora del Departamento en aquel entonces, con un muchacho unos diez años menor que yo, que iba a ser nuestro nuevo compañero de trabajo. Solo lo miré, pero poco a poco muchas sensaciones que me había jurado aplastar para siempre en el fondo de mi intimidad se despertaron de golpe. Y aun así, quizás en aquel momento no me di cuenta de la magnitud de lo que estaba sucediéndome; solo que después el chico vino con amigdalitis, y más tarde me invitó a los talleres urbanos, y me obligó a invitarlo al cine. Y yo lo veía ir y venir. Visitarme con cualquier pretexto, para conversar. Preguntarme cosas. Lo oía burlarse de mí cuando se me salían las lágrimas en el cine. Lo veía emocionarse a partes iguales con la música de Bach o Villa-lobos y las letras iconoclastas de Molotov y Eminem. Y me defendía todo el tiempo, Miguel, cómo me defendía. Tal vez lo más sensato habría sido desaparecer en aquel momento. Renunciar. Irme. Poner tierra de por medio. Pero no podía. No podía porque estaba seguro de que el dolor sería insoportable, aunque también a veces el disimulo se volvía insoportable, y dolía igual; pero por lo menos tenía esa vitalidad, ese buen humor, la luz interior que aquel muchacho traía consigo cada vez que nos encontrábamos. Y entonces vinieron los exámenes médicos a precio módico, y las terribles noticias que yo mismo en persona tuve que dar varias veces a todos los que preguntaban. Y los días de hospital en que no se te podía visitar. Y el viaje a Cuba, con su tremenda carga de mezcla de sentimientos, hasta que volviste, y ese día, aunque significó un momento de alivio y felicidad, también marcó una decisión. Sabía, supe en el fondo que tu vida se iría por su camino. Quizás alguna muchacha. No sé. Tu carrera. Algún otro viaje cuando ya estuvieras repuesto del todo. Y yo tendría que ser maduro y discreto, como todo el mundo había creído siempre que yo era. Tendría que verte partir, separarte de la cotidianidad del trabajo y las cosas que compartíamos, ser padrino quizá de alguno de tus niños (si ciertas funciones de tu cuerpo habían resistido el rigor de los tratamientos), visitarte de tarde en tarde y hacerme amigo de tu pareja. Tendría que buscar por mi cuenta algo que volviera a encenderme por dentro como tú lo habías hecho, con la certeza de que sería muy difícil encontrarlo. Aprender a vivir así. Eso, durante años, hasta este momento, en el que el puro pánico de que tengas razón me ha dado fuerzas para decirte de golpe la verdad. No puedo, Miguel. No puedo hacer lo que me pides porque te amo. ¿Comprendes? Porque te amé desde el primer momento en que te vi. Y porque inocentemente tú continuaste alimentando aquel amor día tras día hasta volverlo una bola de nieve desenfrenada que me desbarataba por adentro. Te amo, Miguel, y quizá por eso me atrevo ahora a decirte la verdad, tal cual, para conseguir que me odies, que me tengas asco, miedo o lástima, y así ya no me vuelvas a pedir estas cosas nunca más.

Miguel solamente lo mira, incrédulo, casi sin parpadear, y así se queda mientras Fernando pide la cuenta y paga.

—Creo que me voy —dice al final Fernando—. Quizá ya no tiene caso que siga aquí; pero en honor a esa vieja amistad de la que tú mismo hablaste hace un rato, hazte los exámenes, por favor.

Y Miguel, siempre en silencio, permanece inmóvil, mirando al vacío desde su sitio en la mesa del café, mientras en toda la ciudad amanece un siete de febrero cual-quiera, perdido en uno de los primeros calendarios del nuevo milenio.

7

CLEANING OUT MY CLOSET

PÓRTESE COMO HOMBREF, DOC. ASÍ ME DECÍA EN LOS BUENOS tiempos el Miguel mientras me daba un codazo en el cine, único sitio público en donde me permitía abrir las compuertas de la emoción hasta trasponer los límites de la vergüenza. Siempre, todo el mundo ha pensado que soy más bien alguien tranquilo, ecuánime, sereno, dueño de mis emociones y mis reacciones. Y todo eso sin perder la ternura. Un verdadero éxito. Pero no es verdad. Al igual que las salas de cine, los baños de la oficina, y sobre todo cada una de mis almohadas pueden contar innumerables historias y dar fe de que no es así. Lo que pasa es que desde niño supe cómo se castigaban en medios masculinos (y también en algunos femeninos) cierto tipo de reacciones y de actitudes. Por eso comencé a esconderme, no solo para llorar. Escondí todo lo que pude lo mejor que pude. Siempre. Desde uno de los pupitres de mi aula me miraban los ojos negros, rodeados de largas pestañas os-curas, de otro niño, igual que yo, en la edad del despertar. He olvidado su nombre, pero nunca su expresión. Asombro compartido. Sorpresa. Entendimiento. Qué bellos eran aquellos ojos. Como bellos eran en sus gestos y su olor los cuerpos que se empinaban para encestar en los campeonatos internos de básquet. Como bello era el *David* de Miguel Ángel que descubrí en la portadilla de uno de los libros de Anatomía de papá. Y en la clase de Literatura Universal, qué bello era Aquiles soplando tenuemente la arena de la playa en la película *Ifigenia*, mucho más bello que la misma Ifigenia y que la mismísima Irene Papas en su inolvidable interpretación de Clitemnestra. Y el secreto. Porque yo no iba a ser, no quería ser como ese par de niños de un curso inferior que se rizaban las pestañas y aprovechaban cualquier pretexto para disfrazarse de mujer. Eso lo tenía claro: yo no era una mujer. Nunca lo fui. Nunca quise serlo ni parecerlo, más

allá de que fuera bueno o malo. Simplemente, cuando se inauguraban los campeonatos deportivos, mientras todos —o casi todos— los demás enloquecían o fingían enloquecer con las piernas que mostraban las minifaldas de las madrinas, yo me sorprendía esperando con ansia el momento del primer juego, el roce accidental de unos contra otros, los olores recién estrenados, feromonas que herían la placidez del aire, la tensión de los músculos al ir ganando el aro, sentir mi propio cuerpo en aquella pelea que no lo era tanto y disfrutar de su movimiento y del encuentro con los movimientos de los otros. Cuando el Cuico me propuso aquello de ir a «hacerme hombre», le contesté con alguno de los argumentos que manejaban los hermanos regentes del colegio: tal vez que no hay que tener sexo para ser hombre, o que un minuto de inconsciencia te puede costar una enfermedad apocalíptica de por vida (hacía poco Rock Hudson había evidenciado en los mass media el estrago del SIDA, y el pánico cundía entre los padres y educadores de chicos, aunque era evidente que las chicas tampoco estaban a salvo), o que está mal aprovecharse de una pobre mujer que necesita del pecado para poder sobrevivir. Pero la realidad es que no me interesaba. Y la primera vez que fui, casi a rastras y porque de pronto ya estaban comenzando a sospechar, tuve que visualizar la imagen del *David* para mantener la erección hasta el final, porque todo lo demás —una mujercita esmirriada, un catre que olía a la humanidad entera en sus peores momentos, unas paredes tapizadas de mugrientos calendarios de años pasados y, extrañamente, de estampas religiosas— no ayudaba en nada para aquello del erotismo. Pero estaban también los comentarios solapados de todo el mundo, por ejemplo en la semana de las vocaciones: hasta la vida religiosa era para «hombres cabales», hombres valientes y fuertes, capaces de grandes renuncias; en los libros de religión de García Salve: *la construcción del reino de Dios no es para los eunucos* (!); los gritos del profe de Educación Física: ¡ustedes dos, sepárense, que ya parece otra cosa!; las indirectas del hermano dirigente cada vez que íbamos a la casa de retiros: nada de habitaciones dobles, aquí es preferible uno por uno, porque si no el diablo puede empujarles a algunitos; la clase de Psicología, en donde la profesora nos hablaba del tema con cierto temor y decía que a veces, en la adolescencia, se manifiesta alguna tendencia, pero después puede pasar, que para su modo de ver se puede hablar de un tipo de inmadurez, algo así; y yo de repente evaluando mis afectos por el Cuico Merizalde, por el Simón Ruiz, por todos ellos, y preguntándome en el fondo del alma si la amistad de repente no puede ser, legítimamente, algo así de profundo sin más complicaciones, hasta que llegó el entierro de papá y en el momento más duro, cuando hay que dejar al muerto en el sitio que le corresponde y toca volver a la casa a recoger el resto de la vida y reorganizarlo como mejor se pueda, mientras la gente hacía cola delante de nosotros para abrazarnos y ya no había manera de controlar las lágrimas, vino el Cuico, tan flaco como solo él era, también un poco lloroso, creo, contagiado de mi dolor tal vez, y me apretó por los hombros y la espalda con la fuerza que da el cariño en momentos de pena; entonces, sin preverlo, sin presentirlo, sentí aquel brusco endurecimiento entre las ingles y fingí que el llanto arre-ciaba para tener el pretexto de separarme antes de que se diera cuenta, escondiendo la cara entre las manos y preguntándome en medio de incontrolables sacudones qué clase de pervertido es aquel que se excita hasta la erección con el abrazo de su mejor amigo del colegio en el

momento final del entierro de su padre. Nunca le hablé a nadie de esto, en aquel entonces, al menos. Me sentía obligado a responder en muchas direcciones desde mi posición de primogénito graduado de huérfano antes que de bachiller: responder a mi pobre madre viuda, que sufría tanto. Responder a la memoria de mi padre, que aunque jamás impuso nada siempre se hizo ilusiones respecto de mí, más inclusive que respecto de mi hermana. Responder a aquel Dios en el que todavía no había dejado de creer, aunque ya comenzaba a tener mis sospechas de que las cosas no eran tal como me habían dicho. Responder a todos y cada uno de mis profesores. Responder a mis compañeros de curso y a su invalorable solidaridad en mi momento de dolor. Responder a mis compañeros de la selección de básquet cuyos cuerpos ya no deberían gustarme nunca más para así no faltarle al respeto a la amistad, y de paso también librarme de otro terrible estigma aparte del de no ser futbolista. Responderme a mí mismo, porque era pecado, y el hermano de religión decía que lo peor del pecado es que se vuelve hacia nosotros mismos, que aunque matemos, robemos o forniquemos con o contra otros, la víctima siempre somos nosotros, víctimas de condenación eterna, además. Entonces, cuan-do ya pasó un poco el luto, comencé a tratar de fijarme más en las muchachas: en las madrinas de los equipos de deportes, en las chicas de la Universidad que quedaba tan cerca del colegio, en las hermanas de mis amigos, en sus novias... Y cuando me gradué y me fui a estudiar Medicina, seguí luchando por desviar mis ojos hacia mis compa-ñeras, aunque todas fueran tan estudiosas y preocupadas por su futura vida profesional que ahuyentaban hasta al más macho. Y volví al burdel, ya solo, a probar que podía. Y estaba tan convencido que hasta pude todas las veces que fui, aunque en realidad no sé hasta qué punto me llegó a gustar. Y alguna vez hasta le confesé mis temores a una de aquellas muchachas que han aprendido, sin pasar por un seminario mayor, la drástica obligatoriedad de un secreto de confesión. Tenía tanto miedo que nunca tenté con ningún travesti o transexual. Les huía. Quería ser aquel hombre que mi padre había soñado antes de morir. Se lo debía, así como para seguir pagando la deuda de sus sueños me había forzado a abandonar la música, o lo que es peor, a dejarla en el humillante plano de *hobby* o *afición* a cambio de seguir sus pasos de salvador de la humanidad... bueno, sin exagerar, de la parte de la humanidad que corresponde a las mujeres de clase media y media alta de Quito, amén de algunas otras pobres a quienes les dedicaba algo así como cuatro horas a la se-mana y un sábado al mes en el dispensario de una fundación de voluntariado.

Y fue así, en esa lucha interior de la que nadie tenía noticia debido a la imperturbabilidad de mi rostro, cómo llegué a conocerle a la Martina De la Torre en una fiesta de la Escuela de Trabajo Social de la PUCE. Aun para mí era una mujer impresionante: alta, morena, de ojos gran-des color miel, cabellera exuberante y con una personalidad nada despreciable. No sé por qué me lanzó los perros, como decíamos, pero sí sé por qué los recibí con beneplácito: la aquiescencia de aquella mujer era la doble confirmación de que yo no era lo que creía ser, o de que estaba dejando de serlo, y de que me había insertado con éxito en el mundo de los que se creían *normales*. Ambos queríamos salvar a la humanidad, o nos mentíamos aquella bondad para consolarnos de nuestras mutuas falencias. Y ambos nos creímos esa y

otras mentiras. Y llegamos a creernos tantas que finalmente terminamos haciendo promesas frente al altar de la iglesia de La Compañía una noche cualquiera del mes de agosto, frente a nuestras llorosas madres y a un solo orgulloso padre que creía que había hecho el negocio de la vida al casar a su hija con un aspirante a apóstol de la ciencia y la solidaridad humana. Pero tarde o temprano salta la liebre, y aquí saltó más temprano que tarde. Para qué abundar en detalles: no llegó a durar dos años. Todavía recuerdo el gesto aquel con el que se fue del departamento a la casa de sus padres, y su frase de despedida, lapidaria y despectiva:

—Tal vez lo que yo necesite también sea otra mujer.

Y sin embargo, nadie se enteró de nada. Fue discreta y leal, y se lo reconozco. Ahora está casada con otro médico y tiene dos hijos. La vida le recompensó sin que tuviera que buscar aquello que creía necesitar. Yo me fui a la Argentina a hacer un postgrado en Medicina Familiar y Comunitaria, pero también a ver si de alguna manera me encontraba. No quería nada de psiquiatrías ni de cosas parecidas. No quería indagar desde la ciencia ni desde la práctica. Simplemente quería estar conmigo, dejar de latiguearme y azotarme por algo que, en fin de cuentas, no era mi culpa, que posiblemente ni siquiera era una culpa. Y de pura casualidad una tarde, en un almacén de libros usados, me topé de manos a boca con la poesía de Federico García Lorca que entre tanta casada infiel y verde que te quiero verde nadie nos había querido enseñar en el colegio: *Ni un solo momento, viejo hermoso Walt Whitman, he dejado de ver tu barba llena de mariposas, ni tus hombros de pana gastados por la luna, ni tus muslos de Apolo virginal, ni tu voz como una columna de ceniza; anciano hermoso como la niebla que gemías igual que un pájaro con el sexo atravesado por una aguja, enemigo del sátiro, enemigo de la vid y amante de los cuerpos bajo la burda tela.* Me quedé inmóvil frente a aquel libro con olor a papel guardado que mis propias manos sostenían, donde ya comenzaban a emborronarse dentro de mis ojos las palabras *Porque es justo que el hombre no busque su deleite en la selva de sangre de la mañana próxima. El cielo tiene playas donde evitar la vida y hay cuerpos que no deben repetirse en la aurora. Agonía, agonía, sueño, fermento y sueño. Este es el mundo, amigo, agonía, agonía. Los muertos se descomponen bajo el reloj de las ciudades, la guerra pasa llorando con un millón de ratas grises, los ricos dan a sus queridas pequeños moribundos iluminados, y la vida no es noble, ni es buena, ni es sagrada,* y mientras escondía contra la estantería de la tienda las lágrimas que me arrancaban la maravilla y el asombro de descubrir en la poesía lo que ni la medicina ni el buen comportamiento me habían podido dar, logré por fin reconocerme en *Por eso no levanto mi voz, viejo Walt Whitman, contra el niño que escribe nombre de niña en su almohada, ni contra el muchacho que se viste de novia en la oscuridad del ropero, ni contra los solitarios de los casinos que beben con asco el agua de la prostitución, ni contra los hombres de mirada verde que aman al hombre y queman sus labios en silencio.*

Y entonces allá, lejos de todo, me atreví a vivir como lo que era, y tuve alguna pareja, y seguí estudiando ya con más calma y tranquilidad, y aunque no llegué a evidenciar nada abiertamente, también dejé de esconder como un criminal aquellas cosas que creía señales infalibles de mi

orientación sexual. Solo que en algún momento me tocó volver. Ni siquiera sé por qué me decidí. ¿Nostalgia? ¿Remordimientos? ¿Alguna especie de *karma,* tal vez? Nunca me lo podré explicar. Me habría gustado ser lo suficientemente valiente como para regresar sin secretos ni disimulos; pero estaban la Gaby y sus dos pequeños hijos, mi cuñado, el Lucho, mejor conocido como «El Miamor» Rojas de Simpson, y sobre todo estaba la mami y toda su generación a la expectativa del regreso del *self made man* que yo era después de haber toreado la orfandad temprana y el divorcio con entereza y valentía, y más que nada después de haber llegado a la culminación de algo así como un historial académico respetable y haber cumplido con la ecuatorianísima aspiración de estudiar en otro país para que los demás crean que uno sabe algo. Mi tío Ernesto Carrera, el otro médico, quiso endosarme una colaboración en su consulta, pe-ro yo tenía otros planes, el primero de los cuales era no deberle nada a nadie, y quizá por eso caí redondo en la burocracia y me negué rotundamente a pasarme medio día atendiendo un consultorio si la otra mitad ya iba a estar en lo mismo, con el pretexto de que necesitaba tiempo libre para ubicarme. Quería ir al cine. Quería encerrarme días enteros con mi piano y mi guitarra. Quería leer. Quería estar conmigo y no a las órdenes de nadie más, raras ideas para un médico familiar y comunitario recién graduado.

Qué sabía yo que un medio día cualquiera, de refilón, mi destino y el de Miguel se iban a cruzar así, sin previo aviso, y todo se me iba a descolocar de tal manera, porque hasta entonces aquello que llaman enamorarse no había tenido para mí ni un nombre ni una figura tan definida, y para colmo de males, el Miguel tenía que ser hétero, a veces inclusive con ínfulas de machito, de donjuán; con alguno que otro escape a la homofobia, sobre todo en los chistes. Y sin embargo, con aquella irreverencia, con aquella frescura, con aquellas ganas de vivir que se le sobreponían al resentimiento contra la repetitiva y más bien vulgar historia de sus padres así como contra todos los demás dolores de la vida; con su agnosticismo mucho más agresivo que el mío, con sus incontrolables palabrotas, con sus poemas, tal vez todavía un poco ingenuos, pero que ya mostraban un material confiable, según más de un entendido. Miguel, compañero de tantas noches a carcajadas o a caballo de la nostalgia, con o sin copas. El cuerpo de Miguel, para nada el del *David* de Miguel Ángel, sino más bien el de un adolescente esmirriado que prefería ignorar cualquier moda y crear sus propios rituales de comodidad y gracia, ese cuerpo que a veces se me confundía en palmadas en la espalda, que se me acercaba en los típicos comentarios en voz baja de los cines, que se me escapaba al profanar mi apetencia mientras se iba con alguna mu-chacha de la calle o con alguna amiguita de aquellas que tuvo durante todo el tiempo que fuimos panas; ese cuerpo que, aún vetado, se me insinuaba en los típicos abrazos de los cumpleaños o de las despedidas. Ese cuerpo que final-mente nos traicionó a todos y creó su propio infierno, igual que el de un arcángel caído en algún lodazal. Miguel y sus ojos verde aceituna en los que siempre aleteaba una melancólica expresión de travesura. La voz de Miguel, enganchándose en los textos de las lecturas de los talleres urbanos y de los recitales nocturnos. Las manos de Miguel, estrechándose contra las mías en cada saludo, cada mañana. Miguel y su sonrisa entre desvalida y cínica. Miguel y sus confidencias cada vez más de tarde en tarde, hasta la espeluznante ronda final. Simplemente Miguel. Siempre Miguel, como una

enorme y luminosa llaga en aquella parte del alma o de la psique en donde los afectos se impregnan y perduran.

—Feliz sábado.

Fernando parpadea y se frota los ojos. La silueta delgada que se perfila tras la puerta entreabierta se ase-meja a una borrosa caricatura de Miguel.

—Perdóname, no te quería despertar.

Fernando se frota los ojos otra vez:

—Así veo.

—¿Puedo pasar?

—Pasa.

—Es que venía... Bueno, andaba por ahí, y dije: si estoy cerca, ¿para qué me voy a ir a la casa y después regresar?

Fernando abre la puerta un poco más e insiste:

—Pasa. Entra.

—Si quieres, yo me siento aquí en la sala y espero hasta que duermas un poco más.

Fernando sonríe sin fuerza. Está descalzo, despeinado, con los ojos irritados, y viste una camiseta y unos boxers con los que siempre duerme. Cierra la puerta, ahogando un bostezo, y contesta:

—No, pues, ya no. Voy a ponerme unos pantalones, porque hace frío. ¿Qué hora es?

—Las cinco y media.

—Ya. ¿Te tomas un café?

—Bueno.

Mientras Fernando se viste, Miguel observa la salita del departamento: los estantes de libros, desmantelados; varias cajas en donde descansan unos cuantos objetos, y el hueco del piano, tan grande que duele. Fernando sale, un poco más compuesto, con un calentador y los lentes, pero aún bostezando.

—¿Qué hiciste con el piano? —pregunta Miguel.

—Le llevé a donde mamá. Sabes que me voy, ¿no?

—Sí. Me acaba de contar la Misú. ¿Al Oriente es?

—Siéntate. Sí, al Puyo, a trabajar en proyectos de salud.

Miguel se sienta frente al mostrador que separa la cocina de la salita. Sonríe débilmente y anuncia:

—Me hice los exámenes.

—¿Y?

—Aquí están los resultados —coloca los papeles encima de la mesa.

Fernando los mira. Palidece. Vuelve los ojos hacia una pared en donde no los alcance la mirada de Miguel. Suspira.

—¿Ves como no me equivocaba? —murmura Miguel, siempre sonriendo melancólicamente.

En silencio, mordiéndose los labios y procurando esconder la cara, Fernando prepara un par de jarros, aco-moda los insumos para el café en el mostrador: azúcar, cucharitas, servilletero... Miguel también suspira:

—Yo no quisiera molestarte, Midoc, ni perturbarte; pero no veo por qué tengas que irte.

—Creo que es lo mejor para todos.

—¿También para ti?

—Para todos.

Despacio, en un raro gesto, Miguel levanta las manos hacia la cabeza de Fernando y le quita los anteojos con mucho cuidado:

—¿Te dormiste llorando?

Fernando parpadea, sonríe a medias, con una infinita tristeza:

—El joven observador. No sé. Me dormí tarde. Ya está el café.

—Si es por mí, no tienes por qué irte.

Fernando se pone los lentes otra vez y coloca el café en los jarros:

—No es por ti, Miguel. Es por todo, y más que todo, es por mí. ¿Quieres bien cargado tu café?

—Como esté, gracias.

Fernando busca en los gabinetes:

—Por aquí... unas tostaditas...

—Por catorce... o ya, por quince de febrero, te traje algo, Midoc.

—¿Qué?

Fernando vuelve los ojos hacia el mostrador de la cocina. Allí está un libro, de viejo y de Alianza Editorial, como otro de hace tiempo. Alcanza a leer sobre la tapa: *Luis Cernuda. Antología poética*.

—Ahora sí te escribí una dedicatoria —confiesa Miguel.

Fernando deja los jarros sobre el mostrador. Toma el libro, lo abre en la primera página y lee en silencio:

Para Fernando,

por el secreto calor

y el precioso color

de tu amistad,

Miguel

14-02-2...

Despacio, suave, como un murmullo leve que rebasa el silencio, la voz de Miguel repite:

—*...si como muros que se derrumban, para saludar la verdad erguida en medio, pudiera derrumbar su cuerpo, dejando solo la verdad de su amor...* Así dice, ¿no? Página cuarenta y cuatro, creo —y pone un par de cucharaditas de azúcar en su jarro, mientras sigue hablando con voz pausada—: estuve pensando mucho en lo que me contaste hace ocho días. Para mí fue un golpe, y no creo que te moleste que te lo diga. Yo no me lo esperaba. Tú eras mi pana, mi carnal, como dicen. Mi amigo de mi al-ma. Así te vi siempre. Y créeme si te digo que ni con el Santiago tenía tanta confianza ni tanta cercanía. Nunca había tenido un amigo como tú, Fernando. Pero, al mirar esa amistad en retrospectiva, puedo advertir que desde siempre estuvo repleta de señales: esa manera de cuidar-me, que yo atribuía a un gesto más bien fraternal, de hermano mayor responsable del pequeño; ese modo de mimarme, de complacerme en mis caprichitos de guambra malcriado sin preguntar mucho; cuando te conté lo de la Pauli Romero y las cagadas en el departamento contiguo, y me dijiste que no me creías porque yo era increíble, ¿te acuerdas, Midoc? Y me veías con tanto cariño en esos ojos de ebrio, empañados detrás de los lentes de cerco dorado que tenías en ese tiempo. Y tu cara cuando tu-viste que avisarme lo de la enfermedad. Tu nariz, roja, igualito que al salir del cine. Tuve rabia, Doc, cuando me contaste lo que me contaste. Tuve miedo. Jamás asco ni lástima, Midoc. Pero sí mucho miedo y mucha rabia porque no me lo esperaba. Me acordé de cómo nos pusimos cuando regresé de Cuba. Ese abrazo tuyo que fue lo único que me quebró después de mi venida del horror de todos esos tratamientos. Y ahora sé que lo que me quebró era precisamente la certeza inconsciente de tus sentimientos hacia mí, de todo ese amor represado. Ahora, en esta semana, mientras lo pensaba y lo repensaba me daba cuenta de todo lo que habrás sufrido durante todo este tiempo... ¿Me pasas una servilleta, por favor?

Fernando se la alcanza. Miguel la aprieta contra los párpados durante un rato. Cuando la retira, tiene la nariz enrojecida y los ojos inyectados, pero toda la humedad se ha quedado en el papel, mientras suspira:

—Puta, cómo odio llorar. A vos te encanta, ¿no?

Fernando sonríe a medias:

—No me encanta. A veces toca y no me defiendo mucho, eso es todo. Pero yo también odio que tú llores.

Miguel se suena con la servilleta, y repite, tras un suspiro:

—A veces toca —toma un sorbo largo de café, sus-pira otra vez, sonríe—. Qué buen café preparas, Fernando. ¿Tú no tomas?

—Estoy tomando.

Miguel bebe un par de sorbos más, y dice, serio:

—Llévame contigo, Midoc.

—Estás loco.

—No. No estoy. Mira, inventamos cualquier cosa y me voy contigo al Puyo hasta que pase lo que tenga que pasar.

—¿Y tu familia?

—Mi familia... No sé. Cada uno tiene su vida: la mami, con su Carbonell. La Rosi, con su embarazo. El Santiago piensa irse a no sé dónde con su cubana recién llegada después de años de separación, los dos andan buscando postgrados y becas. La Mari, estudiando en el Canadá, ya mismo nos ha de salir con que vive con algún gringo o cosa parecida

—¿Y tu papá? ¿Tus otras hermanas pequeñas?

—Esa no es mi familia, Doctor. Esa familia es a la mía lo que el protestantismo al catolicismo: una secta. Una escisión. El producto de un cisma. A ningún protestante o evangélico le vale un huevo lo que le pase al Papa o a sus seguidores, ¿no? Cuando mucho se enteran, nomás.

—Pero si la Mari está en el Canadá, tú podrías, de repente...

—No, Fernando. Yo ya no puedo. No quiero. Te lo dije muy claro. No quiero un pinchazo más en ninguna parte, y si le puedo ahorrar a mi familia todo ese dolor...

—... voy a tener que pasarlo yo. ¿De eso se trata? Además de que al final ellos van a sufrir igual, o peor. Y van a creer que la culpa de todo es mía.

—Te defiendes muy bien, y tienes razón. Pero quiero que sepas algo: cuando acudí a ti no sabía nada. No quise, ni quiero aprovecharme de nada. Ahorita se me ocurrió que, de repente, no te molestaría llevarme. Yo tengo algunos ahorros, Fernando. No sería una carga. Económica, quiero decir. Ve: le pregunté el pronóstico a la doctora del laboratorio, y casi llora, o sea que no es bueno, y por lo mismo no será muy largo. Ahora que, si no puedes, no quieres, o te resulta demasiado terrible, todo lo cual es legítimo, de todas maneras me voy a borrar antes de que las cosas se evidencien más, con tu ayuda o sin ella. Eso está decidido, Fernando.

—¿Me estás presionando?

—Tómalo como quieras. Te estoy diciendo lo que pienso hacer. Es todo. Eres un hombre adulto, Fernando, nada te obliga conmigo.

—Contigo me obligan muchísimas cosas, Miguel, pero no a secundarte en un suicida acto de locura y autodestrucción, provocado quizá por una angustia momentánea. No puedes decidir algo así sin meditarlo por lo menos unos

días, sin consultar con alguien más que con tu almohada repleta de pesadillas.

—No es necesario ser ofensivo, Doctor.

—No es ofensivo, Miguel. Es así. ¿Qué me pides? ¿Que te vea languidecer, agonizar y morirte a mi lado sin mover un dedo para impedirlo? ¿De qué crees que estoy hecho?

—Bueno, bueno. No es para ponerse así. Si te resulta tan violento, perdóname. Lo dejamos ahí.

Fernando se limpia la cara por debajo de los lentes, furioso consigo mismo por haber vuelto a perder el con-trol, y después habla, dominándose:

—Soy un médico, Miguel: mi función es hacer todo lo posible por salvar vidas. Yo no estoy de acuerdo en conservar cuerpos en función vegetativa irreversible, consumiendo recursos que se podrían emplear en atender a personas más necesitadas; pero ese no es tu caso. Tienes veinticinco años, Miguel. Lo tuyo se trata, se cura, lo viste una vez.

—No vi nada. Fue un engaño. Volvió. Se durmió un tiempo y regresó. Y seguirá regresando por más que me sigan poniendo médula ósea de toda mi familia y de toda la humanidad por los siglos de los siglos.

—Eso pasa, Miguel. No eres el único. Y la gente vuelve a tratarse. Entiendo que es costoso, que duele, que es duro y difícil; pero hay posibilidades, eso está bien documentado.

—También está bien documentado que en recaídas el pronóstico no es tan bueno.

—No es *tan* bueno, tú lo has dicho. Pero se puede intentar. ¿Por qué rendirse antes de empezar la guerra, Miguel?

—Porque se conoce bien al enemigo, Fernando. Porque sé que con la tortura del tratamiento solamente postergaré sus lágrimas, pero igual van a llorar más temprano que tarde. Y porque me parece que uno de los máximos actos de libertad que una persona tiene es poder decidir entre una vida miserable y una muerte quizá prematura, cosa de los dioses tal vez, pero sobre todo una muerte digna y humana, que es lo que yo quiero para mí.

8

SALVO EL CALVARIO

Si el amor fuera un ala.

LUIS CERNUDA

TRATÁNDOSE DE AMOR, ¿CUÁL SERÁ LA CONDUCTA MÁS correcta? «Quien bien te quiere te hará llorar», reza un viejo refrán, muy socorrido en aquellos ámbitos de maltrato familiar en los cuales el cariño se confunde con los golpes y otras cosas peores. ¿Pero qué hacer cuando la persona amada va a tener que llorar de todas maneras? ¿Es lícito y válido presionar para que los motivos del llanto sean unos y no otros? Obviamente, también cuenta el sistema de valores de uno: defender la vida, evitar o postergar la muerte en cuanto nos sea posible, para eso me hice médico. ¿Pero hasta qué punto se puede considerar una vida aquello de quimioterapias, radioterapias, trasplantes, fiebres, vómitos, calvicies, miedo paralizante a las infecciones, todo en pos de una recuperación que sabemos ahora más improbable que antes? ¿Hasta qué punto la muerte no viene a ser, en algunos casos, la liberación total del sufrimiento y del desconcierto? «Igual van a llorar más temprano que tarde», dijo Miguel, sentado frente al mostrador de mi cocina, serio como nunca, tajante, decidido; y yo pensé que podía tenderle alguna trampita, la infidencia de prometer que nadie lo sabrá y a la vuelta de la esquina correr a contárselo a Santiago, a Margarita, a Carbonell tal vez (a la Rosi no, porque está en la última etapa de su primer embarazo, y tampoco a la Mari, porque allá, en Canadá, no ha de poder hacer mucho por nadie); pero de repente también pensé en la reacción de Miguel, y aunque creía haber superado mucho de la pasión de los primeros meses, hacía ya tanto tiempo, la idea de su repudio se me hizo inclusive más insoportable que la de su desaparición. Desde uno de los pupitres de mi aula me miraban los ojos negros, rodeados de largas pestañas oscuras, de otro niño, igual que yo, en la edad del despertar. Qué bellos eran aquellos ojos. Como eran increíblemente bellos los ojos de Miguel, fijos en los míos desde su cara un poco cetrina por la enfermedad que regresaba, como una traición de Dios, a enfrentarnos con la fragilidad de todos los seres, y más que nada de los que amamos. ¿Y entonces, qué es amar? ¿Salvar a la fuerza la vida de quien ha optado por «una muerte digna y humana» como un supremo acto de libertad? ¿Complacer lo que parece ser el capricho de una persona que en fondo del fondo está aterrorizada y solo quiere escapar? ¿Hacerle entrar en razón con argumentos? ¿Y será mismo que no tiene la razón? En una película reciente, una prostituta gorda y hombruna comete una serie de crímenes impensables por amor a una muchacha pequeña y esmirriada, que en el momento de la verdad la abandona y le vuelve la espalda. ¿Me estaré convirtiendo yo en un *monstruo* similar al representado por Charlize Theron mientras miro los ojos de Miguel que se enfocan en los míos y dudo sobre qué es lo mejor que se puede hacer? ¿O es Miguel ese pequeño y diabólico duende que, como la muchachita personificada por Cristina Ricci, me quiere empujar impunemente hacia la oscuridad? Solo que en este caso ninguno de los dos se salvaría, y de ninguna manera. No habría faltado quien me dijera que en un dilema semejante lo mejor sería hacer caso a mi corazón; pero para empezar no es el corazón, sino el hipotálamo, ¿no? y para continuar, *corazón* es una palabra demasiado desgastada por la mala poesía y también por la buena, por los libros de autoayuda y por casi todas las religiones existentes o por existir; pero aún si así no fuera, ¿qué me diría mi corazón, o

mi hipotálamo, o la enredada madeja de mis sentimientos hacia Miguel? No sé. No lo sé. Tal vez que quien bien te quiere no te hará llorar si puede evitar tus lágrimas, y si mismo toca, más bien te abrazará, te acogerá, te acunará, si eso es posible, y hasta se quedará a tu lado para llorar contigo mientras haga falta. Tal vez que quien bien te quiere comprenderá tus razones y tus motivos sin apabullarte con argumentos que provienen de viejos libros de catecismo, de encíclicas papales, de textos de ética profesional, y más que nada del pánico a tener que probar eso que un poeta cubano llama *el privilegio de ver morir*. Quizá, como para la antigua Sirenita del cuento de Andersen, el amor consista en desintegrarse hasta convertirse en espuma antes que en usar el cuchillo solamente para conseguir poseer; en acompañar y mirar cómo las cosas suceden porque así tiene que ser, no más, sin que el miedo a los inevitables desgarramientos interiores nos dicte desesperadas soluciones, que en el fondo no son más que pruebas de nuestro imponderable egoísmo.

En todo eso pensé y repensé mientras discutíamos y mis razones se deshacían lentamente bajo sus argumentos. Todas esas y muchas otras más preguntas me hice a medida que nos poníamos de acuerdo en lo que íbamos a decir, en lo que íbamos a hacer y en cómo íbamos a torear las interrogantes, las proposiciones de visita y otras cosas. En un momento, le sugerí que esperara a que naciera su sobrino, y sonrió deteniendo con las justas la humedad en los ojos mientras me respondía, certero:

—Lo que menos quiero es ir a encariñarme con ese niño.

Era una suerte, en medio de todo, pues el niño con-centraría durante cierto tiempo la atención de todos, y hasta podría amortiguar —para ellos— el dolor de la pérdida. Por mi parte, ya no pensé mucho en mí. Me arrojé al vacío sin abrir el paracaídas, creo, pues quizá desde la puerta del avión las cosas se ven distintas que a dos segundos de estrellarte contra el suelo. No sé. A estas alturas ni siquiera recuerdo bien cuáles fueron los planes exactos ni cómo organizamos todo hasta terminar, de repente, embarcados en un bus de la cooperativa *Baños*, sentados el uno al lado del otro, con nuestras maletas en el portaequipajes de abajo, mirando la vegetación cada vez más abigarrada que atraviesa ese río tan inquieto y correntoso que nadie se toma la molestia de buscar lo que se cae, se pierde o naufraga en alguno de los incontables accidentes que suelen suceder en esta parte del mundo. Te conocí. Probé el sabor de tus labios como quien no dice nada. Te supe amándome en el silencio de la oscuridad, cuando tu respiración acompasada creía acompañar mi sueño desde la almohada contigua. Ahora sé que las cosas comenzaron mucho antes. Y no solo para ti. Es posible que también a mí me haya cautivado la sonrisa aquella con la cual me diste la bienvenida mientras le remendabas la cara a un zanquero boquisuelto y pendenciero. ¿Qué habrá sido de él? Lo mismo que de todo, su-pongo. Ahora, frente a esta ventana de la que ya no tengo fuerzas para alejarme, miro el río pasar mansamente por el otro lado de la calle. Nunca se detiene, ¿has visto? Tú y todos me van a decir que es obvio. Pero no tanto cuan-do se trata del río de la vida. ¿Te conté que una vez vine acá, a esta misma ciudad, de pequeño, con la mami? Es que yo no me llevaba bien con el papi, y mientras todos los demás se fueron con él a Salinas, ella me trajo en un viaje bastante accidentado: hubo derrumbes, muertos, carretera cerrada

durante varios días. La gente decía que no hay que perder tiempo buscando lo que se cae al río en las estribaciones de la montaña. Para qué, si se destroza contra las piedras y el furor del agua lo desintegra. ¿Así mismo será con la vida, Fernando? ¿Será que eso pasó con el amor que se juraron mis padres supuestamente ante su Dios, con la existencia de tu viejo, con el compro-miso que firmamos llorando la Pauli Romero y yo antes de separarnos, con el matrimonio que te inventaste para sentir que eras *igual* a todo el mundo, con la teología para laicos comprometidos con su fe de la Misú, con mi salud y con todo lo que alguna vez creímos conocer y poseer? Solo que en lugar de dejarlo ir somos lo suficientemente necios como para empeñarnos en buscarlo en el torrente, y entonces nos destrozamos contra las piedras y nos desintegramos en el inmisericorde furor del agua que nunca se detiene. Qué fue conocernos, Midoc, qué fue hacernos amigos, compartir cosas y querernos tanto sin decir nada. Qué fue de las películas, de la música, de las viejas confidencias, de la risa, de las terribles verdades finalmente evidenciadas. Todo se ve tan lejos ahora. Lejos, como en algún momento se vio para mí la sonrisa de mi tío Aurelio en su lecho de muerte, diciéndome que fuera a su biblioteca para escoger los libros que quisiera, y diciéndome que si alguna vez hubiera tenido un hijo le habría gustado que fuera como yo. ¿No será, Fernando, que desde su lugar del paraíso, el Hades, el nirvana o lo que sea, de repente se sintió solo y por eso me mandó a buscar con la misma enfermedad que en algún momento se lo llevó a él? Parezco una vieja, ¿no? con esas conversaciones llenas de coincidencias y peregrinas conclusiones acerca de los misterios con que la vida nos sorprende a cada paso, que en realidad no tienen ninguna explicación, y si la tienen, tampoco interesa encontrarla.

Allá en Quito todos están tan felices con el nuevo sobrino, hijo y nieto, que por suerte se han vuelto a olvidar un poco de mí. Ya casi ni llaman, y eso es bueno, porque así no van a oír esta voz en la que el aire se diluye y el dolor se resquebraja y la pena de no volver a verlos más es como una mordaza que encadena las palabras. Pero es mejor así, Fernando, y tú lo sabes tan bien como yo. No quiero que te sientas culpable. No quiero tener que ver otra vez cómo tu nariz se dilata y enrojece sin que puedas hacer nada mientras buscas en el acervo de tus conocimientos las palabras más adecuadas para hablar de mi enfermedad sin mencionar explícitamente su nombre y sus apellidos, porque tiene dos, ¿te acuerdas? Es de alcurnia esta cosa. La verdad, ese día yo pensé que era VIH o algo así. Pero no. A pesar de mi mala conducta, Dios me mandó una dolencia que más bien figura como un mal de personas excepcionales en la revista *Selecciones*, y que también ha cobrado la vida de algunos ídolos nuestros como Cortázar, Bartok y hasta Eduardo Kingman, o la prócer de la educación, doña María Angélica Hidrobo. Qué honor, ¿no? Como si de algo sirviera. Como si algo sirviera de algo, Fernando. No quiero que te sientas triste, pero tampoco soy tan imbécil como para pedirte, entre dramático y heroico, que no llores por mí, porque sé que de todas formas vas a hacerlo, tal cual lo haría yo si el caso fuera al revés. Pero finalmente creo que el que sacó más provecho de todo fui yo, Fernando. Saqué provecho porque después de un par de decenas de mujeres, de unos coqueteos con drogas ilegales, de un romance tórrido con el alcohol más peligroso y barato, después de la radioterapia, los cócteles de quimioterapia y el trasplante de médula que también me tocó

probar como parte de mi peripecia vital de casi un cuarto de siglo, decidí que la única experiencia que me quedaba por pasar era la del abrazo total con otro hombre. Yo aún no sabía o creía no saber nada cuando sentí el regreso de la enfermedad y acudí a ti para pedirte que me ayudaras a bien morir en el sentido menos cristiano posible de la expresión. Y sin embargo, creo que, de alguna manera, sí lo sabía. Inconscientemente, en el fondo de mis percepciones, se pasea el recuerdo de tu cumpleaños, cuando te regalé el libro de poesía china y de repente no resististe la evidencia de todo y te derrumbaste silenciosamente delante de la Misú y de mí; o la sombra de tu cara al abrazarnos en el aeropuerto mientras yo te decía «por qué no me acompañas tú, Midoc» y sentía la tensión de tu pecho y la saliva pasar a litros por tu garganta en el esfuerzo de no terminar uniéndote al coro de lamentaciones que interpretaba mi familia en pleno. Pero hay otras cosas, Doctor, otros momentos que para mí tienen mucho más valor: las idas al cine cada viernes, u otros días, con cualquier pretexto; la expulsión del karaoke de José Luis Perales, el viaje a Latacunga ese mismo fin de semana; todos esos talleres urbanos, y qué bonito que les leías «Bordas de hielo» y «Un hombre pasa con un pan al hombro» a cada jubilado, a cada lustrabotas, y a cada dependienta de almacén del Centro Histórico; o tu gesto conmovido o divertido al escuchar mis historias y mis teorías, al acolitarme en las travesuras que en aquel entonces todavía tenía ganas de hacer. Fuimos felices, Midoc. Fuimos tan felices con tan poca cosa y en tan poco tiempo, que tal vez el camino de mi muerte y el resto de la vida de los que quedan se vean iluminados durante un gran trecho con la luz de todas esas sencillas alegrías compartidas. Te lo digo a riesgo de parecer el colofón de la hojita *Luz del domingo* que mis hermanas traían al volver de la misa semanal. Pero también te lo digo porque lo creo, aunque no haya creído en nada más desde que era un peladito de doce o trece años.

A veces tengo un sueño, ¿sabes? Sueño que se abre la puerta del departamento y aparecen la mami, o el papi, o la Rosi con su niño, o el Santi, o hasta la Mari. Es una especie de pesadilla en la que, sin embargo, soy yo el personaje más cruel, el asesino que les canta la verdad sin escalofríos y los ve descomponerse y destrozarse como figuras de cartón en el fuego. Solo que anoche, al abrirse la puerta, no era ninguno de ellos, sino mi tío, Fernando, mi tío Aurelio, bien vestido, como siempre, con su terno oscuro de las ocasiones especiales, atildado, sonriente pe-ro calvo, como lo dejaron finalmente los tratamientos que no sirvieron para nada más que para eso. Saludó. Sonrió. Me preguntó qué había de nuevo, y yo le conté las últimas cosas. También me preguntó si había leído todos los libros que me dejó de recuerdo. Y le dije que sí, claro. Me tendió la mano, como llamándome. Entonces le hablé de ti, sin temor ni remordimiento: de tu manera de cuidar mi sueño, de tus dedos de tarde en tarde recorriendo por la guitarra la música de Bach, Villa-Lobos o Weiss en la penumbra de la sala o del dormitorio; de tu acolite, que tú mismo crees que es un pecado o un crimen y sin embargo lo haces desde el fondo de tus entrañas, o sea desde el fondo mismo de tu amor, y no me dices ni una palabra al respecto, de cómo a veces maldecimos juntos a la vida y a sus maneras de escaparse y tenemos largos y terribles momentos dolorosos y crepusculares, y de cómo otras veces en cambio nos molestamos el uno al otro, y bromeamos, y nos tiramos almohadones, y jugamos baraja y damas chinas, y nos reímos del

pasado y del presente y ni pensamos en el futuro porque ya no hay; de cómo me das medicamentos que pretenden aliviarme y me acomodas las almohadas y cuidas que no esté mucho tiempo en la misma postura y me acercas a la ventana y desde el trabajo llamas a cada rato para ver cómo estoy y le recomiendas a Mónica, la chica que viene a limpiar el departamento, que esté pendiente de mí y te avise cualquier novedad lo más pronto posible; le expliqué que no te podía dejar así como así, en el silencio de una noche cualquiera, sin decirte una palabra solo para no enfrentar el color helado de tu pánico y de tu angustia al despertar y encontrarme pero ya no encontrarme.

Entonces él se metió detrás de la puerta, y me dijo que bueno, que estaba bien, pero que me apurara. Y yo volví a pensar en ti, Fernando, en lo que compartimos, pero sobre todo en lo que te pude haber quitado, en el tiempo de vida que dedicaste a tu amor por mí sin hacer preguntas, y tuve vergüenza porque quizá nunca quise convertirte en mi particular Simón el Cirineo, y sin embargo, con tristeza pienso que a la larga eso fue lo que sucedió, solo que por el camino la cruz imperceptiblemente se fue cambiando de dueño, y tal vez ahora yo me haya convertido en el que te ayuda a cargarla cuando estás a punto de no poder más con ella.

La noche va cayendo en esta pequeña ciudad oriental donde vinimos a refugiar a partes iguales el amor y la muerte. Pronto se abrirá la puerta y veré dibujarse tu sonrisa sin alcanzar a encubrir la tristeza que te gana los gestos cada vez que me miras. Esconderé esto que escribo, o trato, como siempre. Sonreiré yo también. Disimularé el dolor que no deja de atenazarme. Tú sabrás que disimulo, como yo sé que te contienes; pero ninguno hablará de eso, porque para qué. Después de comer alguna cosa charlaremos o bromearemos algún rato sobre la vida en general, sobre las amistades comunes, o jugaremos car-tas, damas chinas, no sé. Buscarás, como siempre, refugio en tu guitarra y en los músicos inmortales que tanto nos gustaron desde siempre. Más tarde, en la penumbra, miraré el dibujo de tu perfil vigilante a mi lado, sentiré tu respiración acompasada, trazaré con la boca las líneas de la tuya y volveré a arrepentirme de haberte soltado tantas veces en el cine ese pavoroso y marcial: «Qué es pues, Doctor. Yaf. Pórtese como hombre», más que nada por-que desde el recuerdo advierto que nunca te portaste de otro modo. En algún momento, después de que te haya dicho todo lo que te tengo que decir, el tío Aurelio saldrá de su escondite, me hará ese irresistible gesto de cuando éramos chiquitos y venía a la casa para llevarnos en su camioneta a tomar helados de paila frente al aeropuerto, entonces ya no me quedará más remedio que seguirle, mientras me hundo en la enorme gratitud que me gana al comprender por fin que fue de ti de quien aprendí no solo lo que era ser amado, Fernando, sino sobre todo, y más allá de cualquier miedo, también lo que es amar. Lo que es amarte, quiero decir.

9

Y QUIÉN HABRÁ PARTIDO SERÉ YO…

donde al fin quede libre sin saberlo yo mismo,

disuelto en niebla, ausencia,

ausencia leve como carne de niño.

LUIS CERNUDA

¿REALMENTE NOS PASÓ TODO LO QUE PASÓ? ¿HASTA QUÉ punto no fuimos nosotros quienes lo inventamos por la pura necesidad de vivirlo y de sentirlo? Lo hice mío, y lo creí perpetuo e inamovible, olvidando que el amor no es voluntario y que la muerte temprana es un atributo de aquellos a quienes aman los dioses. Y sin embargo, ahora, a la distancia de un par de años, puedo mirarlo con una sonrisa. Agua llovida sobre las calles de la ciudad vieja que nos vio caminar, leer poesía, subirnos a un trole que nos llevaría a un cine o al infierno de la perdición en donde, sin embargo, ninguno de nosotros se perdió jamás.

A veces, caminando por el Centro Histórico, me topo con Margarita y Carbonell, tomados de la mano. De vez en cuando los acompaña un niño pequeño, quizá también de unos dos años. Tiene los ojos de Miguel, o sea de la misma Margarita. Ella se ve un tanto envejecida: ya no esconde las canas, y sus párpados están cruzados por finí-simas líneas; pero Carbonell sigue mirándola con el mismo cariño con el que lo vimos consolarla en el aeropuerto cuando Miguel partió para Cuba. Cuando le pregunto por los suyos, me dice que Rosita sigue trabajando,

ahora como jefa de enfermeras del hospital de siempre; que Santiago y su esposa cubana están en París, haciendo él un postgrado en Hematología y ella algo parecido, no sabe bien; que la Mari va a volver en un par de meses para casarse aquí con su novio canadiense que la ha ayudado mucho a superar la pérdida de su hermano. Que en realidad, todos lo van superando como mejor pueden, porque están seguros de que eso le habría gustado a él. Y entonces el Carbonell la atrae con dulzura y le besa la frente, como para no dejarla transitar de nuevo por la senda más dolorosa que una persona puede cruzar. Según Fernando, aunque el plan era inventarse un derrame súbito o algo así, con lo que convencieron a casi todo el mundo, ella lo sabe, y al decir lo sabe se refiere a todo, incluida la relación final de ambos, y sin embargo, después de haber-se pasado un fin de semana completo en el Puyo, enterándose de todo, no tiene rencor ni reproches, si acaso un gran cariño hacia quien cumplió la última voluntad y cuidó de su hijo durante los últimos días. Eso es una mente abierta, digo yo, no como la de doña Estela Carrera, que también se dio cuenta de todo cuando Fernando regresó del funeral en tal estado que las cosas se le hicieron evidentes de un momento a otro, y sin embargo lo único que se le ocurrió fue expulsarlo

de su vida e inclusive prohibirle que se acercara a sus nietos, los hijos de Gabriela, porque, como todo el mundo, en temas de orientación sexual, confunde el medio con la mitad. De don Alberto, en cambio, sé que se está divorciando por segunda ocasión. Me han contado que, tras la muerte de Miguel, hizo varios intentos, todos fallidos, por regresar con Margarita, pero que ante la constante negativa de ella no le quedó más que replegarse en su pena (¿sus penas?) y optar por la soledad, aunque todo el mundo duda de que esa haya sido una buena solución para él.

Durante unos cuantos meses, Fernando llamaba, y cuando venía a Quito nos íbamos por ahí a tomar un café, a ver alguna película, y sobre todo a hablar de nuestro amigo. Nunca se me pudo borrar de la mente su no por silenciosa menos impresionante desolación en los funerales de Miguel, sus quietas lágrimas contra el pañuelo, a la cola de todo el mundo, sin querer ni pensar en acercarse a nadie. Y después, la vida. Esos recuerdos que al principio siempre trizan la voz y luego, poco a poco, se vuelven como un bálsamo y hasta llegan a hacernos reír de ver-dad, como si nadie se hubiera muerto jamás. De repente, un día, el anuncio de lo que se veía venir: «Me voy, Misú». ¿Adónde? Barcelona. La música. Supongo que el país, la ciudad y todos perdimos un gran médico familiar y comunitario; pero quizá por fin él pudo ganarse a sí mismo y finalmente hacer lo que quería con su vida.

¿Y la Misú? Se quedó, mientras todos se iban. O bueno, de alguna forma me fui yo también, aunque no dejara la ciudad ni el trabajo. Me fui de la casa de los papis, como ya me había ido antes del *Curso de teología para laicos comprometidos con su Fe* al que no regresé nunca jamás, aunque a la casa de los papis vaya dos o tres veces por semana a compartir el almuerzo. Tampoco sé lo que será de ese Dios que creía guardar en mi espíritu como una innegable prueba de mi calidad humana. Estudié y leí muchas cosas que me sirvieron, y otras que no; pero así fui aprendiendo a leer entre las líneas de todas las doctrinas que quisieron enseñarme. Participé en las revueltas que tumbaron un presidente más en este país tan desamparado al momento de elegir alguien que valga la pena. Probé otros cuerpos aparte del de Miguel, y seguí al pie de la letra su último consejo: no le entregué el llavero a nadie, por lleno de gracia que pareciera. Todavía no sé si algún día alguien vendrá por aquí a llamar a mi puerta, y si llega no sé si le abriré; pero eso ya no importa tanto como otras cosas. Me miro en el espejo y descubro las líneas de mi rostro como si alguien las hubiera vuelto a trazar. ¿Seré yo misma? ¿Seré la que trataba de convencer a aquellos dos irredentos agnósticos de que, si lo buscas sinceramente, Dios, de alguna manera, se hará presente en tu vida? ¿Qué queda en mí de Susana la Caótica, cuando Fernando el Agnóstico se convirtió en un en-trañable amigo, pero nada más —o mejor dicho, nada menos— que eso? De vez en cuando miro las viejas fotos, y recuerdo un dicho que siempre repiten los más jóvenes en sus años de juerga y diversión: «¿Quién te quita lo bailado?». Y la respuesta es demasiado simple: nadie. Lo bailado, así como lo sufrido, lo gozado, lo reído, lo llorado, sencillamente está ahí aunque ya no esté más en ninguna parte, tal cual encuentro en la mesita auxiliar de mi sala el rostro de los cinco que anduvimos juntos durante unos meses, en una noche cualquiera, sentados a una mesa del desaparecido *Karaoke de la Nueva Trova* en donde festejamos todos nuestros cumpleaños, tuvimos algunos nuestra primera borrachera de verdad, lloramos por los ausentes, y también

aprendimos a cantar en idiomas que no constan precisamente entre la lista de los más utilitarios ni comerciales.

Hace poco, por correo, me llegó un paquetito cuadrado, un disco compacto: *Música del renacimiento y el barroco. Fernando Simpson [Ecuador] (guitarra).* El disco tiene una simple dedicatoria impresa en el cuadernillo y también en la etiqueta: *para Miguel*, y otra, escrita a mano, sobre el cuadernillo: *Para la Misú, que finalmente pudo comprender. Desde mi amistad total, Fernando*.

más allá del silencio

del miedo

o de la sombra que dejamos

más allá de la noche que entreteje desastres

más allá de mi cuerpo consumido

más allá de tus ojos devastados

más allá del pecado

del infierno seguro

o del dulce calvario

más allá del absurdo

y el viejo sinsentido que nos mostró la vida

más allá de nosotros

la redención posible

lo que fuimos

lo que el amor nos hizo

y lo que somos